ENSAYOS SOBRE LITERATURA

HISPANO-AMERICANA

INSCRIPCION N.º 1823
COPYRIGHT BY

TOMAS GATICA MARTINEZ, 1930

Imprenta SANTIAGO. de O. de Mac. Iver & Cía. San Antonio 741, Santiago

Para mi Leonor y mi Marta que han aromado mi vida con su inocencia y con su amor.

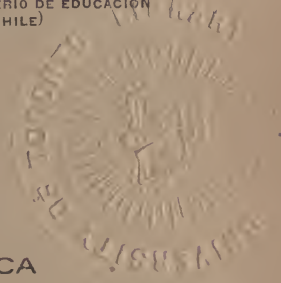
T. G. M.

LS.H
G2618e

TOMAS GATICA MARTINEZ

ENSAYOS SOBRE LITERATURA HISPANO-AMERICANA

(CONFERENCIAS ENCARGADAS POR EL MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA PARA LOS LICEOS DE CHILE)



I

LA POESIA LIRICA DE CHILE, ARGENTINA Y PERU

358.192
7. 12. 38.

EDITORIAL ANDES
SANTIAGO DE CHILE
1930

OBRAS DE TOMAS GATICA MARTINEZ

GRAN MUNDO.—Novela
LA CACHETONA.—Novela
LOS FIGURONES.—Novela
FIFI.—(Romance de una señorita «bien»).—Novela.
LA ADELITA.—Novela
EL AMOR DE JUAN NADAL.—Novela

ENSAYOS SOBRE LITERATURA HISPANO AMERICANA

I. *La Poesía Lírica* de Chile, Argentina y Perú

PRÓXIMAMENTE:

II. *La Poesía Lírica* de México, Uruguay, Colombia y Venezuela.

III. *La Poesía Lírica* de Ecuador, Bolivia, Paraguay y América Central

IV. *La Novela y el Teatro* de Chile, Argentina y Perú

V. *La Novela y el Teatro* de México, Uruguay, Colombia y Venezuela.

VI. *La Novela y el Teatro* de Ecuador, Bolivia, Paraguay y América Central.

Conocer la literatura de un país, síntesis de su mentalidad, es conocer lo más esencial y trascendente.

Desgraciadamente. los pueblos de América no han gastado mucho empeño en ese conocimiento espiritual. (1)

Es evidente que vivimos en una época dinámica en que predomina la acción; pero también es evidente que toda acción consciente es la realización de un pensamiento y que, por tanto, el pensamiento representa la génesis, el impulso y el nervio de la vida.

El desarrollo intelectual de todos los pueblos americanos ha seguido una misma trayectoria.

Todas las literaturas de América han recibido la influencia de las literaturas europeas, particularmente de la española y de la francesa, y, durante muchos años, no hemos hecho otra cosa que perseguir modelos y copiarlos.

La poesía, la novela, el teatro, la pintura, la música, han buscado motivo y razón en tierra agena, en sensibilidad agena y en pensamiento ageno.

Claro está que las literaturas europeas fueron indispensables para endilgarnos por la primera senda, para darnos agilidad verbal, para amaes-

(1).— Hay que señalar la vasta y trascendental obra de expansión cultural realizada por revistas literarias de tan alto y merecido prestigio como NOSOTROS y ATLANTIDA en la Argentina; MERCURIO PERUANO y AMAUTA, en el Perú; ATENEA y LETRAS, y últimamente INDICE, en Chile; CONTEMPORANEOS, en México, etc.

trarnos en la técnica, para enseñarnos a ver, a oir y a sentir.

Pero, en seguida, abiertos ya los ojos a la realidad estética, los escritores y artistas de América debieron tender la mirada franca y cordial sobre sus valles fecundos y sobre sus montañas estupendas, y sobre sus cordilleras, y sus ríos, y sus mares; desentrañar el sentido de la vida criolla, de la vida cerebral y cardíaca, y entrar de lleno en el rico y novísimo ambiente nativo. Así la literatura y el arte americanos habrían acentuado su carácter y logrado personalidad propia, estimulando el interés universal.

Las obras maestras de la literatura europea, el Quijote, entre ellas, son obras de psicología y panorama nacionales. Cervantes esculpió tipos de alma y cuerpo españoles, pintó costumbres españolas y trazó paisajes netamente españoles.

En América tenemos rico caudal de belleza genuina, y mantenemos nuestra idiosincracia, a pesar del fuerte contagio europeo. Nuestra mentalidad y nuestra sensibilidad son, probablemente, afines con pueblos de otros continentes, en cuanto a capacidad y orientación; pero hay intensos matices diferenciales, derivados de la influencia racial, geográfica y climatérica. Más aún, dentro de la misma América, transpuesta apenas la cordillera de los Andes, tenemos a un lado la esterilidad de la pampa argentina, y al otro la ubérrima campiña chilena, y dos tipos de regionalismo inconfundible: el gaucho y el roto.

En el trópico mismo, la naturaleza marca diferencias trascendentales.

*
* *

Una de las características del novecientos mayormente acentuada en estos último años, es la tendencia a nacionalizar la literatura, que acusa la producción más destacada de nuestra América.

Algunos valiosos intentos hubo en época anterior, particularmente en la Argentina, y así nacen el «Facundo» de Sarmiento, y los poemas de Hernández y Obligado. Pero esto se pierde en el montón de calcomanías del siglo XIX.

Es nuestra época la que aporta la producción más nutrida y nombres culminantes en la literatura de clara estirpe criolla, particularmente en la novela, con obras como «El Terruño», de Carlos Reyles; «Don Segundo Sombra», interpretación estupenda de la vida gauchesca, de Ricardo Güiraldes; «La Vorágine», de José Eustasio Rivera, epopeya trágica de los caucheros de Colombia, pletórica de fuerza y de color, con los trazos gigantescos de la selva esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina; «La maestra normal», «Nacha Regules» e «Historia de arrabal», expresiones formidables de ambiente y de tipos argentinos, de Manuel Gálvez, maestro de la novela americana.

Y por lo que toca a la literatura chilena, tenemos la obra total, honrada y firme, de Mariano Latorre: pupila brillantemente abierta al campo, a la montaña y al mar chilenos; y entre las novelas típicas, ese maravilloso romance de Pedro Prado—«Un juez rural»—; algo de la obra eminente de Eduardo Barrios—«Un perdido», «Páginas de un pobre diablo», trazadas con vasta intuición y admirable acierto; «El roto», de Joaquín

Edwards Bello, boceto firme y de justo color de los bajos fondos santiaguinos, que atestigua un fornido temperamento de escritor viril; «Montaña adentro» y «María Rosa, flor del Quillén», que, en nuestra opinión, es lo mejor de la interesantísima labor de Marta Brunet; y una admirable novela tradicionista—«Santa Colonia», de Emilio Rodríguez Mendoza. Además, la psicología de la clase media y de la burocracia chilenas, han sido tratadas con talento y agudeza por Januario Espinosa en «La señorita Cortés Monroy; por Joaquín Ortega Folch en «Betsabé» y por Alberto Romero en la «La tragedia de Miguel Orozco»; y el espíritu socarrón del criollo, miembro del Club de la Unión y accionista de la Bolsa, ha logrado interpretación gloriosa en el humorismo novelero de Jenaro Prieto.

Esto en cuanto a la novela; que ya el cuento chileno podía enorgullecerse con los nombres de Guillermo Labarca, Federico Gana, Baldomero Lillo y Joaquín Díaz Garcés (Angel Pino), que habrían de dar paso a Maluenda, a González Vera, a Luis Durand y a Germán Luco que es uno de los más recios intérpretes de la vida criolla, en el cuento y en el teatro.

* * *

La poesía ha arraigado menos en la heredad americana.

En la lírica culta no hemos tenido poetas verdaderamente representativos de la tierra, ni de la raza. En alguna forma lo es Chocano («soy el cantor de América, autóctono y salvaje»); pero su fuerza mayor está en lo descriptivo. Igualmente Lugones. Carriego fué un criollo del puerto: Buenos Aires, nada más. Tal vez Pezoa Velis tie-

ne un sentido más genuino. Lillo es descriptivo también.

Lo mismo que en la prosa, la reacción es de nuestros días: Ghiraldo, Fernández Moreno, Borges, en la Argentina; César Vallejo, Alberto Hidalgo, en el Perú; Jorge González, Carlos Acuña, Préndez Saldías, en Chile.

Escasos todavía, y es de sentirlo, porque—ya lo hemos dicho,—la fisonomía propia es lo que más ha de interesar en la literatura de América.

No quiere esto decir—claro está—que en todo instante sea necesario recurrir a la expresión regional.

Hay más amplio campo. De un lado el subjetivismo; de otro, la imaginación.

La mentalidad y la sensibilidad evolucionan cada día, siguiendo los nuevos ritmos que la civilización y las costumbres imprimen a la vida y que implican nuevas maneras de ver y de sentir.

La expresión de este nuevo ritmo vital es lo que constituye el arte moderno, sin determinación de «ismos» que falsifican su orientación natural.

En arte, agruparse es limitarse.

La generación novecentista, proclamando la libertad, ha estado patológicamente atacada de limitaciones, aunque esta afirmación suene como una paradoja.

En cuanto ha repicado una nueva campana, los «snobs» han corrido a agruparse.

El nuevo ritmo de la vida impone el nuevo ritmo del arte, y, como decía Rodó «no hay que escatimar estímulos a cualquiera tentativa que tienda a comunicar nueva flexibilidad a los viejos huesos de la poesía castellana.»

Pero, lo primordial ha de ser la sinceridad, y

que el arte – verbo, línea, color—responda a su finalidad estética, emotiva y social, transformando ideológicamente los valores reales.

«Todo artista forma parte del núcleo social y éste influye sobre sus componentes, de donde resulta que el artista es un reflejo de las costumbres y del estado espiritual del tiempo en que vive.»

Por esto, equidistante del clasicismo y del futurismo, el artista contemporáneo vive su instante propio, y el interés medular de su obra consiste en expresarlo con honradez.

* * *

Estos «Ensayos», destinados a suministrar noción panorámica de la literatura hispano-americana, no alientan pretensiones trascendentes. En lo posible, se ha procurado sintetizar, para dar acceso a la comprensión escolar y cumplir el vasto plan asignado. Por la misma razón, estos «Ensayos» tienen más de comentario que de crítica y están más aviados de impresión que de razonamiento. Estudio más amplio y juicio más hondo requieren algunos nombres—los valores primordiales—y para un libro próximo queda esto reservado.

Hay también que advertir algo respecto a la ubicación de los poetas dentro de cada ciclo. En realidad, el ciclo que llamamos contemporáneo, no es sino la prolongación del moderno, y la ubicación corresponde más bien a la época en que consideramos consumada la realización de cada lírico.

I

POESIA LIRICA DE CHILE

I

POESIA LIRICA DE CHILE

El romanticismo, retrasado en la Aduana, llegó a la América a mediados del pasado siglo, cuando en Europa había hecho ya su época y empezaba a pasarse de moda, pues en 1843 Víctor Hugo fracasaba con «Los Burgraves» en la Comedia Francesa, mientras se aplaudía fervorosamente la tragedia clásica de Ponsard.

Por esos mismos años surgen los primeros representantes de la poesía chilena—nuestra primera generación lírica—y el poeta es, casi siempre, un personaje político, con más actuación administrativa que literaria.

Demás está decir que toda esa generación fué netamente romántica, y que el romanticismo llenó la poesía chilena durante todo el resto del siglo XIX.

Para juzgar esa generación, hay que tomar en cuenta la pobreza del medio, la falta de ambiente artístico y el esfuerzo que significa toda iniciación

La raza aborigen había dejado regueros de fortaleza y de heroísmo; pero ningún rastrojo lírico.

Los conquistadores, salvo el Capitán Trovador, no tuvieron mayor afición a tañer la lira.

El criollo, durante la vida opaca y tristona de la colonia, se fué interesando más por la vida misma que por afanes espirituales.

Ni la lucha de emancipación, que vino en seguida con las proezas de O'Higgins, San Martín y los Carreras, hizo sonar, no digamos la trompa épica, ni siquiera un clarín lírico que valga la pena.

Sólo algunos años después, Salvador Sanfuentes compone su leyenda «El Campanario», lo mejor de su producción poética, y luego Guillermo Matta canta, con verbo robusto, los grandes ideales de la patria y del amor; Eusebio Lillo entona canciones a las mujeres y a las flores; Eduardo de la Barra construye versos admirables; Guillermo Blest Gana vierte su emoción en suaves estrofas de tono menor, y Hermógenes de Irisarri, José Antonio Soffia, Adolfo Valderrama, Luis Rodríguez Velasco, Martín José Lira, y Mercedes Marín y Rosario Orrego desparraman un caudal de poesía ingenua, sin pretensión retórica, eco sincero de corazones sanos, más que expresión o intento ideológico.

Toda esa generación—ya lo hemos dicho—fué romántica por excelencia, y, antes de ella, no hay material lírico alguno, de manera que, en realidad, no hemos tenido en Chile éra clásica, salvo uno que otro intento, dentro del mismo ciclo romántico,

como las versiones de Horacio que Narciso Tondreau realizó en silvas llenas de agilidad rítmica.

Ni el espíritu clásico de don Andrés Bello, legislador, erudito, filósofo, educador de pueblos y poeta, ni el afán iconoclasta del argentino don Domingo Faustino Sarmiento, metidos en la entraña de la vida chilena, ejercieron influencia apreciable en nuestra lírica.

I.-Ciclo Romántico

(1845-1895)

Cincuenta años de imitación de España y de Francia. Escasez de poetas y abundancia de retóricos.

GUILLERMO MATTA

Tuvo Guillermo Matta más entonación épica que lírica. Fué un brioso batallador de ideales. Un soñador en acción. Un tribuno en verso, y, hasta sus últimos años, conservó ese fervor y una preclara ambición de libertad que, en su edad juvenil, había reventado en el «Canto a América», trazado en alejandrinos firmes y altaneros:

América, despierta! Reúne tus banderas;
con todas ellas forma sagrado pabellón,
y suene por montañas, por bosques y riberas
un grito, dos palabras: Fraternidad y Unión!

Espíritu, nervio y estampa apocalípticos tenía el poeta, y en 1895, anciano ya, se yergue todavía en

la tribuna de la «Unión Americana», cenáculo literario y patriótico de la época, y con su cuerpo alto, grueso, alzada con denuedo la cabeza de enmarañadas guedejas grises y de luenga barba puntiaguda, dice allí sus versos recios y encendidos que hacen exclamar a Eduardo de la Barra:

Cantor americano,
a la América canta,
canta sus glorias y su causa santa.

Pero, la predilección de Matta por el himno libertario y por el asunto heroico, no restan fervor a su exhaltación ante la naturaleza, ni apagan su tierna canción amorosa.

Guillermo Matta es el primer poeta chileno que entra en comunión sincera con el valle y con la montaña y con el río.

¡Completa soledad! Lejos del mundo,
en tu seno magnífico y fecundo,
madre naturaleza, se alboroza
el espíritu, y ansias de infinito,
ansias de eterno, a tu contacto goza.

¿No eres tú la que horadas el granito,
oh madre, y la que tomas en tus brazos
selvas, nidos, torrentes,
suaves orillas, ásperos ribazos?
....

¿No eres tú la que cruzas por ignotas
sendas, el curvo valle, el campo extenso,
la que, en el trigo, rubia espiga brotas,
y zahumas las flores con tu incienso?
¿No eres tú la que en límpidos rocíos
evaporas las nubes,
y eres hoja en los árboles sombríos
y en el cóndor audaz ala en que subes?
¡Misteriosos arcanos!
¿En qué tiempo esos valles, esos montes,
emergieron de líquidos oceanos?
¿En qué otros horizontes
brillaron esos astros? ¿Qué colinas
y qué árboles gigantes
dieron sombra a las aves peregrinas
dieron paso a los búfalos errantes?
....

En la poesía amatoria, Guillermo Matta tiene también acentos nuevos para su época, y consigue ser delicado y sentimental, esquivando la cursilería melo-dramática de sus contemporáneos.

Véte a tu casa, doctor
y lleva tus medicinas.
Mi enfermedad no adivinas;
el mal que tengo es amor.

Y con drogas no se cura
la enfermedad del amor.

Vé al cementerio, doctor,
y haz abrir mi sepultura.

Y no te olvides, doctor,
de encargar mucho una cosa:
que abran muy honda la fosa
para que quepa mi amor.

LUIS RODRIGUEZ VELASCO

Muy diversa a la de Guillermo Matta, es la fisonomía lírica de Luis Rodríguez Velasco, que tuvo grande ascendiente en su época, logrando la estima del público que entonces se entusiasmaba con cualquiera loa amatoria, más admirada mientras mayor fuese su caudal de suspiros y deprecaciones. Esta poesía llenaba los álbums de las señoritas románticas y era aplaudida en las recitaciones de salón, apareciendo siempre el versificador más que el poeta.

¿En que te escriba versos, niña, insistes?
No insistas, por favor;
mira que mis cantares son muy tristes,
son ecos del dolor...

Rodríguez Velasco era hombre de fortuna, de situación social y con buena suerte en todo, según

corría su fama. Sin embargo, a los treinta años, insistiendo en su exageración romántica, creía necesario sentirse amargado, y decir:

Ahora. sí, cantor de las pasiones
ahora sí, Espronceda,
que comprendo las hondas decepciones,
las amarguras, la inquietud secreta,
que arrancaron a tu alma de poeta,
al alumbrarte el sol de los treinta años.
aquel profundo grito:
¡funesta edad de amargos desengaños!

Era el diapasón de la época.

El mismo Espronceda, reconstituído por la crítica, resulta que tampoco tuvo motivo para quejarse tan lastimeramente, pues casi toda su vida la pasó en París, entregado a los placeres y sostenido con la mesada pingüe que le enviaba su familia.

Rodríguez Velasco escribió centenares de composiciones poéticas. Era fecundo, fácil y armonioso, sobre todo manejando el endecasílabo y los alejandrinos, y ha solido también dar algunas notas sencillas y delicadas.

Justo es que a tus ojos tema
quien tema perder su alma;
que si el fuego al cuerpo quema,
tus ojos queman el alma.

Cuando en silencio me abismo
por callarte mi dolor,
va en ese silencio mismo
la confesión de mi amor.

Cuando me miro en tus ojos,
tus sonrojos se retiran.
¿Por qué vuelven tus sonrojos
cuándo mis ojos te miran?

Entre sus composiciones de mayor trascendencia, figura un poema titulado «El beso del Paraíso» que, según se ha dicho, le fué usurpado por el poeta argentino Olegario Andrade que, sustituyéndole el título, lo ingertó en en huerto lírico. Muy extraña nos parece esta aseveración, acogida hasta por algún crítico argentino, pues la recia médula poética de Andrade no necesitaba abastecerse en cercado ageno.

EUSEBIO LILLO

Tuvo Eusebio Lillo una juventud inquieta, batalladora y esforzada, y fué soldado y cantor de libertades, y conoció también el camino del destierro. En todas partes, y en todo instante, dejó correr el raudal de sus ansias y de sus emociones líricas en versos fáciles, comunicativos, gallardos a veces.

Sus estrofas dicen del amor y de la belleza. Compuso trovas predilectas a las mujeres y a las flores, y, apenas cumplido su primer cuarto de siglo, se convirtió en el poeta a la moda, cuyos versos iban de boca en boca.

Si yo fuera la brisa pasajera,
aliento perfumado de las flores,
enredado en tu suelta cabellera
murmurara a tu oído mis amores.

Quisiera ser alguna flor nacida
entre las flores del jardín ameno,
verme por tí del tallo desprendida
y marchitarme sobre tu albo seno.
.....

Revolucionario de 1850, Eusebio Lillo, condenado a muerte como rebelde, tuvo que huir al Perú en donde permaneció hasta que le llegaron noticias del avance del General Cruz, y se vino a formar en sus escuadrones.

En el Perú escribió los «Recuerdos del proscrito», una larga tirada de versos tristones y nostálgicos que, seguramente, arrancaron muchas lágrimas en aquel tiempo.

Grato, consolador y fresco ambiente
que entre las bellas flores te resbalas
y en las sonoras aguas de la fuente

bañas las sueltas, vagarosas alas;
mensajero fugaz de las estrellas
que llegas con la noche, misterioso,
susurrando querellas
entre las hojas del follaje umbroso,
oye mi acento; y si feliz alcanzas
a los jardines de la patria mía,
si entre sus bellas flores,
ora festivo, ora indolente avanzas,
cuéntala mis recuerdos y dolores,
dila mis lisonjeras esperanzas,
y llévale un eco de mi canto,
como un suspiro que nació en el llanto.

.....

Más tarde, acentuada la personalidad política de Eusebio Lillo, dejó a un lado las tareas literarias para colaborar en el Gobierno como Ministro de Estado. Muy raras veces escribió versos después de esa época. Su ancianidad fué un suave y silencioso desvanecimiento en el magno y bello jardín de su casa-quinta, rodeado de flores y de cuadros. Su colección pictórica ha sido de las más valiosas de Chile.

No hay que buscar trascendencia ni originalidad en la poesía de Eusebio Lillo,—está al nivel de su época;—pero su palabra tiene el mérito de la expontaneidad y su verso el de la fluidez.

Tampoco hay que olvidar que la Canción Nacional de Chile que, primitivamente, compuso don

Bernardo de Vera y Pintado, fué rehecha por Eusebio Lillo, perdurando por su fervorosa entonación patriótica que encubre la flaqueza lírica y la ramplonería de las estrofas.

EDUARDO DE LA BARRA

Más que poeta, Eduardo de la Barra, es un literato de vocación clara y firme; escritor agudo y dilecto; polemista intenso y mordaz. Un natural buen sentido estético lo apartó de la ramplonería ambiente, y una cultura robusta y bien orientada, amplió su comprensión, rompiendo las limitaciones canónicas de su tiempo. Esta comprensión de la fisonomía evolutiva del arte, se evidencia en el Prólogo que Eduardo de la Barra escribió, en 1888, para el «Azul» de Rubén Darío, presintiendo intuitivamente la revolución estética de que había de ser cabeza el gran nicaragüense.

Como poeta, Eduardo de la Barra es un artífice que esculpe bellas estrofas, que descubre ideas y caza brillante imágenes; pero que siempre actúa al margen de la emoción. Nos interesa, pero no nos emociona; nos hace pensar, pero no sentir. A su misma poesía erótica, le falta calor. Para expresar sus sentimientos amorosos, madrigaliza, en vez de vaciar sus ansias en un verbo tórrido.

Una rosa blanca, mientras yo escribía,
delante tenía
en vaso bohemio de rojo cristal.
Detúveme atento, miré su hermosura
tan regia, tan pura,
que pensé que fuera tu faz virginal.

Mi ilusión crecía, la rosa miraba,
y la interrogaba,
y en ella sentía tu seno temblar.
Los rojos reflejos del bohemio vaso
no sé por qué acaso
mareos de celos viniéronme a dar.
—¡Oh. rosa! le dije: su vida arrancara
si infiel la mirara,
que llorarla muerta ya es menos dolor...
Oh! flor, con un signo, que me digas, te imploro,
si es fiel la que adoro ..
¡Y al instante un soplo deshizo la flor!

Una de las condiciones primordiales del talento poético de Eduardo de la Barra, es la flexibilidad para adaptarse a los motivos más diversos y antagónicos; flexibilidad de pensamiento y de técnica, que lo mismo dá carácter y propiedad a un himno heroico que a un sencillo cantar.

¿Mis años quieres saber
He vivido más de mil.

que menos no habrán pasado
entre esperar y sufrir.

Sólo un beso, un beso espero
en que no cabe mentir,
y es el beso que me des
cuando me vaya a morir.

Ya que arrancaste esa flor,
no la acabes de matar;
no la pongas en tu seno,
que en tu seno se helará.

Cuando pases por la playa
no eches tus penas al mar,
porque bien pueden los peces
asomarse y sollozar.

Tiene también Eduardo de la Barra hermosas traducciones, escogidas entre los más selectos poetas extranjeros, y muy conocida es su versión castellana del «Vaso roto» de Sully Prudhome, que figura en todas las antologías y recolecciones líricas.

Ese vaso en que mueren las verbenas
a un golpe de abanico se trizó;
debió el golpe sutil rozarlo apenas
pues ni el más leve ruído se sintió.

Así mismo, es admirable la traducción de «Transfiguración» del poeta portugués Gonzalves Crespo:

La voz de Jesus era benigna, y tan suave
como la voz materna, como el trinar del ave.
La turba, en torno suyo, le oía respetuosa,
mirando aquella frente celeste y luminosa.
Al débil, al humilde, al triste, al pequeñuelo,
les daba la esperanza que es fuerza y es consuelo.
Del cielo les hablaba, de cosas trasparentes,
de un culto ideal que abrasa las almas vehe-
[mentes.
Hablaba, cabe el tiempo, y con pensar pro-
[fundo.
—«El reino de los cielos no es, dijo, de este
[mundo»,
y en medio del silencio del pueblo conmovido,
oyóse un gran sollozo de un pecho dolorido...
Jesús miró, y afable dijo, con voz serena:
—¡Felices los que sufren, felices, Magdalena:
Y ella que en vida fácil, mundana y bulliciosa,
dejó correr sus días, pobre mujer hermosa,
sintiendo esa mirada que su pudor despierta,
tapó con sus cabellos su carne descubierta.

GUILLERMO BLEST GANA

Poeta de gran sensibilidad, Guillermo Blest Gana vivió sugestionado por una tristeza que, derivada de fuente real, llegó a convertirse en dolencia

espiritual, y, en seguida, en modalidad literaria, haciendo de su lira un instrumento monocorde que sólo en raras ocasiones logra exhalar un eco extraño para cantar un paisaje o decir una canción amorosa.

Pero, en Blest Gana esta persistencia de la nota melancólica, que, en parte, es manifestación genuina de su temperamento, logra, en muchas ocasiones, cierta delicadeza, cierto refinamiento que elevan los quilates de su producción lírica. Es un poeta enamorado y triste (¿qué poeta no lo es en mayor o menor grado?); pero tiene buen sentido para huír la cursilería de la confesión amorosa, sujeta entonces al inflamado y pletórico formulario romántico.

Maltratados un tanto por la popularidad, los versos de «El primer beso» conservan un encanto sencillo y cautivante.

Recuerdos de aquella edad
de inocencia y de candor,
no turbeis la soledad
de mis noches de dolor,
pasad, pasad,
recuerdos de aquella edad.

Mi prima era muy bonita:
yo no sé porque razón,
al recordarlo, palpita
con violencia el corazón.
....

Entre lo mejor de la cosecha poética de Blest Gana, pueden señalarse los sonetos «Eres mía» y «A la muerte». No son modelos de expresión lírica; pero tienen matices y sugerencias que valorizan las ideas.

A LA MUERTE

Seres queridos te miré sañuda
arrebatarme, y te juzgué implacable
como la desventura, inexorable
como el dolor, y cruel como la duda.

Mas, hoy que a mí te acercas, fría, y muda,
sin odio y sin amor, ni hosca ni afable,
en tí la majestad de lo insondable
y lo eterno mi espíritu saluda.

Y yo, sin la impaciencia del suicida,
ni el pavor del feliz, ni el miedo inerte
del criminal, aguardo tu venida;

que igual a la de todos es mi suerte,
cuando nada se espera de la vida,
algo debe esperarse de la muerte!

* * *

En realidad, el lenguaje de esa generación no mueve las fibras de la generación actual más agu-

dizada y compleja. De ahí que para juzgar la obra de esos poetas, sea necesario trasponer nuestra sensibilidad y considerar que el valor de las ideas y la trascendencia de las palabras no son los mismos hoy que ayer. Acaso lo que hoy encontramos ingenuo y sencillo, fué sutil y complicado en aquella época.

II.-Ciclo Moderno

(1895-1915)

En los primeros años, se nota el tono inseguro de la transición. Los modernistas franceses son los modelos. Desde 1900 adelante, la renovación adquiere carácter propio y pueden señalarse valores definitivos. Asoma también alguna tendencia autóctona

RUBEN DARIO EN CHILE

En 1885 llegó a Chile Rubén Darío, y, como bien lo recuerda Emílio Rodríguez Mendoza «tenía poco equipaje el recién llegado: el sólido latín de su cultura clásica, y, envuelta en hexámetros y hojas de palmera, una lira de construcción nicaragüense que, andando el tiempo, habría de reflejar todos los dolores anímicos, todas las exhaltaciones del espíritu amargado por el desequilibrio, acaso fatal, de la vida de hoy».

En Chile encontró unos cuantos amigos buenos y el hogar opulento y cariñoso del diario «La Epoca», dirigido entonces per don Eduardo Mac-Clure,

don Pedro Montt y el doctor Valderrama que «aún en la presidencia del Senado, ostentaba su amplia corbata blanca, retrasada contemporánea de los tiempos en que Teófilo Gautier asistía de chaleco rojo al ruidoso estreno de «Hernani».

¿Qué influencia tuvo, para nuestra lírica, la presencia de Darío en Chile?

Rubén Darío era, ante todo, un clásico engendrado por su cultura latina y griega, base firmísima para recibir los empujes renovadores de los franceses: Verlaine, Baudelaire, Rimbaud, etc.— Darío recibió, a manera de golpes de oleaje sobre una roca, la impetuosa tromba. Las espumas irisadas florecían a sus pies. La roca permanecía inmóvil hasta que, por su propia fuerza, realizó el milagro de moverse.

Del primer impulso brotó la «Canción del oro» y, en seguida, vino el «Azul», evangelio de la renovación que surgía de América, ocasionalmente de Chile, en donde el poeta peregrinaba entonces, apenas presentido por dos o tres espíritus dilectos, para quienes el verbo de «Azul» tuvo revelaciones proféticas: Pedro Balmaceda Toro, Manuel Rodríguez Mendoza, Eduardo de la Barra...

Mala ocurrencia fué la que tuvo Rubén al dedicar su libro a don Federico Varela, millonario incomprensivo y sórdido (apesar de sus certámenes de arte) y que, según la aguda frase de don Juan Agustín Barriga, «sólo dejaba caer una moneda

cuando encontraba una piedra en donde pudiese sonar».

No fué inmediata la influencia del poeta nicaragüense en la desmedrada lírica chilena que continuó ramplona y hueca durante los últimos años del ochocientos. Pero, a contar del nuevo siglo, la poesía chilena, como toda la poesía castellana, empieza a iluminarse con resplandores nuevos, porque—muy bien lo dice Cansinos Assens,—«Rubén Darío es el más alto poeta de nuestra época y de él salen y en él se suman, como en un centro solar, todos los rayos de luz que alumbran nuestros novecientos».

La lírica chilena empieza a renovarse con un poeta que los antologistas han venido dejando en injustificado olvido: Narciso Tondreau.

NARCISO TONDREAU

El primer libro de Tondreau «Penumbras», publicado en 1888, con presentación lírica de Rodríguez Velasco y prólogo de don Jorge Hunceus Gana, es de la misma contextura romántica de la época; pero con ciertos asomos clásicos. Ya hemos dicho que Tondreau vertió las Odas de Horacio en silvas llenas de agilidad rítmica y tan ricas de ambiente y propiedad que merecieron el ferviente elogio de Menéndez y Pelayo.

En purpurados versos
cantaba el vate, al pié del Capitolio,
las grandezas del Dios, moldeado en carne,
que se sentaba en el romano trono.

Cantaba de las lides contra el medo
los rasgos portentosos;
cantaba al que el imperio sostenía
sobre sus regios, inmortales hombros.

Cantaba los corceles
que echaban fuego por los grandes ojos,
y los carros de bronce y las centurias
que se extendían cual torrente indómito.

Cantaba los laureles y las palmas,
y las coronas de oro,
las túnicas de púrpura, los mantos
que iban del campo recogiendo el polvo,
el olímpico polvo que envolvía
en amplia nube al vencedor glorioso.

Cantaba de las naves los encuentros
sobre la espalda del inquieto Ponto,
las coronadas proas,
las anchas lonas que ahuecaba el noto.

De la romana sangre
cantaba el brio y el bullir heroico,
y las espadas, tintas
en sangre meda, hasta el dorado pomo.

Y cantaba, por fin, la entrada a Roma
de los esbeltos héroes orgullosos,
batiendo sus laureles y sus águilas
al pie del capitolio.

De los labios del vate, el espondeo
se desbordaba erguido y ampuloso,
y el verso, como un Dios, hacia el Olimpo
se remontaba sobre un carro de oro.

Cuando acabó de hablar, una doncella,
desnudo el pecho púdico y marmóreo,
le presentó una copa
de vino generoso;
y el vate, a la salud de los quirites,
se la bebió de un sorbo.

Batir de palmas, se escuchó en seguida,
y ebrio de orgullo, el populacho loco
paseó al laureado vate,
por plazas y por calles, en sus hombros.

La tendencia pagana que se transparenta en algunas composiciones de «Penumbras», toma consistencia en la obra posterior de Tondreau que, con verdadera maestría, continúa construyendo asonantes flexibles y elegantes, y tentando nuevas rutas, que dan a su obra el carácter de transición entre la éra romántica y la moderna.

Palmas altivas, inclinad las copas
y vosotros también, añosos cedros!
Doblad la frente, bosques seculares,
que va pasando vuestro Dios, el Viento!

Toudreau vive hoy sus setenta años en un apacible rincón de provincia,—en la ciudad de Chillán—sin perder sus aficiones literarias ni su decidida afición por la música, ni la bondad de su alma franca y cordial que vive asomada en sus claros ojos azules.

RICARDO FERNANDEZ MONTALVA

En las postrimerías del ochocientos, sopló en Chile una fuerte oleada de becquerianismo, y las rimas del insigne sevillano fueron modelo de muchos intentos líricos y patrón de torneos poéticos, como el Certamen Varela de 1888,

Un excelente temperamento poético se evidenció entonces: Ricardo Fernández Montalva, alma de bohemio, espíritu de pájaro, que pasó por la vida desparramando su tesoro lírico, sin conceder mayor importancia ni a su vida ni a su obra.

Sus «Intimas» son rimas becquerianas, con algo de Campoamor; pero vestidas con ropaje propio, firme y flexible.

El beso que me diste el otro día,
en mis labios lo guardo con cuidado,

pero es un negro crimen, niña mía,
el tener este beso abandonado;
siendo que tienes, juguetona y loca,
muchos besos que sobran en tu boca.....

¿No es éste, acaso, un bello y elegante madrigal?

Sí que lo es.

Ricardo Fernández sabe decir, como al desgaire, sus emociones que subgetiviza a través de las sensaciones que mueven su espíritu.

Es de noche. La fúnebre campana
de una iglesia cercana,
llena el aire de agudas vibraciones,
y tiene su sonido
algo de ese gemido
que exhala un corazón sin ilusiones.

Las doce de la noche. Es necesario,
para saber lo triste de esta hora,
hallarse solitario,
lejos de la mujer a quien se adora:
tener el alma fría,
sin esperanzas ya de alegre suerte,
y una vida vivir como la mía:
más negra que la muerte...

En la mitad de la jornada, se apagó la vida de Ricardo Fernández Montalva, cuando la madurez de su talento podía rendir obra de mayor trascendencia. Le sobreviven algunos de sus versos que,

aunque de retrasada fisonomía estética, no han agotado su jugo sentimental. Así los estrofas de «En la casa de los locos» repetidas con la cargosidad de un disco de victrola.

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

Taciturno y huraño en su bohemia verleniana, recluído en cualquier café de extramuros, bebiendo siempre, fumando siempre, pasó Pedro Antonio González la mayor parte de su vida dolorosa y desencantada.

Tenía grande y firme estructura de poeta: enjundia lírica, imaginación brillante, verbo rico y sonoro, y luego el dón de orquestar las estrofas con agudas melodías de violín, con roncos acordes de violoncelo. En la estructura del verso, en remozar el adjetivo, en procurar entonaciones exóticas, se detuvo principalmente el afán de González que, en los primeros días del novecientos, recibía todo el incienso de los cenáculos y la admiración estupefacta del público, emocionado con la patética silueta de «El Monje», poema de clara filiación romántica, y deslumbrado con el vaivén sonoro de los tripentálicos de «Lucrecia Borgia».

Yo lo soy todo, porque soy bella. Yo soy satánica.
Yo llevo el soplo de la soberbia borrasca loca;
yo llevo el soplo de la candente llama volcánica,
que despedaza, que pulveriza la dura roca.

Yo arranco al fondo de los sepulcros y los oca-
[sos
sombras que crecen y que se empujan y que ba-
[tallan.
Yo desparramo, con mis miradas, ante mis pa-
[sos,
dudas que lloran, odios que rugen, celos que es-
[tallan.

....

¡Oh, negra Noche! Yo te bendigo cuando tú
[velas.
Yo te bendigo cuando sacudes tus hondas calmas.
Somos amigas, somos hermanas, somos gemelas:
tú arrojas sombras en los abismos y yo en las
[almas.

Las dos cruzamos con unos mismos, lóbregos
[pasos,
robando al astro y a la esperanza, sus rayos pul-
[cros,
tú por el cielo, como la esfinge de los ocasos;
yo, por la tierra, como la esfinge de los sepulcros.

El verso de González, desbordante, grandilocuente, describe, pinta, esculpe a veces; pero es de médula frágil. Un árbol de ramaje opulento, pero de raíz a flor de tierra, expuesto a que el viento lo tumbe.

En nuestros días no faltan quienes pretendan negarle el pan y el agua a este poeta, y nada más injusto, porque, si es verdad que la poesía de

Pedro Antonio González no finca en lo hondo, no bucea en la entraña, tiene el mérito de ser bella, rica de color y de sonido.

Tu cabello es undívago y rubio;
y tu voz es un coro de escalas;
y tu aliento es un diáfano efluvio;
y tus hombros son gérmenes de alas.

Tu magnífico talle gallardo
lleva en torno el vapor de una nube,
donde flota el perfume del nardo
y el ensueño auroral del querube.

.....

Son un harpa divina tus nervios.
Para tí son los regios coriambos;
los dactilos ardientes, soberbios,
los triunfales, pindáricos yambos.

.....

Tu alma azul bate el ala y suspira
cuando escucha el adónico cálido
que en la olímpica y sáfica lira
canta el bardo neurótico y pálido.

Eres diosa que huellas coronas,
cuando el talle gallardo y apuesto
al vaivén de la danza, abandonas
bajo el soplo del raudo anapesto.

Tonificando su voluntad, irguiéndose un poco sobre la vida, Pedro Antonio González, maestro de

su generación, pudo haber consumado su realización lírica. Desgraciadamente, su talento poético concluyó por atrofiarse; su naturaleza, gastada prematuramente, cedió pronto a los años y a la enfermedad, y el poeta murió, por fin, en un lecho del Hospital de San Vicente, en Santiago, desde donde discípulos y admiradores lo condujeron, en doliente y monumental cortejo, para darle sepultura.

PEDRO NOLASCO PRENDEZ

Influenciado por el lirismo de Hugo y por la amistad fraternal de Darío, hubo otro poeta que cantó en los mismos días de González, y que logró hacerse oir: Pedro Nolasco Préndez, cuya entonación sobria y sonora da carácter musical a su poesía, alentada por una especie de soplo heroico, venido de Grecia.

En sus últimos años, conocimos personalmente a Préndez, y nuestra sensibilidad moza vibró conmovida ante la figura evocadora del poeta con su melena frondosa, su chambergo alón, su manteo español y su tranco medido, sereno, rítmico.

Préndez tenía entonación bizarra, nervio, parsimonia: condiciones propicias para el canto legendario que fué de su predilección. Pero una crítica mordaz e injusta, lo desalentó en sus primeros fervores, lo llenó de pesimismo y desconfianza y agudizó el sentido irónico que él gustaba lucir, con si-

barítica indolencia, en las improvisaciones que, al menor estímulo, brotaban elegantes de sus labios, en versos justos, airosos y siempre oportunos.

En las «Siluetas de la Historia», Préndez eleva el diapasón lírico y canta con gallardía.

Acaso el único reproche que pueda hacérsele, sea el de exajerar la tendencia anti-religiosa, desvirtuando la acción del poeta, para entrar en la órbita apologética.

No es nutrida la labor poética de Préndez; pero es labor cuidada, que acusa responsabilidad artística.

Cuando el pueblo, que a veces es rebaño,
en juez inexorable se convierte,
y, árbitro soberano de su suerte,
airado se alza con poder extraño,
los cetros caen, las coronas ruedan,
tiembla el altar y se estremece el trono,
sobre las ruinas del pasado quedan
sin fuerza ni sanción, mudas las leyes:
el pueblo entonces, con soberbio encono,
suele enviar al patíbulo a los reyes!

La lírica chilena empieza a renovarse, respondiendo a la inquietud del momento.

FRANCISCO CONTRERAS

Francisco Contreras, muchacho entonces, y Antonio Bórquez Solar, emigrante arisco del archi-

piélago chilote, enarbolaron el pendón novísimo, escandalizando al Sentido Común con los alardes de un «decadentismo» que aquí sonaba a novedad, mientras en Francia daba sus postreros aletazos.

Contreras y Bórquez paseaban ufanos su «snobismo», echando olímpicas miradas sobre los burgueses incomprensivos y ventripotentes.

Pero, la modalidad de ambos era diversa.

Contreras cantaba a la Princesa Eglantina y al Príncipe Azur, y Bórquez Solar hacía actuar endriagos y egipanes, y pontificar hierofantes.

«Esmaltines» fué el primer libro de Contreras, muy Juan Moreas, como muy Baudelaire había de ser en seguida su poema «Raul».

Estos dos libros revelan la inquietud estética del muchacho, deslumbrado por la huella luminosa de Darío y ofuscado por la belleza divina y maldita de Verlaine, hasta que, oyendo la voz del Maestro, el poeta vendió su heredad, tomó su cruz y siguió hacia el soñado Oriente.

Allí encontró el hilo de Ariadna para recorrer el laberinto mágico, y su libro «Toison» es el primer escudo esculpido en el pórtico de la nueva mansión en donde en seguida florecen «La piedad sentimental», «Romances de hoy» y, últimamente, «La ville merveilleusse», poema escrito en francés, y en el cual pondera las bellezas de su tierra nativa, trazando cuadros fulgurantes y evocadores, con admirable sentido artístico y realizando así una obra de evidente valor estético y de meritorio nacionalismo.

Más de veinte años que Francisco Contreras reside en Francia, entregado en cuerpo y alma a su arte, vinculado fraternamente a los más altos peregrinos intelectuales de América y logrando considerada ubicación en los mejores círculos literarios de París, en su calidad de crítico de las letras hispano-americanas en el «Mercure de France».

Es ágil y elegante el verso de Contreras que sabe esconder el artificio con que labra y pule sus estrofas.

Sobre el tapiz oriental
de mi alcoba obscura y fría,
tengo tu fotografía
clavada con un puñal.

Bajo el bruñido metal
que guiara mi mano impía,
me mira tu faz sombría
con una angustia mortal.

Y cuando el día se pierde,
y el aciago ajenjo verde
exhalta mi hondo dolor,

con qué perverso arrebato,
hundo sobre tu retrato
aquel puñal vengador...

ANTONIO BORQUEZ SOLAR

Antonio Bórquez Solar llegó a Santiago con ínfulas prepotentes, proclamándose el «Señor de las Islas Pálidas», porque en el archipiélago sureño se amamantó con leche de loba marina, según confesión propia; y, probablemente, entraba en sus ímpetus líricos la pretensión de desconcertar al universo con su detonante chaleco rojo, con sus lentes prendidos con ancha cinta negra, con su barba de azabache y con la pereza de una pierna retrasada, a lo Tirteo.

Amigo de Pedro Antonio González, y, particularmente, de Marcial Cabrera Guerra, tuvo más de un lustro de bohemia pintoresca, trashumante y cantarina, para convertirse después en disciplinado maestro de energía moral, ocupar, durante treinta años, una cátedra de Castellano en el Internado Nacional y hacer definitiva profesión de burgués honorable.

Desde 1900, data su «Campo lírico», fecundo en espigas frondosas y deformes, exhuberancia de la gleba virgen, hasta que el segador pudo echar la simiente en tierra firme, y vibra la majestuosa «Sinfonía del Viento Austral» que suena con la armonía pindárica de los claros clarines de la «Marcha Triunfal». Es poeta de entonación sonora, de verbo metálico, con propensión ingénita a levantar las alas. Durante su primera etapa, derrochó voca-

blos raros, términos exóticos, mitologías... En seguida ha ido campando por la sencillez y entrando más en sí mismo, con quilates de filósofo.

En la primera decena del novecientos, Bórquez Solar influenció, con su obra, la lírica chilena, acaso más que Pedro Antonio González, y fué un factor de renovación que movilizó las vanguardias de la época.

Tengo un viejo cuchillo lobero,
cuchillo de historia,
que al verlo mohoso, no sé por qué infiero
que, en antiguas edades de gloria
yo fuí su salvaje y audaz compañero.

Que los dos por las islas nos fuimos,
de Castro a los Chonos,
rompiendo los bosques, hundiendo los limos:
que, burlando del mar los enconos,
triunfantes de todos los reyes nos vimos.

Me parece que aún tremola
mi mano siniestra,
que lo hundo hasta el mango, peleando en
[la ola
con el lobo que herido me muestra
sangrientos su pecho, su vientre y su cola.

Que con él yo le quito la vida
a diez blancas focas

que vienen del Polo en fantástica huída,
que les rajo de un golpe las bocas
y senos, al darles mi recia embestida.

Y que lanzo clamores salvajes
que el eco dilata,
yo, el rey primitivo de aquellos parajes,
mientras pasa la gris cabalgata
del Viento, que rige sus rudos sendajes!

Posteriormente, Bórquez Solar ha ensayado entonaciones subgetivas, florecidas de humildad y de comprensión de la miseria humana, con resabios de la «Imitación» y consanguinidades con Nervo...

Anatolio es un hombre mezcla de luz y lodo
tiene ansias infinitas y hastiado está de todo.
Al abismo, en la noche, se confiesa a su modo.
sonambulesco y triste, de amargura beodo:
—Oído del abismo, tú que estás en mí mismo,
óyeme bien y dame tu gran palabra, Abismo:
¿de qué barro estoy hecho? Pero ¿de qué fer-
[mento
de unas cosas protervas como zumo de yerbas
venenosas? De qué blancuras de sacramento?
Todas mis horas pasan extranguladas, siervas
del Pecado maligno y del Arrepentimiento...

Con buen éxito,—laureado en dos Certámenes—Bórquez Solar ha abordado también el drama heroico, y así «El Paladín Trovador», que fué representado por la Compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, y la «Tragedia del General José Miguel Carrera», figuran en honrosa ubicación en nuestra poesía dramática.

JULIO VICUÑA CIFUENTES

Cronológicamente, hemos debido citar antes a Julio Vicuña Cifuentes; pero la modernidad de su obra impulsa a trasponer las fechas.

En realidad ¿a qué generación pertenece Vicuña Cifuentes, miembro del Club del Progreso, hace más de cuarenta años, y autor de un libro en que revienta la savia nueva hace poco más de un lustro?

Su estampa física mantiene, más que el vigor de la madurez, cierta livianura de juventud, y su espíritu ha consumado el milagro de ir acrescentando su agilidad, de manera que, a la fecha, es hombre de vanguardia en la generación presente.

Llenas de vibraciones sentimentales fueron las mocedades de este poeta que, antes que todo, vivió, y, sin malgastar su primavera, supo libar el jugo de las rosas, néctar de juventud que se le infiltró en las venas.

De ahí su humanidad, de ahí su comprensión, de ahí su fresca «Cosecha de Otoño», con tanto aire y verdor de Octubre.

Apenas salido de la Universidad, Vicuña Cifuentes entró a enseñar Castellano en el Liceo Amunátegui, dirigido entonces por don Eugenio María Hostos, ese gran portorriqueño. «pensador de dieciocho quilates», que dice Blanco Fombona.

Millares de versos escribió durante esos años; pero publicó muy pocos.

Apenas cumplidos los veinte años de edad, Vicuña Cifuentes se deja tomar prisionero, y, desde su matrimonio, en 1889, extiéndese una vasta laguna en que, fuera de una traducción de las Poesías Americanas del brasileño Gonzalves Días, no escribe nada hasta 1916,

Durante ese tiempo ejerce el magisterio y se documenta para su importante obra de «folklore».

En 1920, revisa concienzudamente el archivo de su producción inédita.

Lee y relee.

Amontona los originales -bajo el emparrado de su quinta, en San Bernardo, y, con gesto olímpico, entrega al fuego más de ocho mil versos.

Con la reserva, forma la «Cosecha de Otoño», recolección lírica llena de sugerencias, de palpitación vital, de aire fresco. Quien no tuviese noticias del autor, creería que se trataba de un mozo bizarro, con un máximun de treinta años bien vividos, bien sentidos y pletóricos de buen sentido estético.

Es un alma diáfana, como agua clara; pero no agua de remanso, sino agua de río, agua que corre y se renueva, que rumorea y echa burbujas, que sirve de espejo al sol y de tálamo a la luna.

Ojos de gacela de la Mimosita,
rizos de azabache de la Mimosita,
manos nacaradas de la Mimosita...
¿En dónde ahora están?
Sus alegres cantos, voces de la aurora,
los blandos arrullos con que a veces llora,
¿que oídos ahora
los escucharán?

Los vecinos cuentan que se fué muy lejos;
que vendrá muy pronto; que no volverá...
La humilde casita de los muebles viejos,
con una herradura clausurada está.
¡Misterio! ¿Qué habrá?
Las vecinas cuentan que se fué muy lejos,
que reía alegre; que llorando va.

Una vieja fea que se dice tía,
con ella, sin duda, cual antes irá:
¡Pobre Mimosita! De tal compañía
¡qué mano piadosa la defenderá!
Nadie la verá,
y esa vieja fea que se dice tía
a buenos lugares no la llevará.

¡Qué recuerdo! Un hombre de mirada aviesa
rondaba su casa, un mes hace ya.
Ella le temía; su boca de fresa
así me lo dijo cuando estuve allá
¿Vendrá? No vendrá?
Sin duda aquel hombre de mirada aviesa
la llevó robada y no volverá.

Era rico el hombre. Cadenas, sortijas
lucía con aire de fastuosidad,
y dicen que hay madres que venden las hijas,
y hombres que las compran en tan tierna edad.
¡Qué perversidad!

Era rico el hombre: cadenas, sortijas,
habrán sido el precio de su castidad.

Ojos de gacela de la Mimosita,
rizos de azabache de la Mimosita,
manos nacaradas de la Mimosita
no os quiero evocar.
Lejos de su dulce voz arrulladora,
¿Quién sabe si ríe? quién sabe si llora?
Mejor es, ahora,
su historia olvidar.

Vicuña Cifuentes es moderno en la ideología, en la comprensión, en la sensibilidad y en la factura;

maestro en la forma y con una admirable conciencia de su arte, lo que quiere decir que su modernidad es natural y sincera comprensión de los ritmos nuevos de la vida en su evolución imperiosa.

Una de las más bellas poesías de Vicuña Cifuentes es la «Perfecta alegría», tan llena de sencillez y de peregrino encanto, que parece una florecilla del propio hermanito del agua y de las golondrinas...

El enamorado de todas las cosas,
hermano del lobo, del agua, del yermo,
el enamorado de todas las cosas,
de amor está enfermo.

Temblando de frío, bajo la capucha,
van dos medicantes, camino de Asís:
el abrigo es poco, la inclemencia es mucha,
y hay lobos hambrientos en el campo gris.

Ciegos por la lluvia, dan en la posada,
que el más viejo evita, huyendo la entrada,
en el bien guarnido, recio caserón.
Alegre está el fuego que tienen delante.
El siervo León,
turbado y arisco,
—¿Acaso, murmura, por hoy no es bastante,
hermano Francisco?
Francisco en silencio las lluvias encara
velando su rostro bajo la capucha.
Dos leguas camina, de pronto se pára,

y dice al hermano que alegre le escucha:
—Si el fraile menor distingue los rastros
que dejan dos aves, volando a la vez,
y el curso adivina que llevan los astros
y sabe el origen del bruto y del pez.
Si tiene del árbol concepto seguro,
y el antro conoce medroso y obscuro
dó habita el diamante que ascendra el carbón;
si ha visto el oasis que oculta el desierto,
hermano León,
tu fe no se engría
y escribe que en esto no existe, por cierto,
perfecta alegría...
.....

El modernismo seguía haciendo prosélitos; pero los sobrevivientes de la generación sólo son los que reflejan el espíritu del maestro; los que presintieron, no una renovación de palabras ni de cantidades métricas, sino una renovación estética.

CARLOS PEZOA VELIS

Entre los renovadores, señalaremos a Carlos Pezoa Velis, poeta de firme personalidad, que vivió y sintió la vida de los humildes. En nuestra literatura resulta nueva, en su época, la orientación poética de Pezoa Velis. Es genuinamente un cantor

criollo, por el asunto de sus cantos, por la forma de expresión, por el lenguaje y por su misma entonación lírica.

Desgraciadamente, no pudo ser muy vasta la labor de este poeta que, como Pedro Antonio González, terminó sus días en un triste lecho de hospital, cuando apenas florecía la primavera de sus treinta años.

Con un verbo lleno de color, pero con justeza de tonos, Pezoa Veliz ha trazado cuadros admirables de la vida campesina y de la vida triste, hambreada y andrajosa del suburbio.

Pancho, el hijo del labriego,
y su hermano el buen Tomás,
serán hombrecitos luego:
Pancho será peón del riego
y su hermano capataz.

....

Pancho corre, Tomás mira
crecer al viento la col;
Pancho abrupto monta en ira
si el pobre Tomás suspira
en la caída del sol.

....

DIEGO DUBLÉ URRUTIA

Con la misma intensidad perceptiva que Pezoa Velis, pero con mayor sutileza de matices, Diego Dublé Urrutia recogió en su pupila el paisaje chileno—«Del mar a la montaña»—, con toda su riqueza cromática y con el marinero curtido y parlador y con el peón cazurro. Por esto causa pena que este poeta se haya congelado dentro de una casaca diplomática, para nunca más cantar cosas tan hermosas como las que cantó a los veinte años.

Para mí, nada pido,
dadme una rama de árbol, una roca,
y las tendré por nido.

Mi nombre, pronunciado,
con ánimo gentil, por vuestra boca,
me hará creerme amado.

Evocad mi memoria,
al ver una luciérnaga, una estrella,
y me dareis la gloria.

Pobre es mi celda, pero,
a veces, canta, o se lamenta en ella,
el universo entero...

Leed alguna vez «La procesión de San Pedro» y vereis la agilidad graciosa del verso de Dublé, y su manera viva y retozona de pintar la escena que pasa en el mes de

Junio. Mes de las aguas, mes de las brisas,
mes en que hacen los pavos su testamento
y en que las rubias ostras, monjas clarisas,
rompen la celda nácar de su convento.
. . . . . .

ANTONIO ORREGO BARROS

Antonio Orrego es otro poeta de entonación criolla. Su canción primeriza. «Margarita la lavandera», por ejemplo, nos parece mejor realizada que la obra de su segunda época en que se dejó llevar por la influencia de Vicente Medina,—gran poeta, sin duda—exagerando el vocabulario campero y valorizando nimiedades rústicas.

Felizmente, Orrego Barros no ha persistido en esa tendencia y ha recuperado su modalidad primitiva, acentuando su regionalismo, y dando amable soltura a su verso actual.

Siga el arpa, siga el canto,
siga el alegre rasgueo

ae la guitarra, entretanto
repica el tamborileo.

Tintinean las espuelas,
levantando polvo de oro,
al compás de las vigüelas
vivo y alegre y sonoro.

.....

Mírame a fondo, morena,
bien adentro, bien adentro ..
Ojitos color de pena,
con una alegría al centro!

Acaso en el cantar genuino, en la propia tonada chilena, está el mejor filón poético de Orrego Barros.

SAMUEL Á. LILLO

Antes había nacido Samuel A. Lillo, trovador de la selva araucana y de las proezas guerreras de los huincas cobrizos y fornidos.

En los escuadrones silábicos de Lillo, pasan las cabalgatas de los mocetones y cruzan los cóndores y las águilas de gorgueras reales.

En la estampa física de Lillo, hay algo de beduino y algo de califa, y acaso también en su estampa moral: el amor al campo raso, y al mato-

rral, y a la selva y al brinco del puma... y luego el gesto litúrgico para echarse a oficiar pertinaz y fanático. El califato de Arauco le pertenece...

Durante más de un cuarto de siglo, Samuel A. Lillo ha mantenido vibrando su cuerda poética, y el laurel apolíneo ha caído muchas veces sobre su cabeza.

La poesía de Lillo tiene entonaciones robustas en el intento épico; firmeza de color y de línea en el trozo descriptivo, y honradez evidente en la expresión subgetiva, a pesar de las reminiscencias románticas, heredadas de los españoles del ochocientos. Su fisonomía lírica es dura, monolítica. Su retina aprecia el contraste y desdeña el claro-obscuro. Pero en esto no hay defecto, sino cualidad. En esa consistencia de planos reside la fortaleza de su obra que busca más amplitud de horizonte, que concentración emotiva, apesar de que el alma de Lillo es tan evangélica y cordial. Así resulta que el poeta es la antítesis del hombre, y mientras éste apacienta corderos, el poeta procura despertar las águilas.

Inmóvil, la ballena entre la bruma
semejaba un peñón de negra cima
que el mar bañaba con su blanca espuma.

De pronto, resoplando,
arrojó dos violentos surtidores,
dos caños espumosos que subieron

para caer, después de breve instante,
trocados en dos arcos de colores,
sobre el enorme torso del gigante.

Y la barca atrevida
se acercó lentamente;
quietos quedaron todos, aguardando
la recia acometida.

Un pié puso en la borda el arponero,
y echándose hacia atrás, con la cabeza
erguida, y con los ojos
de halcón de mar, clavados en su presa,
como si fuera un medioeval guerrero
que arrojara un venablo,
su brazo poderoso
lanzó el hierro fatal contra el coloso.

Fué el golpe tan seguro
que se clavó el arpón sobre el costado,
como queda la estaca sobre el muro.

Al sentirse tocado,
dió el bruto, en la explosión de su coraje,
un salto formidable de repente,
como el potro salvaje
que el acicate en los ijares siente.

Giró sobre sí mismo,
buscando al enemigo que le hería;

se detuvo, y de súbito,
presa de un espantoso paroxismo,
replegó sus aletas temblorosas
y se hundió resoplando en el abismo.

.....

MANUEL MAGALLANES MOORE

En la poesía de Manuel Magallanes flota un divino encanto emocional que va buscando hondura, hasta meterse en lo más recóndito.

No es un poeta de entonaciones nerviosas, ni de objetividades, ni de un decir sonoro. Es un poeta interior, recogido, que canta a la sordina, como si tuviese miedo de despertar a la naturaleza, de herir las cosas o de desvelar los corazones. Pero tiene el dón de comunicar su propia emoción, porque sabe decir con sencillez y ha aprendido a hacerse transparente

Aquella tarde única se ha quedado en mi alma.
Su luz flota en la sombra de mi noche interior.

Sólo una fugitiva vislumbre en la ventana,
sólo un azul reflejo; nada más que un vapor
de luz que se filtraba por las breves junturas;
sólo un vaho de cielo, no más que una ilusión.

de claridad fluyendo por entre los postigos.
Nada más que el ensueño de aquel suave ful-
[gor.

Sólo esa fugitiva vislumbre en la veutana.
No más. Y en la penumbra, libres al fin, tú y yo.

En silencio, llegaba yo al fondo de la dicha;
con infantil dulzura, tú gemías de amor.

Sólo el azul reflejo de aquella tarde única.
¿No ves tú en la ventana? No ves tú? Quizás no.

Acaso no lo viste, porque cuando yo inmóvil
me quedé contemplando aquel suave fulgor,
tú, en aquellos momentos de lánguido reposo,
dormías dulcemente sobre mi corazón.

Veo la fugitiva vislumbre en la ventana;
oigo el ritmo apacible de tu respiración.

Te siento. En la penumbra te siento. Eres
[tú misma
que te duermes, ya mía, sobre mi corazón.

Predominaba en Manuel Magallanes la sensibilidad, una sensibilidad agudizada, y vivió enamorado de todas las cosas, con algo de amor místico y

algo de amor pagano. Pero el amor de mujer le llenó principalmente el corazón. Era un soñador ansioso, con el alma bien dispuesta y el deseo tendido, como una rama florida que esperase siempre el estremecimiento de unas alas.

Honda inquietud espiritual la suya, que le hacía apasionarse fácilmente, ingenuamente a veces, a pesar del sentido irónico que Magallanes sabía descubrir en la vida.

Su labor poética es corta; pero está llena de vida, de ansias, de sugerencias.

Pasó por la existencia recogiendo los colores suaves, los aromas delicados, los sonidos melodiosos, y un día apacible se marchó también silenciosamente para no volver más.

CARLOS MONDACA

Carlos Mondaca es un poeta máximo: alma unciosa y sincera de hombre y de poeta; alma que se desparramó, como bálsamo oloroso, en su vida y en su obra.

Era un contemplativo, con su mirada triste y vagabunda.

Su retina se poblaba de visiones, y lentamente pasaban estas visiones a su alma. Su poesía está así llena de contemplaciones interiores, y en su verso, hasta el eco y el ritmo dan también la im-

presión de cosa que viene de muy adentro del alma.

¿Qué desesperanzas o qué anhelos de infinito conmovían el alma de Mondaca?

Tuvo incertidumbres espirituales, y más de un suspiro amargo hinchó su corazón.

Torturado en la mitad de su vida, por una enfermedad que le ensombrecía los días, sintió el cansancio de su dolor, y un deseo voluptuoso de morir desvaneciéndose como una hilacha de humo azul, evaporándose como un rocío matinal.

Quien pudiera dormirse como se duerme un
[niño,
sonreir entre sueños al sueño del dolor,
y soñar con amigos, y soñar el cariño
y hundirse poco a poco en un sueño mayor.

Y cruzar por la vida sonambulescamente,
los ojos muy abiertos sobre un mundo inte-
[rior,
con los labios sellados, mudos eternamente,
atento sólo al ritmo del propio corazón.

Y pasar por la vida sin dejar una huella;
ser el pobre arroyuelo que se evapora al sol,
y perderse una noche como muere una estre-
[lla
que ardió millares de años, y que nadie la vió.

¡Qué bella y cristalina manera de expresar su sentir, su hondo sentir ansioso y dolorido!

En Mondaca había un conjunto extraordinario de condiciones líricas que echaban raíces en entraña de filósofo, de filósofo que un día fué excéptico y otro-panteista; pero que finó suavemente en la montaña cristiana, con ingénua fé de niño puro de intenciones.

Nunca hemos podido leer, sin real emoción, los versos tiernamente resignados en que Carlos Mondaca traza su presentida hora final con tanta insensidad y justeza de tonos, que el cuadro adquiere relieve que maravilla.

Una mañana clara de Abril. Habrá llovido,
no me levantaré. Se acercarán sin ruido
las gentes de mi casa para observar si duermo,
y por sus ojos tristes sabré que estoy enfermo.
El temblor de sus lágrimas será la estrella que
me diga que es preciso partir, y no volver;
y como para entonces estaré tan cansado,
no haré siquiera un gesto de espera. Resignado
no pediré otra cosa que entreabran la ventana
para mirar el cielo; y hasta mi frente cana
descenderá piadosa y azul la caridad
de la mañana, a darme la postrer claridad...

Estaré con los ojos cerrados, como inerte,
saboreando la última tregua de la muerte.
De vez en vez, sus manos santas y dolorosas,
mi mujer pondrá en mí, con suavidad de rosas.

Mi hijo me mirará callado y largamente,
—los labios de su madre se han posado en mi [frente—
y como teme que me turben sus sollozos,
se abrazará a mi nuera. Con sus ojos curiosos
que lloran y no saben, pregunta el nieto. Cae
la tarde lentamente. Rumor de otoño trae
la brisa, quejas de árboles, y la melancolía
de lejanas campanas vesperales. El día
se irá junto conmigo...

.....

Después, y ya en la última conciencia de la [vida,
me encerraré en el fondo de mi alma adormecida.
Cerraré mis oídos para todo rumor
del mundo, y en mis ojos, que sellará el amor,
alboreará la aurora del Señor. Y me iré
perdiendo en un ensueño crepuscular del que
nadie de entre los vivos me podrá despertar.
Me llamará la tierra con ansias maternales;
y como yo he querido, sobre todos mis males,
ser fiel hasta la muerte, ser obediente y bueno,
me dormiré, por fin, como un niño en su seno.

MAX JARA

He aquí uno de los poetas chilenos de ideología más honda y de verbo más puro: Max Jara, hombre que ama la soledad y el silencio, porque nació

fisiológicamente rehacio al bullicio y a la multitud. De año en año, suele encontrársele en la calle por donde camina como ausente del mundo. Espiritualmente también busca senda aparte y propia, por ingénita tendencia. Su poesía es un reflejo nítido del pensamiento sutil, de la emoción aguda. Con extraordinaria conciencia artística, medita mucho más que escribe. Medita con la parsimonia elegante de un Sócrates, o de un Platón, paseándose en los jardines de Academo, y sólo echa su palabra al mundo cuando puede asumir su responsabilidad filosófica y estética.

Mi espíritu está herido de pasión peregrina.
Comparable sería a la lírica encina;
perennemente verde en las nubes culmina,
y detrás de las nubes un pájaro azul trina.

Tras una melodía de mujer, va el gorjeo.
Un ritmo de verdad viste su balbuceo.
En su ingenua emoción me reconozco y veo
tembloroso de fe y triste de deseo.

Max Jara es un poeta sin paralelo en nuestra literatura, y tal vez en la de América; y cuando el tiempo tamice los valores, sus contornos tomarán alto y perdurable relieve.

No me canso de admirar
la fuga del agua viva.

Con ella va mi fortuna
por la noche sin orillas.

El agua mintiendo plata,
el aire fingiendo risa...
Promesas que no se cumplen...
¿Dónde está la vida mía?

Cantando va cada gota
ilusión y maravilla.
¿Qué será de mí mañana,
yerbas bravas de la orilla?

Sobre las arenas ásperas,
entre las rocas pulidas,
muriendo va cada gota
sin conocer la fatiga,

ni remanso en que se goce
cuerpo de mujer nacida,
donde al roce milagroso
queden las aguas dormidas.

PEDRO PRADO

Pedro Prado resulta un grande acierto lírico, porque es poeta de pensamiento y de obra, evangelizado de sencillez. En su espíritu han entrado, con suavidad undosa, las brisas de la India y las de

Grecia, mezclándose, a veces, con algún airecillo nativo. Desde «Flores de Cardo», hace más de veinte años, Prado ha pasado por muchos crisoles, purificándose, distendiéndose, renovándose. Sus mejores poemas están en prosa,—«Alsino», entre ellos, —y es asombrosa la novedad estética que Prado ha conseguido insuflar en los viejos símbolos paganos. Uno de los méritos primordiales de Prado es la diafanidad, y así no sólo la Grecia y la India se transparentan en su obra; la parábola bíblica resplandece también. Su modernidad limita con su tradicionalismo. Tiene un admirable equilibrio de potencias. Una perfecta armonía entre el entendimiento y la voluntad; un verdadero reposo lírico, otorgando al vocablo *reposo* la acepción de serenidad, alcanzada después de inquietudes máximas. De esta serenidad, da idea la persona misma del poeta que tiene actitudes melodiosas y medidas, que habla sin elevar nunca el diapasón. Su cabeza rubia, sus ojos claros y su risa fácil, pero asordinada, hacen pensar en un buen muchacho alemán, de esos que se inmovilizan oyendo a Liszt o al padre Bach.

Manos de la amada, dignas de una reina,
si una reina digna de ellas fuera!

Manecitas breves
con florecillas de azul entre la nieve
y con menudos dedos
que en sonrosadas uñas se florecen.

Manos compasivas, cariñosas,
con cuánta bondad siempre se posan
sobre mi frente; manos blancas,
cuando ayudais a bien sufrir,
sois unas santas.

En el tiempo bueno, magas divinas,
palmoteando, aumentasteis la alegría,
locas manos de niña.

Y siempre os extendeis prestando ayuda,
nobles manos menudas.

Previsoras sin que os rinda la fatiga,
sois las hormiguitas de la vida.

Manos blancas de azuladas venas,
haced que mi vida sea buena.

Manecitas mías,
otorgadme mi parte de alegría,
y si hadas sois, llenad de flores
nuestro común jardín de los amores.

Cuando muera,
haced que mis párpados se cierren,
pero haced que se cierren lentamente,
así mis ojos turbios vuestra imagen lleven
más allá de la muerte!

ERNESTO GUZMAN

Con algo del afán contemplativo de Mondaca y del espíritu reconcentrado de Max Jara, hay otro poeta—Ernesto Guzman—que parece huraño, y es cordial; que impresiona de avaricia espiritual y que derrocha emotividad; que aparece exhausto, y que tiene ancha vena abierta a la vida.

Así dice en «Las malas palabras»:

Traían sigilosos andares inseguros,
y las puse armoniosas de mi interno temblor;
¡yo transformo en mi sangre los colores obscuros,
y hasta a lo amargo tengo que darle mi sabor!

Esa áspera palabra se me ha vuelto serena,
porque en mí la incorporo, porque puedo dejar
redimirse en mí mismo la pequeñez ajena
bajo este sacramento cristiano de cantar.

Ernesto Guzmán, prologado, hace algunos años, por don Miguel de Unamuno, se ha quedado en silencio, desde 1921, que publicó «La fiesta del camino», libro bello y firme, que atrajo el aplauso unísono de la crítica americana.

JORGE GONZÁLEZ

En su heredad ribereña del Maule, ha vivido y vive Jorge González, con la pupila tendida hacia el horizonte, mirando fundirse el cielo y la montaña; atento al rumor de las hojas y de los trinos, y con el alma dolida y ansiosa, pero siempre ilusionada de belleza.

A la sombra armoniosa de los árboles
fuí a descansar.
Mi obscuro pensamiento discurría
en un continuo divagar.

Junto de una corriente rumorosa
quedéme al fin.
Quería adormecer mi pensamiento;
no soñar, no sufrir!

Quería adormecer mi pensamiento
llagado de pasión;
pero el agua y los árboles tenían
sed de mi corazón.

Y no me daba cuenta como en ellos
vivía sin querer
la vida de la flor y de la onda...
¡Lo infinito en mi ser!

Tanto de mí los árboles tenían,
tanto de mí el rumor del manantial,
que en ellos me sentía en un continuo
cantar, reir, llorar!

Es un admirable poeta Jorge González: espíritu armonioso que, en un panteismo rico de matices, se da a la naturaleza, mientras ésta se le entrega también en toda su plenitud.

Sentado a la vera del camino rústico, estremecido por las brisas vesperales, este poeta pasa sus horas conversando con los espinos retorcidos y oyendo el cuchicheo de los álamos reverenciosos, y de esta comunión brota su eco vital, terco a veces, jugoso otras; pero siempre diáfano, puro, estremecido.

GERONIMO LAGOS LISBOA

Gerónimo Lagos Lisboa, que sabe pensar cosas muy bellas, tiene el privilegio de vestirlas con sobriedad elegante. Es un poeta de verbo dilecto y de sensibilidad muy fina que comunica su sentir y persuade de que no habría mejor manera de decir, que su propia manera.

Los diáfanos quince años de mi madre bebieron en qué fontana grávida de estrellas? Qué rosal hizo sangrar sus manos? Cuáles violetas dieron aroma a sus nostalgias? Qué claridad lunar

convaleció en el lecho blanco de su ternura?
¡Tu vaso, madre mía, fué nardo y emoción!
Llenó tu vaso el viento de pena y de frescura
y lo volcó en mi lumbre genésica el Amor!

De olorosa llovizna mi corazón va henchido
y hundida en él, cual viejo puñal, la flor de lis
de mi estirpe, se curva... Bajo su arco florido
van pasando los siglos sin hollar la raiz.

Es difícil hallar en la lírica chilena un poeta de tanta gallardía de espíritu y de tanta flexibilidad verbal, como Lagos Lisboa, que es delicado y firme en toda su escasa obra,—un solo libro que data de 1915;—pero que basta para señalarlo como uno de los valores más efectivos de la poesía chilena.

VICTOR DOMINGO SILVA

El tono entrañable y subjetivo que caracteriza la lírica chilena de estos años—segunda decena del novecientos—se convierte en grito revolucionario, en anatema social y en protesta reivindicatoria en el verso airado y rotundo de Víctor Domingo Silva. Así los primeros años de este poeta aparecen explosivos. Siente sobre sus hombros una misión re-

dentora que está dispuesto a cumplir, declamando sus alejandrinos, con aleonados ímpetus de sovietista ruso, desgreñada la melena, adusto el ceño...

.....

¡Hermanos en la vida y en el dolor! Ya es hora
de erguirse y rebelarse. Despierta ya la aurora
del gran advenimiento de los días supremos
de redención! Hermanos: llenos de fe luchemos
por conquistar el trozo de pan que se nos niega.

Nunca! Jamás roguemos (sólo el mendigo ruega)
y ante la puerta de oro de ahitos Baltazares,
hermanos, escribamos el Mane-Técel-Fares!

¡Hermanos en la vida y en el trabajo! Es esa
la misión del artista que la tierra atraviesa.
El poeta egoísta que ante la infamia calla
y calla ante el humano dolor, es un canalla.

Tiene sonoridades broncíneas, alientos iconoclastas, algo de Hugo, mucho de Almafuerte, la poesía de Víctor Domingo Silva. Pero no se estagna en esta órbita detonante. Su entonación consigue otros matices visuales y emotivos que tematiza y desenvuelve con grande acierto lírico.

Aquel mozo enfermo y flaco
tocaba el violín al sol

por un sorbo de alcohol
o un puñado de tabaco.

¡Y buen dar! Cuando tocaba
algún rondel español
o alguna sonata eslava ..

Aquel mozo enfermo y flaco
salía a buscar el sol
y a llenar su viejo saco,
por un sorbo de alcohol
o un puñado de tabaco.

Salía a matar su esplín
cuando tocaba el violín,
cuando como un caracol
salía a buscar el sol.

Aquel mozo enfermo y flaco
murió tocando el violín,
¿Qué queréis? Hallo su fin
en un sorbo de alcohol
y un puñado de tabaco.

Le hallaron tendido al sol
y abrazado a su violín.

LUIS HURTADO LOPEZ

En la fisonomía lírica de Luis Hurtado López se aúnan tres características que dan categoría personal a su poesía: factura clásica, entonación romántica, espíritu moderno. Su verso amplio, flexible, limpio, acusa elocuencia poética. De ahí la exaltación de sus canciones y la riqueza verbal de sus ditirambos a la raza y a la lengua española. Hurtado tiene obra interesante y nutrida. Interesante, particularmente, por la suma de espíritu y de entusiasmo que entraña casi toda esa obra, evidenciando los agudos idealismos del poeta, que, en nuestra época, aparecerían anacrónicos, si Hurtado no revelase una permanente inquietud renovadora.

Camino del monte
conozco un sendero
que amasa su tierra con nuestras pisadas.
Sobre los sauzales y en las cercas vivas,
con clarines de oro,
los jilgueros cantan;
y aún recuerda el eco de los trinajeos,
eco de tus risas y de mis palabras.

Ayer tempranito,
cuando apenas abríase el alba,
yo fuí por el bosque, pisando el sendero
que crujía quejoso, bajo mis pisadas.

—¿Qué buscas? me dijo la voz del sen-
[dero,
¿por qué vienes solo, camino del alba?
¿Te engaña tu amante, o tú la abandonas
por otra más guapa?
—No, le dije. Vengo a darte las gracias,
caminito del cielo, caminito de gloria,
que unió nuestras almas.
En tus arenitas y en tu humilde grama
encontré el tesoro,
que tanto buscaba;
tesoro de vida
y de gracia,
agua de una fuente cantarina y clara.
Mañana vendremos y en este sendero
cantará su risa las nupcias del alma,
y tendrán envidia tus aves parleras
al oir que su risa me canta.
Ya verás como viene de hermosa,
ya verás como viene de guapa,
ya verás como viene rendida,
cogida a mi brazo, tornando los ojos
y afirmada en mi hombro su cara!
Es más noble que un puño de trigo
y más fresca que un cacho de agua!
Mañana vendremos al alba!
Y el sendero crujió de contento,
bajo mis pisadas ..
Con que tú yä lo sabes:
¡mañana!

ALBERTO MAURET CAAMAÑO

En la poesía chilena, Alberto Mauret Caamaño tiene fisonomía exclusiva. Es un poeta esencialmente erótico. Una inquietud psico-fisiológica le subleva el corazón y los sentidos. Tiene mucho de los poetas franceses de la época galante, tan propicios al madrigal. Parece que siempre rondara un parque, persiguiendo marquesas con lunares siglo XVIII, o atisbara por las rendijas de una alcoba a media luz.

Una herida de amor! A nadie importa
del alma enferma la secreta herida...
Para amar y gozar la vida es corta,
ama de nuevo y el dolor olvida!

Suelta por el país de la quimera
las áureas bridas de tu vago anhelo,
y embriágate de luz y primavera,
de sol, de risas y de azul de cielo!

La poesía de Mauret Caamaño, es ligera, con alas de mariposa. Haciendo galanterías no se puede ser transcendental. Pero, en esta misma fragilidad lleva su gracia. Su verso, de evidente estirpe romántica, resulta amable, ágil, luminoso a veces.

IGNACIO VERDUGO CAVADA

El «maleficio» de la popularidad que entregó al vulgo las décimas de «Los copihues», melopeizadas primero y musicadas en seguida, han desvirtuado la brillante personalidad literaria de Ignacio Verdugo. Esta afirmación, que parece absurda, tiene su entraña lógica: la desvalorización universal de la letra en toda partitura.

Soy una chispa de fuego
que del monte en los abrojos,
abre sus pétalos rojos
en el nocturno sosiego.
.....

Las décimas son hermosas. Se ve que el poeta, conquistado por el sortilegio de la selva sureña, ha vertido su emoción en esos versos. Pero la señorita cursi los vocalizó primero en la «soirée» de medio pelo, y el «tocador» los desparramó después en el burdel, acentuando el tono sensiblero. Ignacio Verdugo circuló entonces como el poeta de «Los copihues», y el público se quedó esperando que continuase escribiendo décimas «para piano y guitarra»...

Mientras tanto, un centenar de magníficas composiciones poéticas de Ignacio Verdugo, permanecen olvidadas, sin que el propio autor les haya concedido la trascendencia de un volumen.

Este inmenso vacío que me llena la vida
y el corazón me hiere con leve trizadura,
es la herida invisible, es la trágica herida
por donde gota a gota se filtra mi ternura.

Mi ternura era como una rama recién florida,
cántaro de agua fresca para una boca pura,
y hoy se está envenenando de un rencor sin [medida
porque nadie se acerca a probar su frescura.

Señor! Señor! Devuélveme mi viejo misti-[cismo,
mar en que el alma triste como un raudal se [vacia,
dame un amor que tenga fascinación de abis-[mo...

Tú, con ser Dios, no sabes de la amarga des-[gracia
de sentir que vivimos en el instante mismo
en que el amor no llena y en que la fe no sacia.

Es un poeta de rico jugo sentimental. Su verso fluye naturalmente, cuando el corazón se abre. No adopta poses líricas. No profesionaliza la literatura. Toda su poesía emociona porque se siente sincera.

LUIS FELIPE CONTARDO

La vocación religiosa que convirtió a Luis Felipe Contardo en cura de almas, fué impulso de su adolescencia. A los 20 años, profesaba ya teología en el Colegio Pío Latino de Roma, y allá recibió el óleo sacerdotal. Al mismo tiempo escribía versos, que eran bellas preces místicas, como el «Canto a la Cruz».

Contardo encerraba un espíritu férvidamente encendido en la fe y en la belleza cristianas. Sabía ver y sentir, y sabía expresarse con sencillez y buen gusto. Estudió mucho, viajó bastante, observó con talento. No era el cura rústico, que alguien ha dicho. Era un abate sapiente y gentil que vivió una noble vida, orando, y cantando, y entregando su corazón a los pobres y afligidos.

Entre los tiernos amores de este cura-artista y santo, florece el amor a su madre, que Contardo ha cantado con divina emoción.

En la noche de Octubre, fresca y limpia, cual
[una
alborada naciente; toda llena de luna,
de fragancia y silencio, de soledad y encanto,
envueltos en su calma como si fuese un manto,
mi madre y yo callábamos, sobre el balcón abierto
que se asoma entre yedras hacia el jardín y el
[huerto.

¡Nunca sentí tan dulce la luz de cada estrella,
ni hallé una paz tan honda como en la noche
[aquella!

Mis manos en sus manos, mirábamos absortos
la belleza del mundo, sintiendo que en los cortos
instantes palpitaba la eternidad...
Suprema
melodía de canto, de plegaria y poema
flotaba en la profunda soledad...
De las rosas,
y de las blancas ramas en flor que, silenciosas,
tendía hacia el misterio de la noche una acacia,
se exhalaba un aliento de frescura y de gracia;
y a la luz de los astros, en la paz recogido,
nuestro balcón tenía la suavidad de un nido...

—«Dios es grande y es bueno»—la anciana, pen-
[sativa,
dijo, sin que dejara de mirar hacia arriba,
y añadió:—«Bueno y grande, el Señor de los cielos
y la tierra, ha colmado mis más hondos anhelos,
al permitir que sean, en mi invierno sombrío,
tus manos consagradas, mi sostén, hijo mío!
Y vuelto a mí su rostro que fatigó la vida,
me pareció que estaba radiante. Y en seguida,
temblorosa de pena y de ternura:—«Hijo,»
con una voz profunda, como soñando, dijo:
«tú para mí eres todo, tú solamente existes,
en la tierra desierta, para mis ojos tristes.»

Y fijó largamente sus ojos en mis ojos,
y como quien disipa del vivir los enojos,
por el amor materno transfigurada, llena
la faz de una alegría luminosa y serena,
pasó por mis cabellos, trémula de cariño,
su mano arrulladora, como cuando era un niño.

Recordó, sonriendo, cuán largo tiempo hacía
que no la acariciaba—¡dos meses!—desde el día
en que el sagrado signo quedó en mi frente im-
[preso,
y suplicó: «Hijo mío, como antes, dame un beso!»

Parecía una santa... Diáfanas y tranquilas,
dos lejanos luceros, daban luz sus pupilas;
como en las catedrales, en sus albos cabellos
la luna colocaba un nimbo de destellos,
y había una apacible claridad difundida
en su pálido rostro que fatigó la vida...

Cual una primavera se me llenó de arrullos
el corazón, y todo me floreció de armiño;
—«¡Madre, mi amor»—la dije;— me eché en los
[brazos suyos,
y la cubrí de besos como cuando era un niño..

III.-Ciclo Contemporáneo

(1915-1930)

Se acentúa la renovación, procurando hondura y un contacto más íntimo con la naturaleza y con las cosas. Se buscan ideas, forma y lenguaje en la Biblia y en la literatura de la India. El afán de originalidad da margen al creacionismo, al futurismo, al superrealismo, etc. La persecución de imágenes constituye una obsesión

GABRIELA MISTRAL

Una peregrina voz de mujer, que tiene acentos astrales y que, sin embargo, parece que brotara de las entrañas de la tierra, empieza a llenar el ambiente. No es una voz desconocida, a pesar de todo. Ha sonado en Jerusalén y en Cafarnáun; y ha seguido el curso del Jordán, y ha llenado el cántaro de la Samaritana. Esta voz va creciendo y purificándose, como en un holocausto, y pronto llega a escucharse en otros pueblos, y Darío, y Nervo y Valencia ponen oído asombrado.

Es el milagro de Gabriela Mistral que, en nuestros días, yergue su cabeza lírica entre las más altas cumbres de la poesía castellana.

¿En dónde está quien pueda superar la firme y rica estructura psíquica de esta mujer? Compren-

sión genial; gigantesca manera de sentir, de amar y de padecer; y luego palabra tensa como un vendabal; encendida como un ascua; amarga y salada como el mar; sedante y dulce como la miel.

....

Porque mi amor no es sólo esta gavilla
recia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo,

Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el pecho;
¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

.. ..

La vida lacerada de amor y de dolor de Gabriela Mistral, ha hecho fuerte y mansa su palabra. Amor de hombre le llenó el corazón y le llagó el costado; amor que conoció la tortura de la partida sin adiós y sin regreso, y que vió el estigma de sangre en la frente del amado; amor que ha mantenido su espíritu arrodillado ante el ara del Señor...

Señor, tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi palabra te invoca,

Vengo ahora a pedirte por uno que era mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca,

cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.
Me cuido hasta de aquellos en que no puse
[nada
¡No tengas ojo torvo si te pido por éste!

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro como la primavera.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles,
y se fué aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienes como vasos sutiles.

Pero yo, mi señor, te arguyo que he tocado,
de la misma manera que el nardo de su frente,
todo su corazón dulce y atormentado
¡y tenía la seda del capullo naciente!

¿Qué fué crüel? Olvidas, Señor, que le quería,
y que él sabía suya la entraña que llagaba.
¿Qué enturbió para siempre mis linfas de alegría?
¡No importa! Tú comprendes: ¡yo le amaba, le
[amaba!

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio;
un mantener los párpados de lágrimas mojados,

un refrescar de besos las trenzas del silicio
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío,
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas.
Y la cruz (Tú te acuerdas ¡oh Rey de los judíos!)
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,
si tardas en decirme la palabra que espero.

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo, lebrel tímido, los bordes de tu manto,
y ni pueden huirme tus ojos amorosos,
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

¡Dí el perdón, dilo al fin! Va a esparcir en el
[viento
la palabra el perfume de cien pomos de olores
al vaciarse; toda agua será deslumbramiento;
el yermo echará flor y el guijarro esplendores.

Se mojarán los ojos obscuros de las fieras,
y, comprendiendo, el monte que de piedra forjaste,
llorará por los párpados blancos de sus neveras:
¡toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

El amor y el dolor también han hecho madre enorme y tierna a Gabriela Mistral; el amor y el dolor y aquella su melodiosa primavera de maestra rural en la escuela con viejos tapiales y con huerto florido y en donde aprendió a hablar a los niños con sencillez evangélica.

La maestra era pura. «Los suaves hortelanos» decía, «de este predio, que es predio de Jesús, han de conservar puros los ojos y las manos, guardar claros sus óleos, para dar clara luz».

La maestra era pobre. Su reino no es humano.
(Así en el doloroso sembrador de Israel.)
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano
¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!

La maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!
Su sonrisa fué un modo de llorar con bondad.
Por sobre la sandalia rota y enrojecida,
tal sonrisa, la insigne flor de su santidad.

¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres el dolor!
Los hierros que le abrieron el pecho generoso
¡más anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor
del lucero cautivo que en sus carnes ardía:
pásaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez pren-
[diste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste
¡y en el solar de tu hijo, de ella hay más que
de ti!

Pasó por él su fina, su delicada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la muerte la convidó a partir.
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
a La de Ojos Profundos se dió sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de
[luna;
almohada de sus sienes, una constelación;
canta el Padre para ella sus canciones de cuna
¡y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
para volcar aljófares sobre la humanidad;
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear.

¡Y el cuidador de tumbas, cómo aroma, me
[cuenta,
las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

DANIEL DE LA VEGA

La poesía de Daniel de la Vega sugiere la idea de un río caudaloso y limpio, que baja de la cordillera en ancha catarata, y, en seguida, se echa a caminar mansamente por el campo, a pleno sol, a plena luna. No se esconde en la montaña; no desvía su corriente. A trechos, un remanso, bajo el toldo de un sauce. De repente un murmullo, porque conversa con los cañaverales.

El alma de Daniel de la Vega es un alma de niño, ilusionada y fervorosa. Canta porque la emoción le rebalsa el corazón; y su verso tiene siempre un sincero estremecimiento. Pero esta alma delicada también se pone recia, y arde como llama de espino, y enciende toda la montaña.

En ningún poeta chileno se divisa más potencialidad lírica que en Daniel de la Vega.

Poderosa mañana de primavera. El viento
lo llena todo de inquietud,
y yo siento que este momento
es como una explosión de juventud.

El fuerte sol, apenas
acaba de salir,
y todas las montañas están llenas
de un resplandor de porvenir.

Mi hijo, esta pequeña creatura,
toda emoción y risa, me acompaña.
Siento mi corazon lleno de altura
así como si fuera una montaña.

Aquí tienes, Señor, este pequeño
boton de rosa de la vida mía;
es más frágil que un sueño
y más humilde que mi poesía,

Si no te pedí nunca, Señor, rosas terrenas,
las que a mí me tocaban déjaselas a el;
si miel yo puse en todas las tristezas agenas,
tú, Señor, dale de esa misma miel.

Y si siempre mis manos estuvieron abiertas
para dar como para acariciar,
haz que se abran todas las puertas
a donde él llegue a golpear.

Señor, que las estrellas que yo tanto he
[amado,
acompañen su corazón de peregrino,
y que todas las rosas que en mi vida he sem-
[brado
le alfombren el camino,

Y que todos los versos que he hecho,
y que todos los sueños que he tenido,
vuelen al rededor de su pecho,
cuando él esté dormido.

Sobre la tierra fresca, la mañana deslíe
su luz. Del campo viene como un rumor de mar.
El niño que me mira dulcemente sonríe...
Yo me entrego a soñar ..

¿El timón de que barco batallador y ardiente
su mano franca guiará?
¿Y hacia qué esplendoroso y santísimo oriente
su proa firme enfrentará?

Qué agua clara de río
apagará su sed?
¿Qué alto camino de esperanzas le arrancará
[del lado mío?
¿Qué brazada de rosas lo embrujará en su red?

¿Qué belleza florida
Nacerá en su alma loca?
¿Qué verso transparente le embrujará la vida?
¿Qué nombre de mujer le endulzará la boca?

¿Y en qué noche profunda será la luna llena
cómplice de su ensueño más oculto y amado?
¿Y qué primera duda, nacida en tierra agena,
crecerá en su cercado?

¿Qué zarzales obscuros herirán sus sencillas
horas? ¡Yo necesito conocerlos, Señor,
para ir quemando una a una sus semillas,
con fuegos que al infierno irá a buscar mi amor!

¿Qué espina de rosal romperá sus felices
ambiciones? ¡Señor, si tu voz encendida
no me la nombra, iré rompiendo las raices
de todos los rosales de la vida!

Y si acaso hay un hombre que pueda herir su
[frente
vida que de mi vida floreció,
si acaso existe ese hombre, Señor, dale la muerte,
si nó, se la doy yó!

Le mataré sonriendo, casi con un espasmo
de placer... no me importa que la gente se
[asombre
Sólo a ti he de gritarte con inmenso entusiasmo:
—¡Señor, he muerto a un hombre!... Señor.
[he muerto a un hombre!

Y aquí me tienes. Pura la voz, altas y claras
las miradas, serena y azul el alma mía.
Pero, antes de juzgarme, óyeme todavía...
Si en este mismo instante, tú le resucitaras,
de nuevo, como fiera, Señor, le mataría...

La obra de Daniel de la Vega llena ya brillantemente un período de nuestra lírica, y será obra perenne, por su valor emotivo y por su valor arquitectural; por su sinceridad y por su transparencia, y porque, como él mismo lo dice:

Hablar con sencillez es un dón de los cielos...

JULIO MUNIZAGA OSSANDÓN

Treinta años—edad moza en que la vida empieza a tomar tintes de fruta madura—eran los años de Julio Munizaga Ossandón, cuando se quedó dormido, y no pudo despertar.

Con gran fineza de percepción, descubrió la belleza de las cosas y vivió en un suave encantamiento, vagando en los jardines lunados, amoroso de la fuente, del árbol, del camino silencioso.

El título de su único libro—«Las rutas ilusorias»: es un símbolo acertado de los peregrinajes líricos de Munizaga, que acusan intenciones nuevas en lucha con su acentralismo romántico.

Te evoco en la agonía de la tarde serena,
te presiento en la suave dulzura de las cosas,
y cuando tu recuerdo me posee y me llena
mi soledad parece perfumada de rosas.

Te sueño como un lirio que de amor se con-
[sume,

como ninguna suave, triste como ninguna,
y parece que tu alma cruza como un perfume
por mi jardín bañado de silencio y de luna.

....

VICENTE HUIDOBRO

En 1913, Vicente Huidobro hacía esta advertencia preliminar en sus «Canciones en la noche»:—«Con excepción de algunas composiciones, no tengo a este libro gran cariño. Lo publico como una muestra de mi evolución entre aquel primer libro romántico de los 17 años—«Ecos del alma»—y «La gruta del silencio», libro que quiero y del cual estoy plenamente satisfecho».

La declaración es categórica.

El primer libro había sido el tributo de la adolescencia romántica; el incierto vaho lírico de la clase de Retórica en el Colegio de los Jesuitas, con mucho siglo de oro español. Pero el espíritu fuertemente inquieto del poeta empezaba a estremecerse.

¡Oh! gran Marqués de Bradomín,
que juntas la lira moderna y arcaica,
que sabes de la dulce gaita galaica
y del mandolín.

Los franceses—Rimbaud, Verlaine, Baudelaire, Rollinat, Corbiére—le encienden fervores nuevos, y tiene su hora en que compone trovas a la manera gálica y a la manera bizantina. Pero tal entusiasmo es una ráfaga. Un cálido afán de independencia fulgura en los ojos de Huidobro que, antes que todo, es anti-gregario; pero que, desorientado todavía, tienta el símbolo búdico en «Las pagodas ocultas», y, al mismo tiempo (1916) traza en verso libre su poema «Adán», de médula filosófica y de moderna estructura. Definitivamente rompe ya con los imperativos clásicos, y proclama su credo: «La idea es la que debe crear el ritmo, y no el ritmo a la idea. Todos los metros oficiales me dan la idea de cosa falsa, literaria, retórica pura. La poesía castellana está enferma de retoricismo...». Y, como Verlaine, (la frase es de Gourmont) «desarticula el verso romántico».

Silencio! Soledad! Vasto silencio
de las llanuras muertas,
solemnes y desiertas
largamente tendidas bajo el otro
silencio enorme de los cielos graves
cobijadoramente luminosos...

Y en medio de los dos grandes silencios
de la tierra y el cielo,
eternamente cara a cara,
Adán enorme y solo se elevaba

mudo como una estatua.
¡Y allí clavado medio a medio,
era como el intento
de unir aquellos dos grandes silencios!

Pero no era sólo renovación arquitectural la que Huidobro perseguía. En ese citado año de 1916, pasa por Buenos Aires y expone su ideario estético, y el «creacionismo» adquiere ubicación inmediata y se expansiona súbitamente en América, en España y en Francia. Huidobro declara quo no pretende hacer escuela; pero los discípulos brotan en todas partes, a pesar del gesto desdeñoso de la crítica arcaica. El lema sacro es «crear», mediante una sobreexitación imaginativa. Lo real carece ya de valor estético. Huidobro dice: «crear un poema como la naturaleza crea un árbol»; y Cansinos Assens lo comenta interrogando: «¿No hay en estas palabras un anhelo de integridad, de comunión con las fuerzas plásticas del mundo para reproducir fielmente sus obras naturales con toda la riqueza plural de coloridos y aspectos con que lo hacían los soberbios artistas del Renacimiento?» Y más adelante agrega, refiriéndose al paso de Huidobro por Madrid en 1918: —«Yo, testigo de sus evangélicas exhortaciones, pude ver el rejuvenecimiento que obraba aún en los más tiernos epígonos. La llegada de Huidobro echó todas las arrugas de la decrepitud sobre el semblante de la máscara novecentista. Todo se hizo enormemente viejo al contacto de la in-

matura juventud de sus poemas. El tránsito del autor de «Horizón Carré» renueva la cronología literaria y señala el único acontecimiento de mil novecientos dieciocho, en los monótonos anales de nuestras letras, sobre todo de nuestra poesía, narcotizada de misoneismo».

Que el verso sea como una llave
que abra mil puertas.
Una hoja cae, algo pasa volando;
cuanto miren los ojos creado sea,
y el alma del oyente quede temblando.

Así enunciaba Huidobro su nueva ideología. después de haber «desarticulado el verso romántico»; pero algún resabio académico restábale todavía: la puntuación ortográfica, y no tarda en zafarse de ese último grillete.

Las ventanas cerradas
y algunas decoracianes deshojadas
La noché viene en los ojos ajenos
Al fondo de los años.
Un ruiseñor cantaba en vano

La luna viva
Blanca de la nieve que caía
Y sobre los recuerdos
Una luz que agoniza énire los dedos

Posteriormente, en 1925, Huidobro publicó en París su «Manifiesto», síntesis de su doctrina estética; y ahí dice:

—«El poema creacionista nacerá solamente de un estado de superconsciencia o de delirio poético».

—«La verdad del Arte comienza donde termina la verdad de la Vida».

Alguna analogía hay con el credo dadaísta, y con los manifiestos de Tristán Tzara, tan a la moda entonces, y el propio Huidobro lo considera así: «Coincidimos. dice, en algunos puntos: la sobreexitación lógica de la poesía y el menosprecio también lógico del realismo».

¿Perdurará la valorización estética del creacionismo, cuya realización han compartido nombres como el de Reverdy, en Francia, y el de Gerardo de Diego, en España?

El mismo Huidobro, en su sobreexitación creadora ¿no descubrirá una nueva fórmula que deje rezagado su creacionismo?

En nuestros renglones preliminares lo hemos dicho: el nuevo ritmo de la vida implica el nuevo ritmo del arte; y aquí conviene recordar la frase de Virgilio a un escoliasta: «Quiero cansarme de todo, menos de comprender.»

Huidobro tiene una vasta capacidad lírica, y en Chile fué el primero que clamó contra el retoricismo gotoso que estaba llenando de ácido úrico las venas de nuestra lírica....

CARLOS ACUÑA

Tiene dos condiciones esenciales la poesía de Carlos Acuña: vitalidad y pureza. Su vitalidad es lozana, fresca, jugosa. Su pureza radica en la idea, en la sensibilidad y en el verbo. Es simple de líneas, sobria de tonos, rica de sugerencias.

Acuña es el más genuino y firme de los poetas criollos: el que ha sabido entrar más hondo en el campo chileno y el que ha conseguido interpretar con más acierto el paisaje y la vida campesinos. El oloroso viento montañés, o la picante ráfaga marina, que pasan por sus versos, se nos meten por los sentidos y nos refrescan el alma. Sabe darnos la clara visión de los trigales que flamean al sol, y hace que nos sorprenda, como si se nos apareciese en carne y hueso, la moza serrana, «la de trenzas de sol y de ojos de uvas negras»....

Es Gabriela Mistral quien ha dicho: «Creo que no hay nada más difícil que hacer poesía criolla Es tan fácil caer en la grosería y en la insipidez.» Y es la misma Mistral quien ha dicho también: «Carlos Acuña es el único poeta del campo chileno.»

¿De dónde vienen los guainas
asina, con tanto calor?
Si parece que la tierra
le saca chispas al sol.

—Tome asiento, patroncita,
y usté en el piso, patrón;
el rancho es chico, qué hacéle!
pero grande el corazón...
.. ..

El tiene toda la pinta
de mi finado señor;
y ella, su primita linda,
parece una bendición.
....

Agüita verde los ojos
de mi patroncita son;
y los de mi amito, el mozo,
renegros como carbón.
....

—Sabroso el ulpo, muy rico,
me dijeron al adiós;
que no ha de ser cosa buena
si lo comen entre dos,
y en la harinita tostada
la miel puso el amor...

Esta modalidad lírica de Carlos Acuña es una expresión sincera de su temperamento, y por eso nos interesa. No hay postura literaria. Ni premeditación para hacerse poeta bucólico.

Me anegaré en tu perfume
con un ansia de llorar,
en tí hincaré mis rodillas
y mis manos se hincarán
por dichoso de mirarte
y de volverte a encontrar,
por abrazarte de nuevo,
tierra de mi mocedad...

¡Qué agilidad de líneas y frescura de color hallamos en sus «Mozas del Tutuvén»!

Las mozas
son dos rosas
y de gracia trigueña.
Si el caminante pasa,
con sus labios de brasa
sueña...
Los ojos de carbón
pican el corazón;
el cántaro vacila
sobre la mata negra,
mientras que la pupila
alegra
o aniquila
como una canción.
Van a la fuente
a llenar su botijo
del agua transparente
que Dios bendijo,

y, como el agua, el dón
tienen de aquietar la sed,
mas, hembras fuertes son,
id, tocadlas y ved
que son frescas y duras
como las encordaduras
de una red.

JORGE HÜBNER

En la obra poética de Jorge Hübner que, desgraciadamente, no esta recolectada en un libro, hay profundidad, sutileza, tortura, desgarramiento. Es un poeta grande, de espíritu finísimo, de sensibilidad exquisita, que vivió fervorosamente su adolescencia lírica y que, desde hace diez años, parece haber profesado silencio para siempre.

Arbol que, como el hombre, te alimentas de
lodo,
pero que alzas al cielo los brazos retorcidos
y apretado a tus ramas mantienes alto todo
lo que amas: hojas nuevas, botones, flores, nidos.

Quiero tu faz severa, tu fe en orar en vano,
tu esperar, cuando emigran, que las aves regresen,
tu silencio, más hondo que mi cantar humano
y tu ardor por cubrirte de flores, que fenecen.

Tú te bastas: tú creas la flor que lleva un germen
que en cualquier campo sano perpetuará tu ser:
el hombre tras de angustias, de amores que le enfermen,
pondrá en su estirpe oscuras influencias de mu-
[jer.

Arbol, tu sombra a todos proteje, tu perfume
por el amor del viento, se puede disfrutar,
pero el hombre en sus ansias de darse, se consume
por ofrecer un bien que no puede formar.

Buscándolo, recorre los valles, destino
oscuro le hace ser eterno vagabundo,
y tú, inmovilizado, junto a cualquier camino,
le dices que encontraste tu sitio en este mundo.

Así tan bellamente sabe Jorge Hübner pensar y decir. Su «Plegaria» tiene el acento entrañable y lacerante del pecador extrangulado por la tentación y luego hecho cera y miel por el arrepentimiento. Esta «Plegaria» será cosa eterna en la poesía castellana.

Me dió, olvidando mi pasión funesta,
una ficción de albergue maternal;
vistió el amor su espíritu de fiesta
y apagué en un abrazo su protesta:
¡Líbrala tu, Señor, de todo mal!

Por la lenta amargura de su vida,
por dejarla desnuda ante la suerte,
porque la herí para beber su herida,
hazle gracia, Señor, de tu venida
ahora y en la hora de la muerte.

.....

ANGEL CRUCHAGA

La tendencia panteísta que se advierte en «Las manos juntas», se devanece gradualmente en la obra posterior de Angel Cruchaga, para dar entrada a un misticismo doliente, y, en seguida, a un entroncamiento definitivo con la Biblia, impregnandose particularmente de la amarga filosofía del Eclesiastés y de la entonación elegiaca de Job.

Pero, lo interesante y meritable de todo esto, no está en lo que pudiera constituir la paráfrasis de los Salmos, o de las Lamentaciones. La valía de la obra se deriva de la analogía real que se descubre entre el pensamiento bíblico y el propio pensamiento del poeta; de modo y manera que Cruchaga parece haber hollado de verdad aquellos caminos, y da la impresión de honradez perfecta. Su complexión espiritual es compleja. Hay misteriosos recodos en su sensibilidad y mallas sutiles en su pen-

samiento. Levadura de dolor lleva en las entrañas, y una inquietud inextinguible le araña el corazón...

Mi corazón es como una cúpula
llena de cantos. Hacia él suspiran
los ríos y los mares de este mundo
y todo este vibrar se vuelve al cielo
como en las alas de un arcángel hondo.

Me siento perfumado como un fruto
por la desgracia; pero siempre llevo
la música y la miel de mis abejas.

Ya sé que ni el amor consolaría
este duelo solemne de mi sangre.
¡El que ha volado mucho ya no puede
ver más que cruces en el horizonte!

Un talentoso ensayista, que prologó muchos libros hace quince años, Tomás Gabriel Chazal,—dijo en el Preliminar del primer volumen de Cruchaga:—«Mi sano excepticismo de la vida acaso sonriera irónicamente sobre las contorsiones extrañas de este dolor, a no haberse hecho en mi cerebro y en mi espíritu la certeza de que este poeta no es un actor: es un hombre».

La palabra lírica de Cruchaga es palabra de varón recio: palabra honda y alada; palabra que tiene hálitos de eternidad.

Es milenario como Job, y moderno como Guillermo Apollinaire.

Su obra puede considerarse definitiva.

Tierra clara y sonora de los bosques profundos,
sombra de Jesucristo desde el cielo tendida,
suaviza tus montañas y tus mares jocundos,
de las estrellas viene Jesús sobre la vida.

Que se transforme en miel el corazon divino
de los árboles claros, bellos y estupefactos.
Viene el navío eterno que trae el vellocino...
¡Oh, espíritu del mundo, mostradle vuestros [actos!

¡Oh brazos de las madres, puros y transparen-[tes,
recibid al Jesús, dulce y maravillado!
¡Oh corazón inquieto de las hondas vertientes,
cantad sobre la vida como un Job inspirado!

¡Acariciad sus huellas, oh jóvenes esposas!
Hasta Luzbel sonríe, aclarando el infierno.
Viene Jesús. Hablad, oh labios de las cosas
oscuras y olvidadas por el Pastor Eterno.

Dolores de los árbotes, profundos y cansados,
que trasudan fatigas y temblores violentos,
cantad a los sonoros espacios estrellados
que perfuman los ángeles y atraviesan los vien-[tos.

Cansancio de Luzbel; atroz monotonía
de sus cinco sentidos para el amor exhaustos;
semillas sin vigor; manos en agonía
que no acrecientan los últimos holocaustos.

Tierra de las miserias, carne de Job vencida,
prepárate al prodigio; florecerán tus llagas.
El perfil de Jesús se incrustará en la vida,
como la madre muerta en las horas aciagas.

¡Oh senderos del mundo; Jesús viene tran-
[quilo
de las constelaciones, infinitas y suaves!
Contempladlo avanzar en un dulce sigilo.
Mueve su corazón las velas de las naves.

CARLOS PRENDEZ SALDIAS

Físicamente es una figura *épatante* la de Carlos Préndez Saldías, como lo fué en el siglo pasado, la de su señor padre, poeta también. Melena espesa y larga, como la que usaban los poetas franceses de la época del Directorio; sombrero de amplia falda, y lentes doctorales, sin que todo esto contradiga la elegancia burguesa de los guantes, el bastón y el brillante en la corbata... Sin embargo, Préndez Saldías no tiene humos de petulancia, y, al revés de eso, es franco, sencillo y cordial: cualidades que se

evidencian en su poesía. En su nutrida labor poética de quince años, pueden seguirse los pasos tranquilos con que Carlos Préndez ha faldeado la montaña, y ha continuado ascendiendo hasta asomarse a la cumbre, sin esfuerzo, sin fatiga. Es un poeta sin contorsiones, de verbo limpio y emocionado, que ha conseguido persuadirse de su misión, y que, sin variar de actitud, resulta múltiple. Préndez camina con igual parsimonia por las calles de la metrópoli que por el sendero agreste, y se presiente que, con el mismo gesto olímpico con que oye a sus amigos, ha de escuchar a los pájaros. En su producción última, se ha venido acentuando la fisonomía criolla, y cantos suyos hay que aparecen ungidos de perfección.

Es verde el campo. La Luz
lo deja verde esmeralda.

Los espinos de la orilla
son verdes. Hay una charca
a lo largo del camino,
color del campo con agua.

Cierro los ojos cansados
y te veo, rubia y blanca,
en el verde transparente
de la campiña soleada.

¡La única espiga de oro
en el campo de esmeralda!

*
* *

Niña de cara morena
que estás lavando en el río,
¿por qué das al río pena,
echando tu llanto al río,
niña de cara morena?

Los hombres del caserío,
con la azada y con el canto,
bajan a beber al río.
Si todos beben tu llanto
niña de moreno encanto,
¿qué será del caserío?

Niña de cara morena,
la amargura de tu pena
no la llores en el río.
Déjale el agua serena,
sin tu llanto, sin tu pena,
a la sed del caserío.

MARIA MONVEL

Este último ciclo de la lírica chilena es el único que se valoriza con algunos nombres de mujer; y así, junto a la Mistral, hay que considerar a María

Monvel, María Rosa González, Olga Acevedo y alguna otra.

La poesía de María Monvel entraña la mayor suma posible de feminidad. En todo instante aparece la mujer: un interesante y cautivador tipo de mujer inquieta, enamorada, ansiosa, atormenta un día, ilusionada otro. Para expresar estos matices, se ve que María Monvel no gasta esfuerzo. Su palabra fluye por razón natural, como fluye el aroma en el instante que se abren las rosas; y esto puede apreciarse en la transparencia y flexibilidad del verso.

Vuelves a mí de nuevo, el alma entristecida,
el cuerpo mustio y sin vigor,
la fé perdida y la esperanza muerta,
por el viejo refugio de mi amor.

¡Cómo sabes que todo puede faltarle, todo:
aquí los hombres, Dios allá,
pero nunca el albergue de mis brazos abiertos
que siempre te han de perdonar!

Yo sé que muy luego, cuando te deje libre
la garra aguda del dolor,
te irás en busca de otros placeres más ardientes
que los placeres tristes de mi resignación.

No tengo risa loca en los labios bermejos,
labios torpes, que nunca te supieron besar,
y sé que hallas motonona y triste la cantata
melancólica y tierna de mi felicidad.

Quizás si debería mi orgullo rechazarte...
¡Tanta injuria sufrida! Pero ¡ay! es tal mi amor,
que crece, crece, crece, si tu sufres, lo mismo
que si mi ser entero se hiciera corazón.

¡Eres tan mío, cuando de un dolor grave he-
[rido.
vuelves a mí, pidiéndome perdón,
y es tan dulce, tan dulce, perdonando al culpable,
y olvidando la injuria asemejarse a Dios!

Exhuberancia de temperamento emocional (lo que hemos dicho: feminidad más que todo); sentido innato de la belleza, y algo sutil y vital que ondea en la palabra, son las características que individualizan la poesía de María Monvel, haciéndola muy íntima, muy suya. Tiene un ritmo espiritual propio. Ha logrado descubrirse a sí misma, y no ha vacilado en entregarse unciosamente en toda su obra que es una vasta y firme expresión de belleza.

Sobre la poesía de las mujeres de América, la poesía de María Monvel estremece un par de alas sedosas y ágiles.

Amor único mío,
de mi vida amor bueno,
que haces de nuevo cándida mi alma.
mi cuerpo virgen y mis labios nuevos.

Maravillosa esponja
de mis dolientes desengaños, fueron,
buen amor, el dulzor de tus palabras;
piadoso amor, la esencia de tus besos.

Milagro de milagros
que logras el renuevo
en el cristal oscuro de mis ojos
y en los claros cristales de mi pecho.

Fanal que me alumbraste
el perdido sendero
cuando más extraviada mi amargura
huía del dolor y hallaba el tedio.

Busqué con afán tanto
que encontré, al fin, mi premio,
mi buen amor, que trasformaste en soles
las taciturnas sombras de mis duelos ..

Dé mi vida amor último,
de mi alma amor primero,
me apego a tu dulzura,
en tus brazos me estrecho,
y así no tengo miedo de la vida
así no tengo miedo!

JUAN GUZMÁN GRUCHAGA

Juan Guzmán, consanguíneo de Angel Cruchaga, es un poeta que parece haberse calzado sandalias de silencio para acercarse a la fuente y sorprender algún rumor secreto, o por asomarse a las almas y saciar curiosidades sutiles.

Ha trotamundeado, con casaca de cónsul, por México, y la China, y actualmente debe dormir largas siestas en Bolivia, sobre blandas y rubias pieles de guanaco.

Tiene un espíritu afinado y melodioso, y es un peregrino de todas las inquietudes.

Su palabra misma lo declara así:

Cuatro caminos frente a mi ventana ..
Me llamaron de todos los caminos,
y al llamado, en la noche soberana,
acudieron mis sueños peregrinos,

Por ir a todas partes, a ninguna,
pudo llegar mi corazón vencido,
eterno enamorado de la luna,
de lo que ha muerto o de lo que se ha ido,

Cuatro caminos para la quimera,
bajo las flores y bajo los trinos...
¡Ah, si mi pobre corazón pudiera
ser un aroma en todos los caminos!

PEDRO SIENNA

Nació Pedro Sienna con el desasosiego ilusionado y triste de un juglar, y luego enredó sus ambiciones en la farándula.

En estos sus años de madurez lírica, todavía sugiere la idea de un Pierrot que, equivocadamente, se hubiese metido la americana en vez del traje bombacho con golillas encarrujadas.

Es un doloroso vagabundo espiritual que ha atravesado la vida con los ojos encandilados de amor y de ansias violentas; pero que también ha guardado sus adarmes de filosofía medio nietzscheana y medio burguesa, para el consumo diario.

Levantarse a la una de la tarde. Vestirse
con toda la pachorra de un millonario inglés.
Colocar una perla en la corbata. Irse
al ensayo, qua empieza a las dos o las tres.

Ensayar, chismorrear y fumar. Aburrirse
muy soberanamenta hasta el final. Después
dar una vuelta en coche por el parque. Sentirse
un poquito bohemio y otro poco burgués.

El «vermouth», con amigos, piano, flauta y
[violines:
Hablar mal de la Empresa, del teatro y los cines.
Cenar luego a la carta. Y a las nueve ¡función!

Trasnochar hasta el alba. Creer en la promesa
de una boca pintada que muerde cuando besa ..
Y entre tanto ¿qué ha sido de tí, mi corazón?

Hay bellas estrofas de Pedro Sienna, que se están haciendo perdurables por su sinceridad emotiva.

Esta vieja herida que me duele tanto
me fatiga el alma de un largo ensoñar;
florece en el vicio, solloza en mi canto,
grita en las ciudades, aulla en el mar.

Siempre va conmigo, poniendo un quebranto
de noble desdicha sobre mi vagar.
Cuanto más antigua, tiene más encanto;
Dios quiera que nunca deje de sangrar...

Y como presiento que puede algún dia
secarse esta fuente de melancolía
y que mi pasión recuerde sin llanto,

por no ser lo mismo que toda la gente,
yo voy defendiendo, románticamente,
esta vieja herida... que me duele tanto...

ROBERTO MEZA FUENTES

Ningún poeta chileno—ni americano tal vez—ha tenido una madurez encefálica y sentimental más temprana, que Roberto Meza Fuentes. Su «Jardín profanado», obra de los dieciseis años, asombra por su consistencia ideológica, por su emotividad profunda y por su bizarra y clara manera de decir.

La fatalidad ronda los primeros días de Meza Fuentes y le quita a su madre, y, en seguida, enciende las llamas de un incendio que desvasta su hogar del archipiélago y que intenta calcinar su cuerpecillo de recién nacido.

Así se asoma a la vida el poeta, lacerado desde la cuna, con su infancia sumergida más tarde en un desamparo sombrío, nostálgico de la santa caricia materna.

Sus primeros versos traducen este dolor y estas ansias en verbo grávido de ternura para la buena madre desconocida que también tuvo ilusiones de artista. Su corazón se esponja de ansia y de emoción y luego su mirada se tiende larga y desesperada sobre una mujer. Es una mirada de niño tímido y doloroso, que persigue a la Imposible... hasta convertirse en «El niño que enloqueció de amor»...

Mi corazón, como mi verso, es claro.
Hallé en mi sangre férvida el veneno
en que ha de constelarse el desamparo
de la rubia mujer que ya no espero.

(Hada inefable que doró mis sueños
con la dulzura de su cabellera
y que guardó en sus párpados sedosos
la visión ruda de mi primavera)

Caen las lunas sobre mi tortura
con una igual indiferencia, fría
en el silencio de la noche obscura.

Ya la he perdido, irremediablemente,
y ante el abismo de la lejanía,
canta mi corazón como una fuente...

La temporada universitaria de Meza Fuentes aparece fervorosa e inquieta. No se ha desvanecido su adolescencia todavía, y se mantienen prendidos a su corazón el dolor y las ansias que trajo de su provincia nativa. Pero la primavera sápida de la muchachada lo contagia, y es primero el abanderado de las huestes escolares y, al poco tiempo, cabeza y corazón de la Federación de Estudiantes; sembrador y renovador de ideales.

. . . . . .

¡Ser siempre una antorcha encendida
por todo huracán sacudida
y en la furia de cada embestida
darle a la antorcha nueva vida;
y bajo el pecho adormecido,
sentir intacto su latido,
tibio y fragante como un nido
de una aureola eterna ungido!

. . . . . .

OLGA ACEVEDO

Olga Acevedo, mujer de honda entraña mística, que solloza en el muladar de Job, y que se sienta con Daniel en el pozo de los leones, y que va a cvillar su dolor al pie de la cruz, también pone su sandalia en los planos de la teosofía y hace oído a los mensajes astrales. Su poesía tiene un espiritualismo desbordante, y su voz, amorosa y contrita, una vasta resonancia patriarcal.

«Los Cantos de la Montaña», su libro de 1927, es un poema de sobria belleza. Una sola aspiración llena el vaso lírico de sus cantos: aspiración de purificarse por el amor, el perdón y la súplica; afán de renunciamiento y resignación.

Sabiduría!
Luz de Dios! Rayo súbito y fuerte!
Tajo celeste que abre medio a medio la vía
donde empieza la Vida y se pierde la Muerte!

Sabiduría!
Palabra simple y dulce... la misma de Jesús!
¡Cuántas capas obscuras cubren tu lumbre p a...
¡Sabiduría! Signo sublime de la Cruz!

La voz de Cristo la seduce y la encumbra; pero la voz divina resuena también en la palabra del Yogi Ramacharacka...

Tiene Olga Acevedo bellas cosas sencillas qne sabe sentir con delicadeza suma.

La tierra tiene un olor
a niño recién nacido...
¿Son los almendros en flor
o es el pastito crecido?
....

ARTURO TORRES RIOSECO

El prestigio literario de Arturo Torres Rioseco, firme y merecido prestigio de poeta y de crítico, se ha hecho fuera de su patria: en los Estados Unidos de Norte América, en México, en Cuba, en Buenos

Aires, en donde ha colaborado de preferencia. En plena edad moza, Torres Rioseco, actual catedrático de Literatura en la Universidad de Minnesota, es una personalidad definitiva e individualísima, de cultura amplia y dilecta.

Su poesía resulta rica de matices cosmopolitas y de sugerencias nuevas. Su verso es airoso y, a veces, hace pensar en un abolengo heráldico.

Es ondulante y fina como
la filigrama de Banville;
Rubén la hubiera apellidado
la princesita de marfil.
El sol la enferma y la hace daño,
y como no, si es tan sutil
la dulce y triste Anita Runge,
la princesita de marfil.
Ama los cielos otoñales,
las palideces del color;
sus ojos claros no han entrado
por los palacios del amor.
Tiene las manos melodiosas,
y las pupilas de zafir,
tiene el cabello de oro nuevo
la princesita de marfil.
A veces miro su belleza
y pienso, acaso fuera así
la niña triste a quien Edgardo
dió el nombre azul de Annabel Lee.
En Chile hay tanta vida y tanta
rosa de fuego y tanto amor

que los poetas se olvidaron
de la fontana y de la flor.
Pusieron rima en todo
lo que es vibrante y es sutil,
nadie ofrendó su rosa lírica
a mi princesa de marfil.
Mi vida amarga le ha ofrendado
la suavidad de su canción;
cuando la pongo en mis estrofas
me duele mucho el corazón.
Dios sabe que mi mejor ansia
fué, como un ramo de jazmín,
llevar bien hondo la memoria
de mi princesa de marfil.

AIDA MORENO LAGOS

De la obra poética de Aída Moreno Lagos fluyen hilos de agua transparente; pero amarga. Prematuramente atormentada, y bien dispuesta para el tormento, no ha esquivado las saetas; aún parece que su corazón sintiese la voluptuosidad de sangrar.

Yo voy por el camino desorientada y triste.
Amo y espero y sufro...

El sufrimiento es semilla fecunda —*dolor generator*— y en Aída Moreno la semilla ha florecido bellamente.

Hermano mío, viento,
sé mi hermano y mi amante:
quiebra en las soledades mi tormento
y arrastramé como a una adelfa errante.

«Dolidamente», su libro de 1925, muestra la fisonomía definitiva de su temperamento, y guarda poemas de verdadero encanto lírico:

Senderito de amor, cuando a dorarte
viene la luz de cada atardecer,
me asomo en mis recuerdos a mirarte
y eres grato y humilde como ayer.

Al evocar las dichas y torturas
que sabes tú, me tiembla la emoción,
y veo arrodilladas mis locuras
en esta celda de mi corazón.

Lleva mi alma la flor de tu sonrisa
y de tu silencioso atardecer.
Vuelve de aquel amor la misma brisa
y no está el árbol que soñó mecer.

Senderito de amor, cuando mi dueño
vuelva en tus lejanías a vagar,
teje una red de flores con mi ensueño...
¡No lo dejes pasar!

ALEAJNDRO FLORES

Como poeta y como autor y actor, talvez convenga particularmente a Alejandro Flores la denominación de «espíritu delicado»; pero resulta que, literariamente, ese epíteto parece que desvalorizase la estructura intelectual; y esto es cosa absurda. Un poeta puede ser hondo, vigoroso y delicado, al mismo tiempo, acatando en este último vocablo la acèpción de fineza y de aristocracia sentimental. En nuestro juicio, este es el caso de Alejandro Flores. Su verso resbala suavemente, como claro hilo de agua, nacido de un claro manantial. La delicadeza, la flexibilidad están en el hilo. La hondura, la fuerza están en el manantial.

En tanto que tú duermes tranquila, aquí a mi
[lado,
presiento que algún día por siempre he de per-
derte,
y que esta dulce gloria de verte y de adorarte
se ha de ir con la muerte.

Y pienso que la armónica belleza de tu cuerpo,
—nidal tibio y fragante para los besos míos—
ha de ser en la tierra un manojo de huesos
y un puñado de frío...

Y pienso que la gracia gentil de esta sonrisa
que ilumina tu rostro de rosa tempranera,
ha de trocarse un día en mueca escalofriante
de torva calavera.

Y yo vagaré sólo, muy solo, acá en la tierra,
desesperadamente prendido a tu recuerdo,
hasta que Alguien me llene los ojos de Infinito
y me hunda en el silencio.

Entonces, todo aquello que fué la vida nuestra:
ensueños y esperanzas, dolor y pensamiento,
será un poco de polvo, volando entre las sombras
del olvido y del viento.

Estoy llorando, amada, en tanto que tu duer-
[mes.
y lloro porque pienso que un día he de perderte
y que hasta el doloroso consuelo de llorarte
se ha de ir con la muerte...

La proporciones físicas de Alejandro Flores no dan la idea de sus recias proporciones espirituales, ni de su dinamismo artístico. En 30 años de vida—plena juventud—tiene una labor múltiple y vasta, de preferencia en el teatro al que ha consagrado sus más cálidos fervores; labor que dejamos comentada en otro volumen.

Uno de los más bellos sonetos de Alejandro Flores es el que ha titulado «Bufón», y que dice así:

Pintarreajado el rostro con negro y con car-
[mín,
sobre mi harapo de alma la capa del galán,
yo he sido en el tinglado, juglar y paladín,
hidalgo y rastacuero, Ariel y Calibán...

De todo fuí en la farsa: hipócrita Arlequín,
seráfico Francisco y guapo D'Artagnan;
filósofo rastrero cuando hice de Crispín,
gallardo y calavera cuando hice de don Juan.

Mas, hoy que ya conozco las muecas de la
[suerte,
que siento mis pupilas prendidas a la muerte
y el frío del misterio va entrando al corazón,

pregúntome a mí mismo cuando el dolor me ase-
[dia,
si en esto de la vida—¡brutal tragi-comedia!—
no he sido más que un triste, romántico bufón.

MARIA ROSA GONZALEZ

Es definitivo y categórico el temperamento emotivo de María Rosa González, y exaltada y vehemente la expresión formal de ese temperamento.

Más aún, creemos que puede señalársele entre las pocas mujeres de América que han nacido con los verdaderos estigmas líricos; apasionada, pródiga y dolorosa hasta la flagelación.

Colmado está mi cáliz, almas náufragas.
Bocas llagadas por la sed maldita,
bebedme en cada sorbo, a mí, sedienta
de astrales zumos y aguas infinitas.

Mi vaso está colmado y no lo bebo,
y os lo doy con piedad en las pupilas,
¡Para abrevar mi sed de eternidades
no me bastan los ríos de la vida!

Su poesía—los mejores poemas de María Rosa González están en «Samaritana» (1924)—alcanza extraordinaria consistencia ideológica en algunos cantos y profundidad sentimental en toda la obra: cualidades que bastan para valorizarla. Pero su poesía tiene una condición más: la entraña femenina; entraña firme de hembra. En los *ojos de jade salpicados de oro* de María Rosa González fulgura la llama infinita...

Llama insaciable que arde y arde...
Lengua de fuego que devora
... .

Pequeña llama que se evade
entre los seres y las cosas.

Comentando versos de mujeres, ha dicho un crítico que «un análisis de las vocaciones debería constituir el estudio previo de la literatura femenina universal y, en particular, de la hispanoamericana», agregando que «las mujeres que vienen a la literatura, no por vocación, por arrastre, por necesidad, sino para adornarse con la música de unas rimas o atraer la atención general con atrevidas demostraciones de erotismo, son parásitas de la notoriedad». Y estamos de acuerdo. Por esto hay que señalar como un caso excepcional la vocación de María Rosa González, cuya expansión lírica es un florecimiento natural e imperativo de su extructura psíquica.

Es tan dulce irse dando
sin negarse jamás,
ir sembrando la vida
con un desprendimiento bueno y sentimental.
Sembrar perennemente en los senderos
que nos conducen a la eternidad.

Yo me voy entregando poco a poco
y aún me resta que dar.

Por las sendas que cruzo dándome buena-
[mente
con los ojos cerrados y el pensamiento lejos
por no ver y escuchar,
las almas que tropiezan con la mía interrogan:
?tienes algo que dar?

Y me doy toda entera en sentimientos hondos,
como quien se desprende de lo que está de más.
Qué importa que se pierda cuanto entrego...
No sé ni a quien lo doy ni en quien está.
Yo reparto mis flores ciegamente:
alguien las recogerá,

Es tan dulce irse dando buenamente,
como quien da limosmas al pasar...

PABLO NERUDA

Desde «La Canción de la Fiesta» (1921) hasta «Crepusculario» (1923) —dos años escasos—la evolución de Pablo Neruda es brusca,

El poeta tímido, esponjado de lirismo suave, revienta en palabras audaces. La pupila clara que refleja la luz primaveral, se obscurece súbitamente. Desdeña el camino primitivo, y busca los senderos tortuosos en donde hará descubrimientos peregrinos. Ensaya el «amargo ejercicio de amar», y la boca se le empieza a llenar del acre sabor de la vida—óleo que habrá de ungirlo gran poeta, en seguida; poeta fuerte que sabe desnudar el pensamiento; pero con desnudez impoluta. El cerebralismo que enfría el verbo de su primera época, se caldea pronto, y se hace roja sangre arterial. Caminante estremecido de inquietud, Neruda se va de-

jando tomar por la emoción, que él hace amago de sacudir al viento.

Amo el amor de los marineros
que besan y se van.
Dejan una promesa;
no vuelven nunca más.

En cada puerto una mujer espera.
Los marineros besan y se van.
Una noche se acuestan con la muerte
en el lecho del mar.
Amo el amor que se reparte
en besos, lecho, y pan.
Amor que puede ser eterno
y puede ser fugaz

Amor que quiere libertarse
para volver a amar;
amor divinizado que se acerca,
amor divinizado que se va.

Un año más tarde (1924) Neruda entrega al público sus «Veinte poemas de amor y una canción desesperada», y se ve el afán con que persigue la idea sutil, la expresión nueva, y se ve también que en su espíritu han entrado complicaciones desconocidas. Desdeña ya el darse a la comprensión fácil y quiere reservar su verbo para los elegidos.

Me gustas cuando callas porque estás como au-
[sente
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca!
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca.

Como todas las cosas están llenas de mi alma,
emerges de las cosas, llena del alma mía.
Mariposa de ensueño, te pareces a mi alma,
y te pareces a la palabra melancolía.

Me gustas cuando callas y estás como distante
y estás como quejándote, mariposa en arrullo,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza:
déjame que me calle en el silencio tuyo.

Déjame que te hable también con tu silencio
claro como una lámpara, simple como un anillo.
Eres como la noche, callada y constelada.
Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo.

Me gustas cuando callas, porque estás como
[ausente.
Distante y dolorosa como si hubieras muerto.
Una palabra entonces, una sonrisa bastan.
Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.

La realización lírica de Pablo Neruda está por consumarse aún; y habrá de ser realización magna, porque su estructura poética es de las más recias y

definitivas en la lírica chilena. No importa el camino por donde este poeta endilgue; su paso será siempre firme y siempre descubrirán sus ojos la estrella encendida.

SALVADOR REYES

Todo lo que Salvador Reyes canta en verso y en prosa—sus cuentos tienen más de poema que de cuento—lo crea su fantasía que es una real vagabunda por la tierra y por las almas. La visión del mar que recogieron sus pupilas de niño, se le quedó prendida en la imaginación, con los barcos olorosos a brea, y los mástiles y las jarcias, y los marineros cosmopolistas.

Dentro de mí hay un viejo lobo de mar,
el buen piloto de un bergantín negrero...
—¿Acaso el del divino
Tristán Corbiére?

Acaso...

Lo que puedo decir seguramente
es que durante muchos años
he vagado por todos los puertos del mundo
con una hermosa pipa entre los dientes,

Su «Barco Ebrio»—recolección de 1923—está

lleno de esas visiones, vaciadas con sencillez en versos sin más ajuste rítmico que la modulación impuesta por la voluntad del poeta. Atrás el estorbo de la métrica... *¡Vade retro!*

De los «steamers» elegantes
desborda el oro recogido
en el ocaso de otros mares

Se exhalta la emoción
divina de los viajes.

Sugieren aventuras imposibles
las algaradas de los tripulantes,

El corazón se enreda
en las complicaciones de los mástiles.

Las mujeres de abordo
traen aromas de la vida errante
y encendido en sus ojos el recuerdo
de París, de New York, de otras ciudades ..

El puerto sueña frente al horizonte
donde se agota el oro de otras tardes
y acoge el corazón de los marinos
en sus tabernas y en sus arrabales.

Los hombres vagabundos
llenan las noches con las claridades

canallescas y locas
que traen de las grandes capitales.

La voluptuosidad torturadora
del ansia de alejarse
grita un adiós desesperado y bello...

Se perfuma el recuerdo de otros mares ..

¿Hay en esta jornada lírica de Salvador Reyes alguna influencia de Rimbaud o de Corbiére?

Es posible que los veinte años del poeta, a la fecha de su libro, se hubiesen apasionado; pero ese apasionamiento fué acicate para su imaginación, y nada más. La expresión lírica de Salvador Reyes aparece tan suya. que fija súbitamente su personalidad; personalidad que se ha afirmado en la prosa nítida y radiante de sus cuentos.

VICTORIA BARRIOS

No es cosa rara descubrir un fuerte temperamento sentimental en caracteres que, exteriormente, aparecen desarraigados de la emoción; ni es extraño hallar valiosa médula ideológica en personas que muestran una corteza frívola, y que, como el personaje de Anatole France, parece que vivieran

repitiendo, ante todo lo que huele a trascendentalismo:— «Je m'en fiche!

Es el caso de Victoria Barrios, cuya obra volandera ha ido a hacer nido en algunas revistas de América.

Su risa a flor de labio, la ironía amable con que rasguña la vida. y cierto gesto desdeñoso, a veces, sugieren de su personalidad psíquica, una idea que su expresión poética contradice abiertamente, revelando una extraordinaria contextura emocional.

Este amor ha de matarme,
y tú nunca lo sabrás...

Pasaré cerca, muy cerca,
¡no lograré tu mirar!
Irá mi vida en mis besos,
y no te estremecerás...
....

El dolor de mi silencio
alegría en tí se hará,
y mis caricias lejanas
alma y cuerpo te ungirán,

Sombra de tu alma, mi alma
yedra en tu muro será ..
Este amor ha de matarme,
y tu nunca lo sabrás...

Es un espíritu ansioso, apasionado, que ondula sobre el amor, y la vida, con las pupilas siempre sedientas...

¿Habrá llegado, acaso, el que yo espero?
Abriendo están las rosas encarnadas,
y ya ha reverdecido mi vergel;
hay un rumor de música en mi alma...
¿Será él?

¿Será, por fin, mi dueño el que se acerca?
Es un olor de fronda el que me envuelve,
me desvanezco en largo estremecer,
y están llenos de ósculos mis labios...
¿Será él?

¿Será, por fin, mi dueño? El que he esperado
toda mi vida? Habrá llegado, acaso?
Está reverdecido mi vergel,
y abriendo están las rosas encarnadas...
¿Será él?

CARLOS CASASSUS

La idea que de la entidad «poeta» lleva Carlos Casassus incrustada en su cerebro, es una idea absoluta y categórica: el poeta es el hombre-cumbre, intelectual y moralmente. Dentro de esta concep-

ción, el poeta no puede tener ni un mal pensamiento, ni un mal deseo, ni menos realizar una mala obra. Ha de ser el hombre puro por excelencia. Casassus tiene fama de muchacho de santas intenciones, incapaz de romper el ala de una mariposa, y comentando ésta su ingénita bondad, es él mismo quien suele decir con un aire de dignidad caballeresca: «Es hiperbólico asegurar que soy un hombre bueno; basta con afirmar que soy poeta».

Con esta alma cándida, Casassus ha revoleteado sobre la vida, sin manchar sus alas. Hechizado con la visión del mar, ostenta con júbilo orgulloso el título de «poeta del puerto», y así ama hondamente su Valparaíso contrahecha y cerril, con las luminarias de sus faldas, con el enjambre de sus mástiles, con el vuelo de sus gaviotas, con las lamas verdes que se enredan en las rocas...

Valparaíso, Valparaíso,
—valle del Paraíso terrenal—
yo que he vivido en tus faldas,
no te puedo olvidar...
Los ojos,
cuantas veces frente al mar,
se me llenaron de lágrmas
que nadie me vió llorar,

En su libro «Alta Mar» —editado en 1928—Casassus aparece autónomo, desvinculado de todo canon retórico. El verso, con abundancia de agudos

en los finales, no reconoce sino el ritmo que el autor se dispone a imprimirle.

Así procedió Huidobro y han seguido procediendo los vanguardistas.

Los poemas de Casassus son cuadros trazados con líneas precisas. Cromáticamente aparecen bien entonados; tienen un admirable plasticismo.

Hombres de todas partes de la tierra,
blancos, negros, amarillos,
con idiomas distintos,
con ojos diferentes,
y con la misma pena.

¡La vida de los puertos!
Los barcos transatlánticos
descuelgan la modorra
aplastante y dormida de los trópicos...
Cafés, tabaco, opio...
Extracto de cansancio,
que resume el hastío resignado
de los hombres asiáticos...

América dinámica,
es una juventud prometedora,
tierra vivificante y optimista:
Salitre, Estaño, Plata y Oro...
Mercado nuevo que elabora
un mundo nuevo,
ahora,

en la hora
de la inquietud inquisidora:
oro... especulación...
lujo, despilfarro y ambición
desmedida
de vida
sin amor...

Canta en las calles ciudadanas
el traqueteo comercial,
los edificios se levantan
como un colmenar,
simétricos,
muy altos,
sin ornamentación...
¿Qué importa?
Los que han edificado
mañana morirán...
Qué importa ¿No?
¡La vida de los puertos!
Luces de altamar...
Almas que se presienten
y nunca llegarán...
Camiones... Automóviles...
Caminos... ¡La ciudad!
Las calles se prolongan
hasta la eternidad...
Las luces que se apagan
ya nunca alumbrarán.

Un alma sola vaga,
pasa la multitud...
Qué triste voy, Dios mío.
Ay! de mi juventud.
Mañana...
¿Dónde iremos?
¡Quién sabe!
El barco es barco trunco
y se llama ataúd...
Qué frío...
Qué tristeza...
Mejor no pienso más...
La ciudad torbellino,
la inquietud de vivir,
me voy ajeno a todo,
no quisiera sentir.
a qué?
Sufrir... sufrir...
¿De qué?
No sé...
Es el contagio,
el puerto,
la ciudad...
Mi neurastenia,
es neurastenia
de toda la humanidad...
....

Poeta....
Sí, poeta....

Un loco más....
¿Qué tiene?
¿Cuánto gana?
Ay, pobre humanidad.
El pájaro que canta
da sólo su cantar,
a qué pedirle más....
Chicayo no es Atenas,
tampoco es Nueva York,
Firpo no es Schopenhauer,
ni menos Wilde, ni Baudelaire,
ni Amado Nervo, ni Darío,
ni Paul Verlaine...
Y sin embargo,
casi le pega a Jack Dempsey...
¿Y quién es el?
La fuerza bruta, el puñetazo...
¡Gran atracción!
La humanidad está cansada,
no quiere ya pensar,
ni sentir...

A la brutalidad
le pide reacción...
¿Cómo quitarle su dolor?
La guerra es una herida
tan honda como el dolor...
La humanidad desangró mucho,
le falta vida
y mucho amor...

.....

Parece cuento de otras épocas...
No es pesimismo... No, por Dios...
Cristo en su largo crucifijo
se alarga más...
Es la plegaria de los siglos
hecha dolor de eternidad...

«Casassús—dice Edwards Bello, en el Prólogo de ALTA MAR—es un poeta nato: se encanta y se estremece con sus propios versos. Los sabe de memoria; los mima, los acaricia; a veces en la más prosaica de las conversaciones, mezcla un poema. Posiblemente en otra edad fuera un trovero de caminos; ahora lo es del puerto, entre las bocanadas de hollín y de indiferencia.»...

Estamos de acuerdo.

CLEOPHAS TORRES

Es un caso interesante el de esta mujer, cuyo nombre resulta nuevo en la lírica chilena. Cleophas Torres es una maestra sencilla y fervorosa, que mantiene suavemente encendida su lámpara interior. Su espíritu da la idea de unos brazos que se tendiesen suplicantes hacia la vida, ansiosos de amor, estremecidos de emoción. Se adivina en sus versos un desgarramiento sentimental; pero este desgarramiento no ha encontrado en ella el acento

lacerante y bíblico de la Mistral, sino el eco manso de una resignación cordial que se reconforta en la santidad del amor materno, que florece en ansias de belleza y que siente la satisfacción de su renunciamiento. Los versos de Cleophas Torres dicen cosas nobles y puras, y también cosas amargas y ansiosas, apareciendo siempre sincera.

Sobre mi cuerpo joven se clavaron tus ansias,
ahondando en mi pecho como encendidos dardos,
y en eclosión radiante de divinas fragancias,
en mi jardín sencillo, florecieron los nardos.

Cuatro lunas crecientes me miraron rendida
a tu albedrío incierto, y cuatro lunas llenas
languidecer de pena me vieron en seguida,
sin que a las cuatro lunas conmovieran mis penas.

Con mi buena alegría sonrió la montaña,
se pusieron alegres la nube y la flor,
y su encaje de seda tejióme una araña...

Mas con las cien heridas de mis penas rudas,
flor y montaña y nube se han quedado mudas,
mientras me estoy muriendo de este mal de amor.

Entre los versos consagrados al amor materno, Cleophas Torres tiene algunos tan sinceros en su bella ingenuidad, que contagian la tranquila emoción con que han brotado del vaso lírico.

Así, pásame tu mano
suavecita, por la frente... muy suavecita... así...
¡Si vieras qué niña me siento,
y cómo reviven todas
las inocencias en mí!
Con tus besos,
madre buena,
habrá de alejarse toda
esta pena,
esta lánguida aflicción
de la cual no sé motivo,
ni razón.

¡Qué dicha la de tenerte,
y sentirte! Cuánta suerte
contemplarte
y escucharte!

Aquí, a tu lado, mamita,
aquí, a tu lado, me siento,
y quiero que tú me cuentes,
como en otro tiempo, un cuento...
Yo sé bien que tus palabras
son ungüento
para restañar la herida
que en el alma
me haya dejado la vida...
Quiero dormirme en tus faldas,
quiero dormirme soñando,
quiero dormirme a la sombra

de tu cabeza de plata,
mientras me vayas cantando,
cantando el arru-rru-pata...

Bésame largo en la frente,
que así dormidita me quedo...
No me beses en la boca,
mamita, que tengo miedo,
y no preguntes, mamita,
no preguntes el por qué
pues creo que, al responderte,
mentiré...

Madre, déjame ser niña;
tu regalona otra vez,
y alísame bien los cabellos,
y dame un soplo en los ojos.
que me haga estremecer...

Así, pásame tu mano
suavecita, por la frente... muy suavecita... así...
¡Si vieras qué niña me siento,
y cómo reviven todas
las inocencias en mí!

Quiero dormirme a la sombra
de tu cabeza de plata,
mientras me vayas cantando,
cantando el arru-rru-pata!

El día que Cleophas Torres se entregue más ampliamente a su expresión poética, realizará obra de mayor consistencia y será un valor representativo.

CARLOS BARELLA

¿Por qué aparece súbitamente segada la cisterna lírica de Carlos Barella? En sus días de iniciación fué de los poetas más fervorosos, más pletóricos de canción. Vicente Huidobro decíale entonces: «*Tú eres mi buen hermano en Nuestro Señor Apolo—porque tú eres un triste, porque tú lloras solo—porque pasas en las horas de la gran Meditación,—auscultando el Misterio, sondeando la Emoción.*»

Sin pretensiones, sin pujos de novedad, Carlos Barella ha vertido palabras de suave belleza que dicen de un corazón perennemente emocionado. Su verso es ágil, fresco, y a su reclamo acuden, sin esfuerzo, las imágenes.

Viniste a mí angustiada hasta el martirio,
desnudo el terciopelo de tus flancos,
mostrando en la ansiedad da tu delirio
las dos hileras de tus dientes blancos.

El paroxismo, con su garra de oro,
convulsionó tu cuerpo de serpiente,
y, humanizada con tu propio lloro,
gemiste en la penumbra, amargamente.

Y clavaste en el tedio de tus noches
tu mirada nutrida de reproches
y excecrada en las llamas del despecho;

y eran tus ojos en aquel instante
de pesadilla cruel y alucinante,
dos escorpiones verdes en acecho.

Réstanle a Barella años de mocedad todavía, y hay derecho a esperar que rinda su obra madura que ha de ser el fruto de su silencio actual. En su apacible tono menor, en el mismo que ha hecho bellos madrigales, Barella puede realizar labor que vigorice definitivamente su personalidad.

Estaban entrearbiertas sobre el piano,
simbolizando la melancolía...
La helénica blancura de una mano
se preocupaba de ellas cada día.
Y las ponía al sol. Ellas, las rosas,
fueron palideciendo poco a poco;
¡rosas! como mujeres, caprichosas,
se enamoraron de un ensueño loco.
Y tenian inmensos devaneos;
soñaban con el campo y el rocío,
y a coro salmodiaban sus deseos,
hasta que un día cálido y doliente,
sobre el piano, también muerto de hastío,
se deshojaron silenciosamente.

VICTOR BARBERIS

Extraordinarias condiciones pictóricas revelan los versos de Víctor Barberis, uno de nuestros poetas mozos de mayor sentido descriptivo y de asimilación más aguda. Su retina abarca el paisaje completo y lo condensa en una visión precisa, vigorosa, radiante. En la cárcel dorada de un soneto aprisiona la naturaleza, y una sola estrofa, a veces, vale por un poema.

A la oración los álamos rezan una plegaria
que monotonamente sube de la arboleda,
y el viento vuelca, triste, de su cántaro el aria
quejumbrosa y dolida de la hora de queda.

Melancólido un grillo canta en la paz agraria
su serenata enferma a la luna de seda,
y en la unción de la tarde, como una luminaria,
el río enrojecido un arrebol remeda.

El sendero, del llano perfumado a poleo,
sube la fatigosa repecha del faldeo
y allegado a los cerros, lentamente, se pierde;

y en un recodo un sauce pensativo y greñudo
interroga al viajero con un sollozo mudo
en la última esperanza de su retoño verde.

Pero, no es sólo su retina de paisajista fresco y vital, lo que entona la obra de este poeta. El dibujo

y el color, aislados de otras condiciones, retendrían su poesía en el plano simplemente objetivo. Barberis anima psicológicamente cada visión recogida y sintetizada. Además suele también ser sabiamente subjetivo.

He buscado una fuente de amor, y estoy se-
[diento
del agua turbia y negra que nutre las raíces.
Como lana cardada por los dedos del viento,
se arrastran por el cielo las torvas nubes grises.
Amor—fruto maduro—no hay mano que te coja
sin arañar el tronco ni desgarrar la hoja.

A trébol y a manzana
huele el viejo jardín de la sabiduría.
«La encontraré mañana»,
me digo cada día.

La tierra de mi huerto estará perfumada;
el agua de mi noria limpia y agradecida.
Si yo te hallara un día, no te diría nada.
Y quedaría enfermo de tí toda mi vida.

ANDRES SILVA HUMERES

Ha sido funambulesca y kaleidoscópica la vida bohemia de Andrés Silva Humeres que un día salió a galopar sobre el anca de Rocinante y que

montó otro día sobre las alas de un Pegaso... Trotamundero, noctámbulo, ha pasado sus años sumando y restando inquietudes, proyectos fantásticos, peregrinajes de farandulero, prosaicos negocios de frutos del país... Tiene el dón de la inestabilidad, el fervor de la mutación, y, acaso, lo único que perdura en su cabeza es el amplio y descuidado chambergo negro.

Con toda esta desorganización espiritual, Andrés Silva Humeres resulta un poeta de cuerpo entero, y, lo que es más admirable, un poeta sencillo, transparente, que «en el lenguaje usual y en la sintaxis corriente ha sabidó hallar medios muy exactos para revelarnos sin dificultad todos los cambiantes aspectos de su espíritu».

Su flexibilidad para vaciar el pensamiento en la forma métrica, es asombrosa. El verso parece su expresión natural; el esfuerzo debe hacerlo para hablar en prosa.

Como amé, en lejano dia,
aunque soy poeta triste,
la frivolidad del chiste
y el sabor de la ironía,
me pides, señora mía,
un verso alegre y genial
martirizado en la sal
de una sátira sutil,
como quien pide un puñal
con puño de oro y marfil.

Quisiera frívola dama,
grabar, como en fondo azur,
al fondo de un epigrama
un amable calembur...
Y aunque me apena y me inflama
tu versallesco desvío,
quisiera que un verso mío,
para tu risa de plata,
fuera el bufón escarlata
de que habla Rubén Darío.

Quisiera rimar ahora
en forma feliz; quisiera
que tu corazón riera
mientras el mío te llora.
Tendría, bella señora,
para tu crueldad felina,
una atracción peregrina
esa nota de alborozo,
velada por la sordina
de mi profundo sollozo.

Mas no puedo un verso hacer
digno de entrar al archivo
de tu amoroso y esquivo
y ecléctico secreter;
pues mi ingenio sin valer,
que rara vez abrillanta
la musa de Bergerac,
hiere, señora, y no encanta,

como hiere la garganta
una copa de coñac.

Más aparente que real es, sí, la desaprensión emocional de Silva Humeres que, bajo la risueña máscara cuotidiana, esconde muecas doloridas y hondos estertores espirituales.

Señor, Señor, me tiene prisionero,
sin la menor compensación, la vida;
ya me tiene tomado todo entero
sin dejarme que yo nada te pida.

Cuando, como un enfermo pordiosero,
alzo hasta Tí mi faz descolorida,
la vida, mi implacable carcelero,
enarbola su látigo en seguida.

Pero Tú, que comprendes mi flaqueza,
inclinas bondadoso la cabeza
sobre mí frente pecadora y triste.

y aunque el remordimiento no te cuadre,
tiemblas de compasión como una madre
y lloras por la carne que me diste...

AUGUSTO IGLESIAS

Pero, un hombre de tan excesivo voltaje como Augusto Iglesias: tromba metida en cuerpo humano, tempestad perpetuamente deshecha en granizo verbal, ¿puede ser el poeta suave y uncioso que ha compuesto el seráfico y melodioso novenario lírico del *poverello* de Asís?

Antes de este poema, Augusto Iglesias nos daba la idea de un hombre especialmente construído para arengar en largos períodos sonorosos. ¿Sobre qué? Sobre todo: psicología, ética, arte, sociología, finanzas; pero siempre otorgando a cada tema un máximun de interés y de pasión.

Augusto Iglesias poeta, es el reverso del prosista, del comentador, del charlador terrible...

Un espíritu hondo y reflexivo; una sensibilidad aguda y vasta, y un equitativo sentido de las proporciones, son sus cualidades primordiales.

Su «Francisco de Asís»—1926,—(única obra lírica de Iglesias, que conocemos) es un bellísimo poema, impregnado del manso y sublime sentido evangélico del santo hermano del lobo y del agua.

Hoy alabo, hermano, lo que ayer maldije
a pesar de toda su lumbre augural:
alabo la oculta paciencia que exije
desear la pobreza con hondo desear.

Si ella te visita, no habrá mano aleve
que no alce a tu espalda su instinto brutal.
Cuajarán los fríos sus dientes de nieve
y el Sol se hará lanza para herirte más.

Sufrirá tu cuerpo fatiga indecible;
de ajenos rosales cubrirás tu erial.
Canto cancionero tu canto inaudible;
un día los sordos también oirán.

La Hermana Pobreza nunca viene sola;
como es santa, tiene corte celestial.
El Hambre, la Angustia, el Dolor que inmola
por altos designios, caminan detrás.

La Hermana Pobreza trota en el aprisco
que le da al calvario sentido ideal.
La Hermana Pobreza que amó a San Francisco,
como agua de cielo, al llorar, se da...

Llora... llora... llora la vida del pobre
como la tristeza de un día invernal.
Caerá en el surco la pena salobre
y será más blanca la harina del pan.

Pídele a Francisco su noble Pobreza,
linfa de agua clara de su manantial;
la Pobreza suya que vivió en belleza
y en milagro amable de conformidad,

Pídele hermanarte con el lobo arisco;
el lobo entre lobos es bestia leal.
Vivir entre hombres, lo sabe Francisco,
es tomar ejemplo de ferocidad.

Pide la alegría de ir por el mundo,
consumida el alma de fuego inmortal.
Pide que se ahogue su grito iracundo
ante la riqueza que no sabe dar...

Hermano:
que nunca pase la Pobreza
sin que tú la honres desde tu sitial.
¡Nadie sabe, hermano, desde donde empieza
la tarde del Huerto con su soledad!

Estos versos bastan para demostrar que Augusto Iglesias es un poeta, y para alentar la mejor esperanza en su obra futura.

II

POESIA

LIRICA DE ARGENTINA

II.—POESIA LIRICA DE ARGENTINA

Hace más de veinte años que, comentando la valiosa obra artística del escultor argentino Irurtia, la palabra apocalíptica de Rubén Darío interrogaba al porvenir:—¿Por qué la República Argentina, que hoy asombra al mundo con su progreso material, no ha de brillar en la civilización humana, contando con abundancia de talento nativo? ¿Qué es un país esencialmente agrícola? ¿Y qué? El cultivo de la tierra y el pastoreo fueron primero que la lira, que el carro de Terpis, que el mármol labrado por Policleto, que el triunfo completo del arte, en la tierra armoniosa y divina... Luego el arte ateniense asombra al mundo. Así también los etruscos y los italianos...»

Pues bien, la Argentina de los vastos campos florecientes, y de los rebaños fecundos, y de la pampa enorme; la Argentina que yergue su capital magna y cosmopolita; la Argentina, fantástica

urbe comercial, robusteciendo está, día por día, sus gérmenes intelectuales, y ya sus poetas muestran la testa erguida entre las cumbres líricas de América.

Ciclo Romántico
(1840-1890)

LOS GAUCHESCOS

«Dos corrientes que a veces confluyen—dice el notable ensayista Ernesto Morales—nótanse en la poesía argentina: la épica popular y la lírica culta, guardando en esto estrecha similitud con la poesía hispana.»

El alma del gaucho está siempre henchida de melancólicos amores. y del corazón salen pregonando sus suspiros los *cielitos*, las *vidalas* y las *milongas*... Particularmente los *cielitos*, con la revolución de 1810, adquirieron cálida entonación patriótica, y los gauchos que, hace un siglo, los cantaban entre los peligros de la guerra, incitando a morir por la patria, o a vivir por la libertad, legaron a la posteridad—así lo afirma sabiamente Ricardo Rojas— «no sólo un testimonio de las verdades rústicas de su alma, sino también la prueba de que la democracia era un ideal fuertemente sentido.»

En 1850, con la tiranía de Rosas, unitarios y federales, en guerra a muerte, vertieron acerbas ironías en los *cielitos* y en las *vidalas*.

Gran parte de esta poesía popular, es anónima; pero otra, y muy valiosa, reconoce paternidad legítima, desde Bartolomé Hidalgo, soldado de la Independencia, hasta Ascasubi, Echeverría, Godoy, del Campo, y particularmente, el gran Hernández, autor de «Martín Fierro».

Tiene un pintoresco encanto esta musa popular que también sabe de finos matices emocionales.

¡Qué lindo es ver una moza
cuando la están pretendiendo!
Se agacha y quiebra palitos;
señal que ya está queriendo...

En el mar de tu pelo
navega un peine;
y en las olitas que hace
mi amor se duerme.

También abundan los madrigales, y, a veces, tan delicados, que uno se pasma ante el opulento venero de las gaucherías.

La luz de tus ojos arde;
si los abrís, amanece;
cuado los cerrás, parece
que va cayendo la tarde.

En ocasiones sorprende la calidad de las imágenes, como en esta cuarteta admirable:

Mis dichas y mis desdichas
son cual las olas del mar:
mis desdichas las que vienen,
mis dichas las que se van.

Dentro de la poesía popular, tienen carácter propio la tendencia épica y la lírica.

La poesía gauchesca, considerada en su entraña y en su forma, está principalmente representada por tres nombres culminantes: Esteban Echeverría, Hilario Ascasubi y José Hernández.

ESTEBAN ECHEVERRIA

El primer intento de poema gaucho aparece en «La Cautiva» de Esteban Echeverría en que el poeta pretendió trazar un cuadro de la vasta pampa argentina, utilizando un argumento imaginado por su fantasía: el rapto de una cristiana por los indios. En Echeverría se advierte antes que en nadie

el propósito de hacer obra genuinamente argentina, apartándose de la fuerte corriente francesa que en esos años se desparramaba en toda América.

«La Cautiva», por su arquitectura, puede considerarse una antelación de los poemas de Ascasubi y de Hernández que, en seguida, vigorizan el mismo asunto, dándole el nervio y calidad que se echan de menos en el poema de Echeverría, que, sin carecer de méritos, resulta débil en la composición y flojo en la forma.

Se puso el sol; parecía
que el vasto horizonte ardía;
la silenciosa llanura
fué quedando más oscura,
más pardo el cielo, y en él,
con luz trémula brillaba
una que otra estrella, y luego
a los ojos se ocultaba,
como vacilante fuego
en soberbio chapitel.

«La Cautiva» realizó la primera tentativa de poner en verso culto el asunto y la emoción pampeanas. El propio Echeverría, famoso guitarrista de su época, cantaba sus versos que lograron la más amplia popularidad de su época.

HILARIO ASCASUBI

La caravana de gauchos que iba de Córdoba a Buenos Aires, tuvo que detenerse en la mitad del llano para que la madre de Hilario Ascasubi, que era dama de la comparsa, diese a luz un hijo. Algo de gitanería trae a la imaginación el nacimiento de este poeta, y sin duda, de aquí se deriva ese afán vagabundo que llena el alma de Ascasubi, navegante primero, impresor en seguida, guerrero más tarde, prisionero y desterrado por Rosas; panadero a los pocos años y empresario teatral algún tiempo después; misionero en Europa, por encargo del general Mitre y, por último, anclado definitivamente en Buenos Aires donde publicó su obra de mayor consistencia: «Santo Vega o Los Mellizos de La Flor».

En la poesía gauchesca, que Ascasubi tentó con indiscutible acierto, Santos Vega es el prócer legendario de todas las leyendas. La existencia de este gaucho fué famosa por su temeridad, por sus empresas, por sus amoríos y por su estupenda vena de payador que sólo fué vencida, según el mito popular, por el propio Satanás que tuvo largo desafío con don Santos, a la sombra de un ombu.

«El Santos Vega» de Ascasubi—dice Ricardo Rojas—canta al són de la guitarra cuanto vió y oyó en la pampa, y si le llega la ocasión de un baile, a fuer de gaucho eximio, antes de danzar un

malambo, canta también, payando con Rosa, la mujer de su amigo el santiagueño Rufo Tolosa.

Rosa.—*Y Ud. don Vega, si gusta*
que bailemos de aquí a un rato,
cánteme alguna cosita
antes de nuestro malambo.
....

Vega.—*Si para explicarte aquí*
el amor que te reservo,
faltan a mi lengua voces,
ojos elocuentes tengo.
(Y Santos la miró a Rosa
y a él lo miró el santiagueño).
Mis ojos pueden decirte
lo que oculta mi silencio,
sin que una muda expresión
pueda ofender tu respeto.
.....

JOSE HERNANDEZ

En la heredad rural, amamantándose con sabrosa leche gaucha, pasó José Hernández su niñez y su juventud, y de aquí las vértebras macizas de «Martín Fierro», poema admirable, tallado con diestra mano de artista.

Porque recibí en mí mismo
con el agua del bautismo
la facultá para el canto.

La poesía popular de América no tiene obra de mayor trascendencia que el poema de Hernández, expresión culminante del gauchismo, que reune condiciones épicas y líricas a un mismo tiempo, y que representa la génesis y desarrollo social de una raza y de una época.

Hernández era hombre de abolengo preclaro, emparentado con las familias patricias del Plata, y era hombre culto, que pasó buenos años estudiando y observando para realizar sus propósitos de construir el poema que había de ser timbre de su gloria y expresión soberana de la pampa inacabable y del gaucho bizarro, sentimental y vagabundo.

Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
y su ranchito tenía
y sus hijos y mujer...
era una delicia al ver
cómo pasaban sus días.
.....

¡Ah, tiempos! si era un orgullo
ver ginetear un paisano.
Cuando era gaucho vaqueano,

aunque el potro se boliase,
no había uno que no parase
con el cabestro en la mano.

El poema consta de dos partes: en la primera refiere la vida entre los cristianos de la pampa; en la segunda comenta las costumbres de los indios.

El nada gana en la paz,
y es el primero en la guerra;
no le perdonan si yerra,
que no saben perdonar,
porque el gaucho en esta tierra
sólo sirve pa votar.
Para él son los calabozos,
para él las duras prisiones;
y en su boca no hay razones,
aunque la razón le sobre;
que son campanas de palo
las razones de los pobres.
Si uno aguanta es «gaucho bruto»,
si no aguanta es «gaucho malo».
Déle azote! Déle palo!
Porque es lo que necesita!
De todo el que nació gaucho
esta es la suerte maldita.

La guitarra gaucha no volvería a sonar con iguales bríos, y, con altanera entonación, el mismo Martín Fierro así lo profetizó.

Ruempo, dijo, la guitarra
pa no volverme a tentar,
ninguno la ha de tocar,
por siguro tenganló;
pues naide ha de cantar
cuando este gaucho cantó.

Pero no es sólo el entroncamiento con el alma gaucha lo que valoriza el poema de Hernández. Es también, y muy principalmente, la entraña filosófica y la intención aguda y socarrona con que aventaja a los otros poemas sincrónicos de su «Martín Fierro».

Canta el pueblero, y es pueta,
canta el gaucho, y hay ¡jesús!
lo miran como avestruz,
su ignorancia los asombra
más siempre sirven las sombras
para distinguir la luz.

El campo es del inorante,
el pueblo es del hombre estruido;
yo que en el campo he nacido
digo que mis cantos son,
para los unos... sonidos,
y para otros intención.

LOS PROSCRIPTOS

En su vasto y admirable estudio sobre la Literatura Argentina, Ricardo Rojas—palabra eminente en la crítica americana—consagra dos medulosos volúmenes a considerar la significación extraordinaria que la lucha entre unitarios y federales, o más propiamente dicho, la tiranía de Rosas, alcanza en la historia de la literatura argentina; significación tan fuerte y amplia como la que tiene en la historia política.

«El imperio de Rosas—dice Ricardo Rojas—tornó siniestra y desolada la vida dentro de nuestro territorio para cuantos quisieron combatir con su pensamiento su política; pero el ideal argentino fué entonces, con sus grandes proscriptos, a refugiarse en Montevideo, en Bolivia, en Chile, en el Brasil, en Francia; y es allá donde debemos estudiarlo. Sarmiento, Mitre, López, Varela, Alberdi, Mármol, Gutiérrez, Rivera Indarte, Echeverría, Ascasubi, Cané, Sastre, Godoy, Lamadrid, Gorriti, Quiroga, Villafañe, son los proscriptos y los hacedores de nuestra literatura en esos años románticos».

JOSÉ MARMOL

Con el alma encendida por el fervor patriótico, y con su juventud ansiosa de libertad, Mármol es el poeta de mayor empuje lírico dentro del período romántico. Prisionero del tirano Rosas, en largo ostracismo después, no fueron los sufrimientos personales, sino el tormento colectivo de sus conciudadanos, lo que dió fuego a las imprecaciones de este poeta que amó y odió profundamente.

Comentando su maldición a Rosas, don Marcelino Menéndez y Pelayo dice: «No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fueran aquellos antiguos yambos de Arquíloco e Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse a las personas aludidas.»

¡Ah, Rosas! No se puede reverenciar a Mayo
sin arrojarte eterna, terrible maldición;
sin demandar de hinojos un justiciero rayo
que súbito y ardiente te parta el corazón.

. . . . . .

¿Qué sed hay en tu alma? Qué hiel en cada [fibra?
Qué espíritu o demonio tu inspiración te da,
cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra
y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida,
nutriéndote en las venas su ponzoñosa hiel?
Qué atmósfera aspirastes? Qué fuente maldecida
para baustismo tuyo te preparó Luzbel.

.. ..

¡Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento,
cuando revienta el trueno, bramando el ¡aquilón!
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
para arrojarle eterna, tremenda maldición!

En la mayor parte de la obra poética de Mármol fermentan el odio, la queja, el ansia libertaria.

Somos pocos ¡oh patria! y no importa,
pues la gloria de un pueblo y su nombre
suele a veces guardarse en un hombre,
cual las luces del orbe en un sol.
Para ver lo que valen los pueblos
no se cuentan jamás sus esclavos;
son sus hijos virtuosos y bravos
los que dan a la historia el crisol.

Mármol tuvo el dominio armonioso del verso, a la manera de Zorrilla.

Campoamor, por *boutarde*, por paradoja, solía decir que sin saber metafísica, no se podía ser poeta.

Mármol no entendió nunca de poesía filosófica, sino de la inspirada y natural que encuentra en su

propio corazón los acordes de su canto. Es romántico hasta la médula, y junto a su verso airado y zumbante contra la tiranía, suenan sus canciones eróticas y se colorean sus visiones de la naturaleza.

Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde,
resbala como tibio suspiro de mujer,
y en voluptuosos giros, besándonos la frente,
se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Más ¡ay! otra indecible, sublime maravilla
los trópicos encierran magnífica: la luz!
La luz ardiente, roja, cual sangre de quince años,
en ondas se derrama por el espacio azul.

Allí las afecciones se avivan en el alma,
allí se poetiza la voz del corazón;
allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
discurren solamente por la región de Dios.

La obra total de Mármol no puede señalarse como modelo de perfección. Esto es difícil lograrlo hasta en los más grandes poetas. Pero, fragmentariamente, Mármol es uno de los valores más representativos de su época.

BARTOLOMÉ MITRE

Sin duda que no es su calidad poética, lo que valoriza la personalidad proteica y fecunda de Bartolomé Mitre. Cualquier otro aspecto de su mentalidad, o de su carácter—su valiosa obra histórica, su verbo oratorio, su genial acción política—está a muchos codos sobre su labor de poeta. Pero ha sido tan vasta la influencia de Mitre en toda la vida espiritual de su patria, y su obra de pensador, y de luchador y de estadista aparece animada de un soplo lírico tan intenso, que no es posible silenciar su nombre al recordar a los poetas proscriptos por el Dictador.

Casi todos los versos de Mitre son obra de su adolescencia, y en el prólogo de sus «Rimas», él mismo lo declara así: «Las poesías que se va a leer fueron escritas todas ellas a la edad de veinte años. Entonces soñaba con la inmortalidad, y los laureles de Homero me quitaban el sueño.»

Excesivamente caldeada había de ser la sangre del poeta en esos veinte años luminosos, y de ello dan prueba el acento y empuje varoniles de algunas de sus estrofas.

¿Quién es el vil que ríe, canta y danza
cuando el lamento de la patria suena,
a sus hijos llamando a la venganza?
Y si el cañón de la batalla truena,
¿quién el torpe que el miedo no sacude
y al grito ronco del honor no acude?

LA GENERACION DEL 80

La llamada «generación del 80» es la sucedánea inmediata de la generación comtemporánea de la tiranía de Rosas, que prolongó su misma entonación hasta la época de la federalización de la República, y que nosotros incluímos en el Ciclo Romántico, por que los representantes del 80, mantuvieron la ideología y la técnica románticas, desviadas apenas por algún intento nuevo que sólo se acentúa en años posteriores.

CARLOS GUIDO SPANO

La ancianidad ilustre de Carlos Guido Spano, que recuerda la de Víctor Hugo (alguna semejanza física le prestan también su barba y su cabellera blancas) tuvo a su lado la admiración y el cariño de todos los argentinos.

Vástago de próceres, conservó un legítimo orgullo de raza, santo orgullo de acrecentar las virtudes de su nombre, y así su triple vida de poeta, de hombre y de ciudadano, es una sola vida noble, honrada y generosa, a la sombra del hogar cristiano que le enseñó a amar su madre.

Una voz interior, un himno grave,
vibra en mi seno ¡oh madre! sin cesar,
ora navegue en lago azul mi nave,
ora con furia la quebrante el mar.

.....

¡Cuánto te debe mi cariño! Oh, cuánto!
De mi cándida fe fuiste el crisol,
mi desnudez cubriste con tu manto,
floreció nuestra vida al mismo sol.

Ajenjo luego me ofreció el destino;
mas, rico de tu afecto maternal,
por escarpadas breñas cristalino,
de mi existencia correrá el raudal.
....

En su generación, Guido Spano es quien luce asomos de renovación, y, aunque sin distanciarse mucho del lindero romántico, pone su planta en vereda que ha descubierto su sensibilidad.

Así su «Myrta en el baño» tiene una sóbria belleza de friso helénico.

Fresca es el onda, azul y cristalina,
en que baña su cuerpo de alabastro
la rubia Myrta, al resplandor del astro
que pálido las sombras ilumina.
La juventud divina
ennoblece sus mágicos hechizos,
mezclando en un conjunto soberano
la grana tiria y el marfil indiano.
Al desflocar gentil sus blondos rizos
por el agua escarchados, semejaba
del río una alba y vaporosa ondina,
que de las grutas de coral se alzaba,
jugando en sus cristales movedizos.

Pero, en donde el sentido poético de Guido Spano logra realizarse mejor, es en la interpretación sentimental, cantando el amor, un diáfano amor encendido, o los suaves encantos del hogar que él reviste con dignidad de santuario y unge con ternuras de nido.

Bella es la vida que a la sombra pasa
del heredado hogar, el hombre fuerte
contra el áspero embate de la suerte
puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
si el aéreo castillo viene abajo,
queda la noble lucha del trabajo,
la esperanza, el amor, la juventud.

¡Hijos, venid en derredor; acuda
vuestra madre también ¡fiel compañera!
Y levantad a Dios con fe sincera
vuestra ferviente, cándida oración.
El es quien nos reune y nos escuda,
quien puso en vuestros labios la sonrisa,
da su aroma a la flor, vuelo a la brisa,
luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
ansío rodearme de cariños;
la serena inocencia de los niños
de la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio

que al hombre con el mundo reconcilia,
el ver crecer en torno la familia
bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
aspiren a las pompas de la tierra,
su nombre ilustre en la sangrienta guerra,
lleno de encono, el bárbaro adalid.
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
amar la caridad, amar la ciencia;
puras las manos, pura la conciencia,
dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
el sendero del bien, nada amedrente
al varón justo, al ánimo valiente
que fecundiza el suelo en que nació.
La libertad amemos por costumbre,
por convicción y por deber. En ella
el despotismo estúpido se estrella:
de la Patria los hierros destrozó.

¡Honra y prez a sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
hoy descansa su espíritu en el cielo,
noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,
y, llena el alma de filial ternura,
su venerada, humilde sepultura
con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día
emprenda yo mi viaje sin retorno,
erigidme una cruz, y de ella en torno,
sin una mancha en la tranquila sien,
llenos de amor, de paz, que es la armonía,
podais decir de vuestro padre amado:
latió en su pecho un corazón honrado:
no fue un prócer, fue más, hombre de bien.

Los versos de Guido Spano alcanzaron expansión en toda la América, y muchas generaciones repitieron emocionadas las quintillas de Urutaú:

En idioma guaraní,
una joven paraguaya
tiernas endechas ensaya
cantando en el arpa así,
en idioma guaraní...

RAFAEL OBLIGADO

Posterior a los poetas sincrónicos de la tiranía de Rosas, es Rafael Obligado, cuya robusta y afinada cultura ecléctica orientó su sentido estético, haciéndole recojer del clasicismo y del romanticismo exclusivamente lo que descubrió en concordancia con su tendencia ingénita, propicia a la expresión autóctona.

En la lírica culta, Obligado merece ciertamente el dictamen de «poeta nacional por excelencia», pues el alma y las costumbres de su tierra, sus tradiciones y sus leyendas, constituyen el asunto predilecto de su interesante labor poética.

La tradición gloriosa de Santos Vega, poematizada por Ascasubi, y por Mitre, y vinculada a casi toda la poesía gauchesca, aparece caudalosa, limpia y suavemente entonada en los versos de Obligado.

Cuando la tarde se inclina
sollozando al occidente,
corre una sombra doliente
sobre la pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
con luz brillante y serena
del ancho campo la escena,
la melancólica sombra
huye besando su alfombra
con el afán de la pena.

.....

Si entonces cruza a lo lejos,
galopando sobre el llano
solitario, algún paisano,
viendo al otro en los reflejos
de aquel abismo de espejos,
siente indecibles quebrantos,
y alzando en vez de sus cantos,
una oración de ternura,

al persignarse murmura:
«¡El alma del viejo Santos!»

Santos Vega, en el poema de Obligado, es la personificación de la pampa, la expresión genuina del alma gaucha, desalojada por la civilización encarnada en Satanás, único que logró vencer al grandioso payador.

Turba entonces el sagrado
silencio que a Vega cerca,
un jinete que se acerca
a la carrera lanzado;
retumba el desierto hollado
por el casco volador;
y aunque el grupo, en su estupor,
contenerlo pretendía,
llega, salta, lo desvía
y sacude al payador.

El audaz forastero, que así procedía contra Santos Vega era el Diablo que venía a desafiarlo, envidioso de los triunfos del payador de la «larga fama».

Oyó Vega embebecido
aquel himno prodigioso
e inclinando el rostro hermoso,
dijo:— «Sé que me has vencido.»
El semblante humedecido

por nobles gotas de llanto,
volvió a la joven, su encanto,
y en los ojos de su amada
clavó una larga mirada
y entonó su postrer canto:

—«Adiós, luz del alma mía,
adiós, flor de mis llanuras,
manantial de las dulzuras
que mi espíritu bebía;
adiós, mi única alegría,
dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va a hundir
en lo inmenso de esos llanos...
¡Lo han vencido! ¡Llegó, hermanos,
el momento de morir!

Excelentes condiciones de narrador revelan las leyendas criollas de Rafael Obligado, y en su poesía subjetiva, sabe ser sinceramente emotivo.

¡Ay! tú hogar está húmedo y sombrío,
de tu encanto vacío,
de todos tus reflejos despojado!
El aire que agitaba tus cabellos,
como no juega en éllos,
círcula entre los árboles callado!
.....

Crece hierba salvaje en las macetas
colmadas de violetas,

que tú regabas al morir el día;
y ruedan por los patios desbandadas
las hojas arrancadas
de aquel naranjo que tu edad tenía.
.....

Como en los días del ardiente enero,
la jaula del jilguero
aún cuelga del parral, fresco y umbroso,
pero ¡ay! en vez del que quisiste tanto,
hay otro cuyo canto
es un gemido de dolor medroso.

OLEGARIO ANDRADE

Cumplidos apenas los cuarenta años, cuando su talento poético empezaba a madurar, murió Olegario Víctor Andrade, que logró fama de poeta eminente.

Pobrezas, enfermedades y contratiempos tuvieron parte en el agotamiento prematuro de su existencia, aunque a la época de su muerte, el poeta tenía un asiento en el Congreso argentino y podía sentir los halagos de la admiración tributada a su obra poética.

Andrade era de carácter melancólico y huraño; de palabra escasa para la conversación. Contrastaba esta dificultad de expresión con la facilidad pas-

mosa de su pluma, tanto en la prosa como en el verso.

Durante su período parlamentario, jamás pronunció un discurso, y tan rehacio era a presentarse en público, que encomendaba siempre a cualquier amigo la lectura de sus propios versos.

Tiene el verso de Olegario Andrade, junto con el ardimiento lírico, la bizarría épica. Difícilmente su elocuencia poética, caudalosa y tonante, haya sido superada en América. Por esto, sus poemas como «Atlántida» o «Prometeo»,—temas propicios a la entonación grandilocuente, y a un período vasto y rotundo,—son las obras mejor realizadas de este poeta que sostiene todavía su valorización lírica.

Para dar idea de «El Nido de Cóndores», considerado su mejor poema, y que por su extensión no cabe en estas páginas, traeremos aquí algunas de sus estrofas.

En la negra tiniebla se destaca,
como un brazo extendido hacia el vacío,
para imponer silencio a sus rumores,
un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
de nieve que gotea,
como la roja sangre de una herida
abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
van pasando calladas,
como tropas de espectros que dispersan
las ráfagas heladas.
¡Todo es silencio en torno! Pero hay algo
en el peñasco mismo,
que se mueve y palpita cual si fuera
el corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado
de su cuello gigante,
que el viento de las cumbres balancea
como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos,
en cuyo negro seno
parece que fermentan las borrascas
y que dormita el trueno.
....

Bajaban dos viajeros presurosos
la rápida ladera;
un niño y un anciano de alta talla
y blanca cabellera.
Hablaban en voz alta, y el anciano,
con acento vibrante,
«Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto
de esta cumbre gigante».

El cóndor al oirlo batió el vuelo,
lanzó ronco graznido,

y fué a posar el ala fatigada
sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido
de fúnebre congoja,
pasó la noche y sorprendiólo el alba
con su pupila roja.
... .

Choque de armas y cánticos de guerra
resonaron después, Relincho agudo
lanzó el corcel de la argentina tierra
desde el peñasco mudo;
y vibraron los bélicos clarines
del Andes gigantesco en los confines.

Crecida muchedumbre se agolpaba
cual las ondas del mar en sus linderos;
infantes y ginetes avanzaban
desnudos los aceros,
y atónita al sentirlos la montaña,
bajó la frente, y desgarró su entraña.
....

Pensativo a su frente, cual si fuera
en muda discusión con el destino,
iba el héroe inmortal que en la ribera
del gran río argentino,
al león hispano asió de la melena,
¡y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
a la cresta más alta, repitiendo
con estridente grito: «¡Este es el grande!
Y San Martín oyendo,
cual si fuera el presagio de la historia,
dijo a su vez: «¡Mirad! ¡Esa es mi gloria!

PEDRO PALACIOS (ALMAFUERTE)

Eran duros y rudos los trazos físicos de Pedro Palacios: cabeza vaciada en bronce, espaldas fuertes, amargo desdén en los labios. No alcanzó en su niñez ternuras de madre, ni acogedoras suavidades de hogar. Creció desarraigado, y acaso esto influyó en la dureza de su carácter y en su pesimismo. Su educación no pasó de la escuela normal, en donde en seguida obtuvo cátedra. Así también su cultura resulta endeble. Sin embargo, su temperamento es tan vigoroso que, con todos sus derrumbamientos ideológicos y sus negligencias de forma, Pedro Palacios es un valor representativo de su raza y, particularmente, de su generación.

El pseudónimo de Almafuerte que ha quedado como cifra definitiva en la historia literaria de su patria, revela la tendencia vigorosa de su carácter, y esa fisonomía terca, intransigente y violenta, que muestra en su obra de índole social, que él parece haber concebido como obra apostólica.

Ensalzado con ardorosa vehemencia por sus admiradores, que han creído verlo iluminado por el genio; y atacado apasionadamente por quienes han supuesto que Palacios no era sino un desequilibrado maniático, la crítica ecuánime, distanciada ya de su actuación, ha fijado su valor y su actuación entre los poetas de su época. Ni un genio, ni un desequilibrado. Sencillamente un hombre de gran talento, de escasa cultura y de fuertes pasiones. Su producción poética aporta honradamente todas las cualidades y los defectos del hombre.

Cuando se haga en tí la sombra;
cuando apagues tus estrellas;
cuando abismes en el fango, más hediondo, más
[infecto,
más maligno, más innoble, más macabro, más
[de muerte,
más de bestia, más de carcel,
tu divina magestad:
no has caído, todavía
no ha rodado a lo más hondo...
Si en la cueva de tu pecho más ignara, más
[remota
más secreta, más arcana, más obscura, más vacía
más ruin, más secundaria,
canta salmos la Tristeza,
muerde angustias el Despecho

vibra un punto, gime un ángel, pía un nido de
[sonrojos,
se hace un mundo de ansiedad.

Los que nacen tenebrosos;
los que son y serán larvas;
los estorbos, los peligros, los contagios, los Satanes,
los malditos, los que nunca, nunca en seco, nunca siempre
nunca mismo, nunca, nunca,
se podrán regenerar:
no se auscultan en sus noches,
no se lloran a sí propios...
se producen imperantes, satisfechos,—como normas,
como moldes, como pernos, como pesas contrarias,
como básicos puntales,
y no sienten el deseo
de lo Sano y de lo Puro,
ni siquiera un vil momento, ni siquiera un vil instante
de su arcano cerebral.

Al que tasca sus tinieblas;
al que ambula taciturno;
al que aguanta en sus dos tomos,—como el peso indeclinable
como el peso punitorio de cien urbes, de cien siglos;

de cien razas delincuentes,
su tenáz obsebación;
al que sufre noche y día,
y en la noche hasta durmiendo,
como el roce de un cilicio, como un hueso en la [garganta,
como un clavo en el cerebro; como un ruído en [los oídos,
como un callo apostemado
la noción de sus miserias
la gran cruz de su pasion:
yo le agacho mi cabeza; yo le doblo mis rodillas;
yo le beso las dos plantas; yo le digo: Dios te [salve...
¡Cristo-negro, santo hediondo, Job por dentro,
vaso infame del dolor!

Esta es la deprecación monorrítmica qne Almafuerte tiene siempre en los labios, trepidando de indignación ante las angustias de su «querida chusma».

RICARDO GUTIERREZ

Mansedumbre y bondad evangélicas, y los más altos quilates de humanidad son las virtudes cardinales de Ricardo Gutiérrez como hombre y como

poeta. En cuanto médico—que lo fué de merecido prestigio—su nombre ha quedado prendido en la memoria de muchas generaciones, como un lábaro de cristiana caridad. Su poesía es la expresión honrada de su corazón tan bien dispuesto al amor, un amor vasto y universal que abrazaba a la humanidad entera.

¡Ah, no levantes canto de víctoría
en el día sin sol de la batalla;
que has partido la frente de tu hermano
con el maldito golpe de la espada!

Cuando se abate el pájaro del cielo,
que estremece la tórtola en la rama:
cuando se postra el tigre en la llanura,
las fieras todas aterradas callan.....

¿Y tú levantas signo de victoria
en el día sin sol de la batalla?
¡Ah, sólo el hombre, sobre el mundo imorío,
en la caída de los hombres canta!
¡Yo no canto la muerte de mi hermano;
márcame con el hierro de la infamia,
porque en el día que su sangre viertes,
de mi trémula mano cae el arpa!

En un tono amable y discreto, tono de confidencias íntimas, Ricardo Gutiérrez tiene versos que acreditan la legitimidad de su vena poética y que aún mantienen su nombre en la ubicación prestigiosa que le asignaron sus contemporáneos.

.....

Lámpara de la noche
que alumbras el cristal de su ventana,
¡ay! ¿por qué está tu rayo agonizante,
expirando en su alcoba solitaria?
Miro en vano y espero,
y ya la aurora avanza,
lámpara de la noche
que su rostro celeste iluminaba!
¡ay! en la noche triste
se hundió el lucero que me vió a sus plantas,
y pasó sollozando al infinito
la brisa que me trajo sus palabras.
Y al despuntar la aurora,
una perdida lágrima,
como en el alma mía,
corrió por el cristal de su ventana.

Ciclo Moderno

(1890-1915)

LEOPOLDO LUGONES

La influencia que Rubén Darío ejerció en la renovación literaria de Argentina, se evidencia categóricamente en Leopoldo Lugones, que fué amigo

y camarada del poeta de «Azul», y uno de los heraldos más fervorosos de la nueva estética. Con una mentalidad rica y dúctil, con una imaginación amplia y viva, Lugones estaba bien dispuesto para escuchar la voz del maestro. Su primera obra muestra particularmente esa influencia que, en seguida, se mezcla con nuevas orientaciones, dando paso a tentativas realizadas siempre con talento y con audacia, y, que garantizaron su fama.

¿Ha resistido el prestigio de Lugones a los vientos iconoclastas de los años posteriores?

Podemos decir que sí; porque él no se ha estagnado, y con entendimiento ágil, ha procurado superarse cada día.

La tarde, con ligera pincelada
que iluminó la paz de nuestro asilo,
apuntó en su matiz crisoberilo
una sutil decoración morada.

Surgió enorme la luna en la enramada;
las hojas agravaban su sigilo,
y una araña en la punta de su hilo,
tejía sobre el astro, hipnotizada.

Poblose de murciélagos el combo
cielo, a manera de chinesco biombo,
tus rodillas exangües sobre el plinto

manifestaban la delicia inerte,
y a nuestros pies un río de jacinto
corría sin rumor hacia la muerte.

El verso de Lugones tiene opulencia verbal y rítmica; pero, en más de una ocasión, resulta complicado y denota rebuscamientos a los cuales no tendría para qué recurrir un talento de potencia tan preclara. Otra observación que nos sugiere la vasta producción poética de Lugones, en que no escasean las gemas valiosas, es la exuberancia; el exceso de matices con que entona cada asunto. Esto no obsta para que Lugones logre aciertos admirables.

Al promediar la tarde de aquel día,
cuando iba mi habitual adiós a darte,
fué una vaga congoja de dejarte
lo que me hizo saber que te quería.

Tu alma, sin comprenderlo, ya sabía...
Con tu rubor me iluminó al hablarte,
y al separarnos te pusiste aparte
del grupo, amedrentada todavía.

Fué silencio y temblor nuestra sorpresa;
más ya la plenitud de la promesa
nos infundía un júbilo tan blando,

que nuestros labios suspiraron quedos...

y tu alma estremecíase en tus dedos
como si se estuviera deshojando.

Por nuestra parte, estamos de acuerdo con quienes consideran a Lugones uno de los poetas representativos de su generación; pero un poeta exclusivamente cerebral, imaginativo y fantástico. En su obra, genial a veces, no hay asomos de emoción. Ha ensayado todos los géneros y todos los metros; ha innovado; ha hecho gala de verbalismo; ha barajado bellas imágenes; ha sido épico y lírico y eglógico. Su palabra se enciende, arde a veces; pero no comunica calor...

DIEGO FERNÁNDEZ ESPIRO

La vida de Diego Fernández Espiro—intensa y breve—aparece llena de anécdotas simpáticas, de gestos viriles, de aventuras bizarras, que le dieron amable popularidad en los cenáculos literarios, y, aún, en el público de su época. Fué una vida bohemia y caballeresca, a la vez, que vertió todo su lirismo en dos temas que sintió con profunda sinceridad: la mujer y la patria; temas que encendieron la llama romántica que perpetuamente ardió en su corazón. Este romanticismo alienta en toda su obra; pero no impide que su sensibilidad responda a sugerencias nuevas, y que, con sobriedad clásica, esculpa sonetos perdurables.

El combate cesó. Y en la llanura,
sangriento campo de tenaz batalla,
sólo el clamor del moribundo estalla
en el silencio de la noche obscura.

Surje de pronto en la riscosa altura
donde sembró el estrago la metralla,
un guerrero gentil de enhiesta talla,
imponiendo en las sombras su figura.

Los ojos tiende al campo de pelea;
su pecho oprime con crispada mano;
quiere avanzar, y exangüe tambalea;

cae, vacilante se incorpora, aspira,
y con supremo esfuerzo sobrehumano,
¡oh, patria! exclama el paladín, y expira.

En alguna ocasión, Fernández Espiro trae el recuerdo de Díaz Mirón:

No estoy vencido. Mi orgullosa frente
levanto de la vida en el combate
y altivo espero el enemigo embate
como el peñón la furia del torrente.

Pero, tanto la virilidad del concepto, como el empuje de la frase, son cosa propia del temperamento decidido y del carácter altivo de Fernández Espiro, poco propicio a las zalemas.

LEOPOLDO DIAZ

Aunque preterido en las últimas antologías, Leopoldo Díaz será siempre uno de los buenos poetas argentinos, y, sobre todo, si se considera la arquitectura sobria y elegante de sus poemas. El venezolano Blanco Fombona ha dicho con precisión: «Leopoldo Díaz puede, como Benvenuto, cincelar un botón para la capa de algún cardenal, la empuñadura de una espada para el Duque de Valentinois u Olivereto de Fermo, o los debates de sátiros y ninfas, en el asa de una ánfora, para la dama Strozzi.»

Su cualidad primordial fué el culto de la forma. Pero el talento de este poeta no sólo consiste en el bizantino trabajo de orfebrería que, particularmente, se evidencia en sus nutridos volúmenes de sonetos: museo de la mitología griega y de las disecadas estampas de los Césares...

En mí palpita el alma de razas fenecidas;
de los antiguos faunos soy postrer descendiente...

Leopoldo Díaz—descendiente de los faunos—siente el encanto vivo de la naturaleza en cuyos bosques ha perseguido ninfas, y así dice:

Quisiera ser el árbol de la floresta obscura,
para extender mis ramas hacia el ámbito azul;

llover como rocío mis flores de ternura,
ser liana sinuosa que enlaza el abedul.

Quisiera ser fontana que ríe, o que murmura,
donde teje la náyade su vaporoso tul;
el pico de la tórtola en la espesura,
y en los boscajes indios, el canto del bulbul.

Quisiera deshacerme, con indolente gracia,
en un deshojamiento de pétalos de acacia,
sobre las ilusiones que marchitó el dolor.

Quisiera ser sedienta clepsidra silenciosa,
para llorar mis lágrimas en olvidada fosa
donde su sueño duermen la gloria y el amor.

Con el alma y los sentidos afinados a un alto diapasón de belleza, este poeta refleja el hechizo de las cosas legendarias, y las viejas ciudades magníficas logran, en sus versos, una evocación plena, como en el «Sueño de Venecia»;

Se inclina en el silencio de la inmóvil laguna...
—¡Oh, no puede morir la Océanide postrera!—
Y sobre el oro de su mustia cabellera
deshoja lentamente nenúfares la luna.

Maravillosa fiesta nupcial, como ninguna
de sombras y misterio, de esfumada quimera;
y van cual negros cisnes por espectral ribera,
las góndolas calladas, rasgando el agua bruna.

¡Mirad! La maga esparce sus filtros de beleño
en sus regios collares tiemblan joyas de ensueño;
su purpurado manto de Dogaresa viste...

Al tembloroso arrullo de ráfaga marína,
cual una perla suave, y como un lirio triste,
se duerme en la marmórea serenidad divina.

En su poema «Los Conquistadores», escrito en sonetos—forma métrica que no desampara jamás—ha trazado paisajes y figuras con tanta gracia como fuerza, ofreciendo en la realización de su idea epopéyica, un poema de efectiva trascendencia americana, por el asunto, y de original interés por la forma y la belleza diáfana de descripciones como ésta:

Libre el indio, vagando a su albedrío,
sorprende en el Juncal ágiles pumas;
y tras el ave de irisadas plumas,
vuela su flecha en bucaral sombrío.

Meandros sigue de tortuoso río;
cruza el raudal de diáfanas espumas,
y al hondo valle de azuladas brumas
desciende en los crepúsculos de estío.

Acecha, entre macizos de manglares,
las furtivas parejas de jaguares
que bajan a beber en la laguna;

Y su silbante dardo en la imprecisa
noche, atraviesa con rumor de brisa
los boscajes bañados por la luna.

EVARISTO CARRIEGO

Antes de cumplir los treinta años, cuando su talento poético empezaba a rendir los frutos de su madurez lírica, murió Evaristo Carriego, poeta de rica complexión psíquica, de retina amplia; y de gran sentido emocional, que entendió y sintió, particularmente, la vida de los humildes, dejando en «La Canción del Barrio» y en «El alma del suburbio», síntesis admirables de tipos y de costumbres, y poniendo en cada trazo, en cada boceto, la observación aguda, y la intención espiritual que valorizan la obra artística.

Francamente es huraña la actitud de ese obrero
que, de la alegre rueda casi siempre apartado,
se pasa así las horas muertas, con el sombrero
sobre la pensativa frente medio inclinado.

Sin asegurar nada, dice el almacenero
que, por momentos, muchas veces le ha
[preocupado
ver con qué aire tan raro se queda el compañero
contemplando la copa que apenas ha probado.

Como a las indirectas se hace el desentendido,
el otro día el mozo que es un entrometido,
y de lo más cargoso que se puedä pedir,

se acercó a preguntarle no sabe qué zoncera
y le clavó los ojos, pero de una manera
que tuvo que alejarse sin volver a insistir.

En el prólogo de las Poesías Completas de Carriego,—dice Alvaro Melián Lafinur—(que es uno de los valores trascendentales de las letras argentinas, en nuestros días): «Dificilmente podrá lograrse con tan sencillos medios de expresión resultados emocionales y artísticos tán verdaderos como los que Carriego obtiene en sus canciones. Esos versos sobrios, desprovistos en absoluto de retórica, dicen más que muchas líneas suntuosas y recargadas de metáforas. Esa castidad de la frase ingenua y natural es por cierto el estilo que convenía a sus asuntos. A través de ese ropaje simple como el percal de sus modestas heroínas, se destaca mejor el sentimiento».

Esta sencillez y esta emoción son las que producen tan hondo estremecimiento en los versos de «La silla que ahora nadie ocupa»:

Con la vista clavada sobre la copa,
se halla äbstraído el padre, desde hace rato:
pocos momentos hace rechazó el plato
del cual apenas quiso probar la sopa,

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
llega en silencio alguna que otra mirada
hasta la vieja silla desocupada
que alguien, de olvidadizo, colocó en frente.

Y, mientras se ensombrecen todas las caras,
cesa de pronto el ruído de las cucharas
porque insistentemente, como empujado

por esa idea fija que no se va,
el menor de los chicos ha preguntado
cuando será el regreso de la mamá.

MANUEL UGARTE

El espíritu ansioso de Manuel Ugarte: ansioso de luz, de vida, de emociones; espíritu enriquecido de cultura múltiple por el estudio, por los viajes, por su agudo sentido analítico, muestra sus más finos matices en su producción poética que, sin perder la frescura de la esencia nativa, esparce penetrante perfume de parque exótico, porque su sandalia incansable ha pisado todos los jardines del mundo. Particularmente Versalles. De ahí la elegancia dieciochesca de sus madrigales que, en Ugarte—temperamento de fuerte raigambre—no implica frivolidad, sino refinamiento, pues este poeta, con tantos aires de *boulevardier*, sabe de recias modulaciones viriles.

Cuando tu boca me besa,
en repetirme se obstina
que vienes, en línea expresa,
de una elegante marquesa
que murió en la guillotina.

Pero, si no cuento mal,
mucho más noble soy yo,
pues mi título ducal
es «El contrato social»
de Juan Jacobo Rousseau.

Uno de sus más firmes ideales humanos, ha sido la libertad que Manuel Ugarte ha ido predicando con líricos fervores en las tierras de América, y, junto con la libertad, la unión solidaria de toda la raza latina,—el bello sueño de Bolívar. Es hombre de celo apostólico, de energía recia, y lleno de fe en la inconmensurable grandeza de América.

Pero, toda esa labor no le impide decir madrigales tan bellos como éste:

A veces nuestros labios, como locas
mariposas de amor, se perseguían;
los tuyos de los míos siempre huían
y siempre se juntaban nuestras bocas.

Los míos murmuraban: «Me provocas.»
Los tuyos: «Me amedrentas», respondían
y aunque siempre a la fuga se atenían,
las veces que fugaron fueron pocas.

Recuerdo que una tarde la querella
en el jardín llevada hasta el exceso,
quisiste huir; mas por mi buena estrella,

en una rosa el faldellín fue preso;
y que después besé la rosa aquella
por haberme ayudado a darte un beso.

ALBERTO GHIRALDO

La tendencia primeriza de Alberto Ghiraldo se resiente de un pesimismo tan prematuro como ficticio. Su primer libro—«Fibras»—que data de 1895, es un libro desesperanzado. Felizmente el talento y el buen sentido del autor, escucharon los consejos cordiales con que Rubén Darío lo amonestó en la carta-prólogo de ese libro, diciéndole:

«Hay, hijo mío, en esta existencia, para los que nacen con el divino dón de los poetas, muchas serias obligaciones que cumplir, muchas graves tareas que llenar. Primero, es amar la Lira sobre todas las cosas, pues es el regalo de Dios; después, amar el amor y la fe y las rosas y el vino, como el griego Anacreonte y el argentino Guido; coronarse de flores y respetar la gramática; cantar a las hermosas mujeres y ser enemigo de los tontos; tener el arte en su valor supremo y no como asunto de pasatiempo o de industria de Mousión; no adular los

gustos de la general mediocridad, ni seguir las modas que tienen la vida de un sombrero de mujer, sino el resplandor del verdadero astro, la religión de la belleza inmortal, la palabra de los escogidos, la barca de los predestinados argonautas. No creas en la gloria que dan los periódicos, ni en las cartas de los maestros vanidosos, ni en los elogios de tus compañeros interesados, ni en las sonrisas que tengas que pagar con aplausos de reciprocidad. No seas snob; y con los innovadores o con los estacionarios, lo único que debes hacer es *tener talento.*»

Y el poeta que empezó diciendo;

Ven a mojar tus labios en mi copa;
juntemos tu dolor con mi amargura.
Yo bebo por matar lo que en mí piensa.
Tú, bebe por matar tu desventura...

exclamará más tarde:

Todo palpita, muévese o sonríe
de la vida exterior bajo los mantos,
y en mi mundo interior, en mi floresta,
canta el pájaro azul todos sus cantos.

Dejándose llevar libremente por su intención natural, Ghiraldo aprende entonces a ser sincero y logra su brillante realización lírica en la obra posterior, simple de líneas y llena de color, aire y movimiento.

Acosado
por los dardos furiosos de un sol de Enero,
va el sucio carricoche cortando campo.

Saliéndoles la vida por esos poros
que dió Natura a todo lo que dió vida;
sudando cual botijos hechos de barro
—esos que llena de agua la pobre gente,
aquella que no encuentra hielo en verano—
y zaherida por turba de moscas bravas,
va adentro, la pareja de pobres diablos.

Dos caballos chiquitos, como de palo,
hechos para que jueguen niños mayores,
arrastran coche y hombres, total: tres fardos
que van, tumbo tras tumbo, con rumbo a un [pueblo
alzado allá, muy lejos, a una distancia
que aprecian más que nadie, y esto se explica,
los caballos chiquitos como de palo.

Al llegar a un repecho, tristes cansados,
por el trajín sin tregua los caballitos
doblegan la cabeza como esperando
un auxilio en la muerte: los dos viajeros
se asoman y contemplan el espectáculo:
lanzando bocanadas de humo a los aires,
la máquina de hierro viene llevando
convoy enorme, un mundo entre dos rieles
Es el tren: pasa fúlgido, va rápido...

¡Soberbio, indiferente, como un símbolo,
cruza ante el dolor como un escarnio!

En la iniciación literaria de Alberto Ghiraldo, hay una anécdota curiosa. Ghiraldo tenía quince años, y quería ver sus versos en letras de molde en las columnas de «La Nación» bonaerense, sólo abiertas a las firmas muy responsables. Mistificó entonces al diario y al público y suscribió sus versos con el nombre del poeta Ricardo Gutiérrez, consagrado ya... La superchería sólo vino a descubrirse con la protesta de Gutiérrez.

CARLOS ORTIZ

Tuvo Carlos Ortiz su inicial período modernista, deslumbrado por el hechizo del maestro Rubén, y conoció también su «princesa triste»... Pero, no convenía esta modalidad, primordialmente cerebral y verbalista, con el espíritu simple y expontáneo de Carlos Ortiz que halló su realización definitiva en su acercamiento a la naturaleza, diáfana y bellamente evidenciado en el «Poema de las mieses».

Cada surco es como un verso,
como un verso en el que vibra la canción del
[universo,

el poema Germinal;
se abre un surco, que es un verso, y se entierra
[una armonía
y la tierra la fecunda,la convierte en poesía,
y alimenta con el jugo maternal.

Carlos Ortiz murió en 1910, joven todavía, asesinado bárbaramente por el caudillismo político entronizado en Chivilcoy, su ciudad natal; y así su obra madura quedó iniciada apenas.

Un crítico ha dicho con acierto: «La cualidad esencial del espiritu de Carlos Ortiz, lo que hace el mérito de sus composiciones, lo que le hizo un dórico poeta para los que tuvimos la felicidad de tratarlo, fué su sentimiento exquisito para vibrar al lenguaje inefable de las olas, del viento, de los bosques, de las voces misteriosas que cantan en el fondo de los valles y sobre las cima de las montañas».

De original intención son estos versos:

Fruto de amor, germiendo vida: huevo!
Tú ocultas el renuevo
de otras generaciones
bajo tu frágil cáscara que encierra
todas las esperanzas de la tierra
y el misterio de todas las creaciones.

Guardas la voz del porvenir obscuro:
en tí se halla escondida

la impenetrable esfinje del futuro
y ¡oh! huevo—perla de un amor salvaje—
esperas las tibiezas de un plumaje
para que un mundo en tu interior despierte,
para que vibre el himno de la vida
ante el inmenso asombro de la muerte.

ERNESTO MARIO BARREDA

Sensible a toda sugestión de belleza, Ernesto Mario Barreda es un poeta que deja correr expontáneamente el vigoroso caudal, de sus emociones, estimuladas por el sentido trágico alguna vez, otra vez irónico que sabe descubrir en la vida y en las cosas. A pesar de esa espontaneidad, su expresión es firme y sobria, mayormente en su producción última que demuestra la simpatía que, por la tierra propia, empieza a cobrar la lírica argentina.

Con su voz de murmullo y de misterio
la selva virgen, la opulenta selva,
me llamó... Y agitaba su ramaje
cual muchos brazos que me hicieran señas.

Barreda es un excelente pintor lírico que conoce el secreto de la pincelada maestra que entona y caracteriza cada cuadro, dándole contornos definitivos.

Por la enorme y desierta planicie de un paisaje
los pájaros de presa prorrumpen su graznido.
Y entre las humaredas del pajonal ardido,
se descubre a lo lejos el horror del pillaje.

Empuñada la lanza, sobre el potro, un salvaje
medio desnudo, cruza lanzando su alarido;
y blanquean los dientes del bronceado bandido
bajo la dura máscara de su feroz tatuaje.

Sobre la misteriosa llanura dilatada,
dando al viento la negra cabellera crinada,
ululante y veloz, se aleja como un dardo.

Le fulguran los ojos con avidez lasciva...
Y aprieta el cuerpo blanco de la mujer cautiva
su áspera y terrible caricia de leopardo.

MANUEL GALVEZ

Una descripción geográfica de Manuel Gálvez, podría formularse así: limita al Norte con Francis Jammes, al Sur con Rafael Obligado, al Este con François Coppée, y al Oeste con Evaristo Carriego. Pero estos límites no impiden que Manuel Gálvez carezca de territorio propio; que suya es, y sin parcela ajena, toda la rica heredad poética que acredita su obra. Presentimientos ingénitos fueron los

que tuvo su sensibilidad, para apartarse de las encrucijadas y seguir por los rectos caminos de la sencillez y de la humildad.

Esparcerán mis coplas
sed de bondad y de piedad;
por eso trato de infundirles
una santa simplicidad.

Quiero que sean tan humildes
como esos infelices que marchaban en pos
de San Francisco, que eran santos, y se decían:
pobrecillos de Dios.

Escribo sin literatura,
solamente con mi emoción;
si es pobre el lenguaje—¡qué le vamos a hacer!
así habla mi corazón.

Manuel Gálvez ha hecho su profesión estética: «Las palabras no son sino un medio. Uno de los fines del poeta es sugerir, crear en sus lectores no sonidos, sino estados de belleza moral.»

Consecuente con esta doctrina, la poesía de Gálvez, evocativa en grado sumo, es plena de sugerencias y determinante de múltiples estados anímicos. Esta santa gracia lírica desciende de la jugosa entraña psicológica del poeta que infunde vida natural y lozana a todo concepto. Y desciende también de predisposición natural a la sinceridad emotiva.

Dos condiciones máximas de poeta verdadero; de poeta que radica en la esencia, y no en la forma; que habla por imperativo impulso, y no por acomodarse a tal o cual «postura» literaria.

¡Cuanta sugestiva belleza florece en los versos de «Las abuelitas»!

Admirable evocación del ambiente y de las figuras.

Las abuelas de antaño
eran tan buenas como el pan;
rezaban por nosotros todo el año
y nos cuidaban con afán.

Todavía conservan en su tipo
signos de sus bellezas tan antiguas,
pero en la infancia del daguerreotipo
parecen estantiguas.

Eran santas en ciernes,
caritativas con los pobres;
a todos los mendigos de los viernes
les repartían pan y cobres.

Hablaban a la vieja usanza,
con arcaismos y «velay»,
y jamás ante extraños, pues fuera mala crianza
pitaron su cigarro de hoja del Paraguay.

Ayunaban las pobres los cuarenta

días pacientemente; creían en presagios;
cuando había tormenta
se pasaban rezando rosarios y trisagios.

Dirigían las oraciones de la mesa
y el yantar repartían con mucho arte,
para la hija en cinta era la mejor presa
y para ellas quedaba la peor parte.

Tenían miedo de los perros,
de las guerras y de pedreas en la calle;
sabían el dolor de los destierros
y narraban saqueos del tiempo de Lavalle.

Hablaban de milagros y de partos;
iban a la primera misa en trajes de beatas;
zahumaban los cuartos
con magnolias foscatas.

Quemaban en sus pebeteros
perfumes viejos y suntuosos,
o ponían a arder en los braseros
yuyos olorosos.

Tempránito despiertas,
mateaban en los patios y en sus sillas de hamaca,
mientras tanto llegabar de las huertas
humildes vahos de albahaca

Siempre hablaban bien de la gente
con voz tan suave como aroma de alhucema;

y siendo santas, todo lo hallaban excelente:
la conformidad era su sistema.

Vivían intranquilas
por los nietitos y los hijos;
el cariño en sus pupilas
y para todos eran sus cuidados prolijos.

Entusiasmábanse con el elogio
de santos milagrosos; tenían un retablo;
leían con su lente en un viejo eucologio
y hacían la señal de la cruz para el diablo.

Con paciencia de orfebres
labraban nuestra beata eternidad.
¡Aquellas procesiones y los tiernos pesebres
de los días de Navidad!

Sabían las maneras más sencillas
de atraernos con fáciles anzuelos,
y de las madres a hurtadillas
nos daban plata para caramelos.

Eran como madres para las chinas;
las defendían con tesón
de las intemperancias masculinas:
moscas del corazón.

Gustaban las novelas
en que ocurren deslices,

y hacían pucheros las abuelas
en esa parte en que ellos son ¡por fin! tan felices

Las abuelas de antaño eran modestas
y medrosamente sumisas.
No tenían más fiestas
que los sermones y las misas.

Esparcían en las casonas
olor a santidad,
y al lado de ellas todas las personas
se contagiaban de bondad.

Amortiguaban con un toque
de resignación, toda pena,
mas no sin recordar, si era el caso, a San Roque
y a su milagrosa novena.

Si había enfermos graves, decían: no se alarmen
y tengan mucha fe;
me ha oído la Virgen del Carmen
y el Señor San José.

Las abuelitas de antaño,
las abuelitas que hemos visto viejas,
eran del cristiano rebaño
las más buenas y cándidas ovejas.

¡Pobres abuelas, abuelitas santas!
La mía está junto al Señor...

¡Ya no me cantas, no me cantas,
como cuando era chico, el arroró mi amor!

¡Pobres abuelas, santas abuelitas,
descansad en el cámpo santo!
Vayan a vuestras tumbas todas las margaritas
que han florecido de mi llanto.

El eminente Díez-Canedo, que es muy poco pródigo en elogios ha suscrito estas palabras en el prólogo de «Sendero de humildad»;—y refiriéndose particularmente a la composición que hemos transcripto: «Son estrofas construídas sabiamente, pero con una sabiduría que es toda interior, que estriba, ante todo en el disimulo del esfuerzo, fórmula suprema del arte. Y sobre todo, tiene Gálvez idea exacta de la adecuación, porque esas estrofas, de cadencias imprevistas, guárdalas principalmente para aquellas de sus concepciones que ofrecen mayores atrevimientos de expresión. Pudiera calificarse su ritmo de voluntariamente reformado, de caricaturesco, en fin, pero tan dentro del arte poética como puede estarlo dentro de las del dibujo una caricatura de Honorato Daumier. Y prueba de lo voluntario de la deformación, es la fluidez, la ortodoxia de su métrica en otras ocasiones».

Manuel Gálvez es un valor trascendental en la lírica argentina; pero sin duda, no es este el aspecto de mayor relieve en su poliforme y extraordinaria personalidad artística, acreditada principalmente

con su labor de novelista, que puede ubicarse entre la más recia y culminante de América.

ENRIQUE BANCHS

Cualquiera que sea la doctrina estética que se profese, hay que conceder primordial importancia a un factor que sólo puede apreciarse como resultante de otros factores: la armonía, que, en su acepción más pura, es la belleza misma. Condición de estirpe divina, la armonía es la palabra de Dios vaciada en la creación. Descubrirla, sentirla y expresarla es dón de poeta magno, y es lo que hay que alabar en la obra de Enrique Banchs, obra de alcance vasto por su tendencia ideológica nutrida de suaves insinuaciones.

Con palabra sutil pondera así la preñez del reposo:

La estrella es reposo: su lumbre que llega
apenas se mueve. Por eso es tan suave,
por eso no turba, por eso no ciega,
por eso parece pupila de ave.

Reposo es la idea. La frente que piensa
no hace ruído. Tampoco la entraña
cuajada de amores que agolpa la intensa
pasión del futuro, la gesta y la hazaña.

En esta tendencia de Enrique Banchs a la serenidad, no hay el propósito preconcebido de asemejarse a los griegos. Su actitud corresponde a su idiosincracia, y al sentido espiritual que él advierte en el universo, Esto no impide que Banchs sienta tambien el fervor de las exaltaciones seráficas, y que haga «Elogio de las proras atrevidas»...

... que en el mar sonoro dejan largas heridas,
salpicadas de hazañas, cual chispazos tremendos
al golpe de la gloria.

Pero, cualquiera que sea el asunto tratado por Banchs, su voz resulta siempre asordinada; no gusta de elevar jamás el diapasón. Cantando grandes cosas, su palabra es siempre sencilla, suave. Se ve que está más a gusto en el regazo de un valle que en la cúspide de una montaña.

Porque mi corazón es trashumante
y desasido está de casa y pena,
y sube a mi pupila, y cual diamante
que brilla a una luz suave, la serena;

y porque ama vagar desde el menguante
hasta el creciente, y porque tiene cena
de rocío, de aire y del fragante
ritmo que en los caminos baila y suena:

yo me parezco al perro vagabundo

que hace su siesta al sol bueno y fecundo,
y al despertar, enorme de ilusión,

mira el manso paisaje largamente
para que la quietud que tiene al frente
se le vaya enredando al corazón.

FERNÁN FELIX DE AMADOR

A la aristocracia del espíritu, se suma en Fernán Felix de Amador la aristocracia del sentimiento y de la palabra. En sus comienzos, se dió a las solicitaciones del simbolismo; más tarde aspiró el aire místico; tuvo después asomos de panteísmo; pero cualquiera que haya sido su predilección, el poeta ha mantenido siempre la excelencia de su alcurnia lírica.

La sensación vulgar es siempre el grito,
y el dolor el más hondo una sonrisa:
subamos en silencio al infinito,
como sube la pluma por la brisa.

El gris es el color por excelencia
—el otoño, la tarde y la beguina—
el color del silencio y de la ausencia
y el humo de la lámpara divina...

La distinción está lejos del ruido,
yo no tengo diamantes ni los quiero,
pero he llevado un ópalo escondido
en mi mano enguantada con esmero.

Este es el momento en que la voz del poeta cristaliza sus emociones. Amador ha sentido la tortura de grandes aflicciones íntimas y ha paladeado la sal de la tragedia que destila de su «Vita abscondita». Es un poeta dilecto, hondo, afinado, que ha ido purificando su voz en cada nueva canción, y haciéndola cada vez más precisa, «cogiendo el ritmo fundamental, teniendo el oído atento a la música interior del período que se amolda a las imágenes de la concepción orgánica de la vida y del mundo, buscando «au delá» la gran palabra de la verdad inmutable».

Pocas palabras precisa
mi voz para hacerse oir
Lágrima vuelta sonrisa
no es menester traducir.

Un mérito más tiene la obra de Fernán Felix de Amador—la obra definitiva de su segunda época.—Es una obra exenta de contagios, porque Amador no tardó en reaccionar contra las escuelas, alumbrado por su llama propia: intangible y abrasadora llama lírica que enciende las palabras de sus Baladas y

que da fisonomía original al verso, modulado siempre con mesura, en su amado tono menor.

Un vivir esotérico y funambulesco,
otoño en primavera, a media noche el sol,
cuatro ilusiones blancas en un círculo fresco
y caminos de nieve esmaltados de sol...

Vaguedad, vaguedad... divagar, eso es todo,
marcar con cada dedo un propósito azul'
y hacer arte con nada, y hacer alma con todo
y cortar mariposas en un papel azul.

Todo es símbolo claro y hasta lo malo es bueno,
guarda el alma del mar un simple caracol,
y la tiniebla esconde mil astros en su seno...
No hay una cosa fea bajo la luz del sol...

Una piedra de arroyo brilla como un diamante,
si el ojo tu alma la sabe transformar,
y la tierra se vuelve siete veces fragante
para aquel que en su tiempo la ha sabido sembrar.

Que el abanico amable de la filosofía
vuele las mariposas blancas de la ilusión,
como aquel transformista de la japonería
que con un papelito nos hizo un corazón.

RICARDO ROJAS

La personalidad de Ricardo Rojas es formidable, tanto por su privilejiado vigor intelectual, cuanto por la ductibilidad de su entendimiento y los ricos matices de su sensibilidad. Aúnase a esta extraordinaria contextura moral, el macizo caudal de su cultura tan amplia, tan firme, tan bien orientada, y aúnanse también su diáfana potencia razonadora, que lo trueca en filósofo, y su innato sentido estético que lo convierte en poeta.

El talento de Ricardo Rojas maduró en plena juventud, y antes de trasponer la cuarentena, era ya un valor definitivo y consagrado en las letras americanas. Más aun, consagrado por el sufragio unánime de toda la crítica de lengua castellana.

A la fecha, sin tocar todavía el medio siglo de vida, y con veintisiete años de nutrida y valiosísima labor literaria, Ricardo Rojas es un prestigio impuesto sin discusión ante la conciencia colectiva. Su designación de Rector de la Universidad de Buenos Aires, tuvo su génesis en la fuerza de esa conciencia que lo ungió maestro por excelencia; y así el crisma estaba ya en su frente, cuando le llegó la investidura.

Pero, aquí sólo nos corresponde considerar a Ricardo Rojas poeta, advirtiendo que su propia declaración sintetiza mejor que cualquier comentario la calidad de su vena lírica:

Mística, humana, confusa,
misteriosa, poliforme,
trágica, triste y enorme,
como la vida ,es mi Musa.

En realidad, la inquietud poética de Ricardo Rojas ha entrado por las «siete puertas», y, con rara suerte, ha logrado hacerse oír. Significa esto que su palabra tiene amplitud de registro y que puede llenar todo el pentágrama, y significa que su valorización no reside únicamente en el mérito formal y artístico de su obra, sino en la excelente materia prima de la construcción.

Tiempo que vas pasando como un río
junto al árbol tenaz de la ribera,
linfa constante de agua pasajera:
yo soy un árbol de tu cauce umbrío.

Caen las hojas en las aguas,
y al dejar el nostálgico ramaje,
se van para un quimérico viaje
con el lento bogar de las piraguas.

Y al promediar la noche taciturna,
baja una estrella en medio de la fronda,
a esconder sus tesoros en la onda,
como una blanca náyade nocturna.

Pasa la vida lenta, hora tras hora,
y en la noche de invierno sólo queda

un fantasma callado en la arboleda,
y en el agua una estrella tembladora.

Yo te daré todo el follaje mío,
guárdame tú hasta la hora del invierno
la fiel estrella del amor eterno,
tiempo que vas pasando como un río,

Hay belleza arquitectural y riqueza de concepto y de emoción, y esta riqueza es lo que particularmente singulariza la poesía de Ricardo Rojas, aprestando su armadura para mayores empresas.

Pletórico de amor por su patria y pletórico de fe en el porvenir fraternal de América, en su «Oda de las banderas» ve como, junto a la bandera azul y blanca,

iban con ella en fraternal cortejo
las cien banderas de las otras patrias...

Y con exaltado lirismo, presiente entonces la grandeza americana:

Nuevas cepas de Dios aquí se crían,
nuevo lagar del Sol aquí se cava;
la añeja vid, plantada en nueva tierra,
vierte su vino en renovadas ánforas.

Comulgamos con el poeta en tan santa creencia; pero, sin duda que, para realizar ese ideal, hacen

falta muchos hombres de su calidad y de su fervor, que entrevean aquella

Visión que en el azul del cielo funde
la serena concordia de las almas.

En su «Sonata del tiempo pasado», nos seduce este bellísimo «Intermezzo»,

Sobre mi brioso Lobuno,
brioso y hermoso cual ninguno,
sentía un ímpetu de guerrear,
y tal anhelo de galopar,
y ansias tan locas de volar.
que espoleado por mi contento,
devoraba en su fuga el viento,
y a transportes de la alegría,
mi infancia se engrandecía
bajo la aureola lírica del día!

El Cid seguido por las huestes infanzona,
y armado de la mágica Tizona,
cuyo reflejo aún brilla,
no fué más grande sobre su Babieca,
conquistando la tierra seca
y ancha de su Castilla.
¡Tal vez me iguala Don Quijote,
hollando estrellas de su lanza al bote,
sobre la grupa de su Clavileño!
(Mas don Quijote pálido, quizás me igualara,

porque en su Clavileño y en la proeza preclara
se reveló el más alto paladín del Ensueño.)

Joven Centauro en el divino lampo
de la luz matinal, cruzaba el campo.
Ebrio de las eglógicas fragancias
que envían del monte;
y hubiera sido otro Belerofonte,
por mi corcel y por mis arrogancias.

Después me vino el triste dón del canto,
dón angustioso de ficción y llanto,
y comprendí lo que era la Quimera.
Y comprendí que mi Lobuno, acaso,
había sido mi primer Pegaso,
y una lírica hazaña su carrera...

CICLO CONTEMPORANEO

(1915-1930)

ARTURO CAPDEVILA

Es indudable que en la gran fábrica de la Vida se van construyendo los caracteres, y aún moldeando el temperamento y la sensibilidad. Pero tam-

bién es indudable que cuando la Vida logra resultados tan definitivos en cualquier sentido que se oriente es porque ha encontrado muy bien dispuesto lo natural y genuino, y este es el caso de la fuerte propensión hacia lo trágico que se advierte en Arturo Capdevila, poeta admirable que entra impávidamente en el misterio, en el abismo, en todo lo insondable, y que luego llena de estremecido pavor sus ánforas líricas para vaciarlas con soberano deleite artístico.

Pero, sin la tragedia, sin la llaga y la herida,
sería algún suceso muy mísero la vida...

Esta es la profesión de fe del gran poeta de «Melpómene» que gusta de ofrecer su mano sabia para conducirnos por los senderos tétricos, y compartir la emoción desgarradora que ha aprendido a desafiar con coraje y a resistir con serenidad. Por esto Capdevila con su verbo trágico no contamina desaliento, sino que crea esperanzas y enciende bríos. Sus estremecimientos son rotundos, sin que flaquee el espíritu, ni desfallezca la voz.

Ayer, cuando tornaba del camposanto ¡oh musa!
con la cabeza baja, con la razón confusa,
y con los ojos llenos de lágrimas, estaba
junto a mi umbral, la Muerte.

Me dijo:—Te esperaba.
Se deslizó conmigo por el zaguán obscuro
palpando, como una ebria, los zócalos del muro.
Cogióme de la mano. Me estremecí de frío.
Abrimos las dos puertas de un gran salón vacío,
—No, no es aquí; sigamos...
Seguimos, poco a poco,
abriendo puertas, puertas...
Y no era allí tampoco!.
Atravesamos juntos el patio. Anduvo... anduvo..
Iba... tornaba... iba... tornaba... Se detuvo.
Era la alcoba donde mi madre balbucía.
Entre sus nobles manos brillaba el crucifijo.
La Muerte, en una mueca letal:
Aquí es, me dijo.
—¡No! ¡No entres!—clamaba mi súplica—¡No
[entres:
¡Ciega te vuelva el Cielo para que no la
[encuentres:
¡Y mi rencor te muerda! ¡Y mi dolor te ladre!
—Pero ella entró, y ahora yo ya no tengo
[madre...

Como se ve, su dolor es viril, y no recurre jamás al tono plañidero, a pesar de las lágrimas caudalosas que suelen salir de sus ojos.

¡Los signos se cumplieron! ¡Oh, sabed la indecible
palabra, la siniestra palabra, la terrible
palabra, hermanas mías!

[Nuestro padre agoniza...
Y llorasteis. Lloramos. Una fría ceniza
de realidad deforme, nubló las resolanas
de la ilusión. Tocaron a muerto las campanas.
Y fué la hora vacía, crepuscular, horrible
de su muerte! Y fué el vuelo
[silencioso, intangible,
de su espíritu enorme, santo... infinitamente
santo, puro y enorme! Y fué que, frente a frente
del misterio, quedamos desolados, heridos,
cogidos de las manos como niños perdidos
en un bosque, de noche, cuando todas las cosas
dan miedo en las profundas
[tinieblas clamorosas!

Hay también en Capdevila un sentido místico que fluctúa entre la impasibilidad búdhica y la resignación cristiana, y este sentido ilumina su comprensión, haciéndole decir:

El que quiera paz en la muerte,
que la halle en la vida.
Sólo rige en la ley de la suerte
la propia medida.
El que quiera silencio en la tumba,
llévelo ganado.
En la muerte se alarga y retumba
lo que ya ha sonado.

El que quiera encender el abismo,
borrar el pecado,

ilumínese y sea lo mismo
que cielo estrellado.

El que quiera la gloria en el cielo,
hallar al Señor,
viva y muera vibrando de anhelo,
ardiendo en su amor!

Pero no se detienen en esta órbita las inquietudes psíquicas de Capdevila, que aparece iniciado en el sabeísmo, proclamando una nueva exégesis del «Cantar de los Cantares» en que desaparecen el epitalamio teológico y la existencia real de Salomón y de la Sulamita, para dar entrada a los amores gigantescos de la Tierra y el Sol.

Mas, cualquiera que sea su rumbo piscológico, Arturo Capdevila mantendrá inmutable su estructura de poeta mayúsculo, producto de selección clásica y romántica... romántica, a pesar del gracioso desdén con que Capdevila ha llamado a los románticos: «peluqueros de la tristeza...»

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

Junto a su devoción por la forma lapidaria, se descubre en Rafael Alberto Arrieta una excelsa aspiración de pureza ideológica y de pureza emotiva.

Serenidad, honda fuente;
en tu espejo cristalino
muéstrame casi divino:
silencioso y transparente.

Consecuente con esta aspiración, Arrieta, peregrina suavemeute, silenciosamente, por los senderos más plácidos de la naturaleza y del corazón. Es un viajero ilusionado, con la retina construída para reflejar sólo los aspectos armoniosos del paisaje natural y del paisaje espiritual. Nada áspero, nada torvo, nada que meta ruído entra en su divino reino; y con todo esto ¡cuán honda emoción tiene la palabra mansa de este maravilloso poeta que posee el dón de transmutarse en su inefable recogimiento:

...iba el peregrino,
tendida las alas de su pensamiento;
dábale el camino su alma del momento
y él daba el momento de su alma al camino

En la modalidad artística de Rafael Alberto Arrieta, hay que anotar también el privilegio de entonar de belleza las cosas más leves y de decirlas con la diáfana sencillez con que cantan los pájaros o con que cae la luz de la luna.

Eramos tres hermanas. Dijo una:
«Vendrá el amor con la primera estrella...»
Vino la muerte y nos dejo sin ella.

Eramos dos hermanas. Me decía:
«Vendrá la muerte y quedarás tú sola...»
Pero el amor llevóla.

Yo clamaba, yo clamo: «¡Amor o muerte!
¡Amor o muerte quiero!
Y todavía espero...

Hemos hablado del recogimiento de este poeta; pero en esta actitnd suya no hay avaricia. Muy al contrario, Arrieta experimenta una loable fruición en el reparto de su tesoro emotivo, y es santo y bello su ideal de fraternidad espiritual:

Mi vecino, al pasar esta mañana,
me dió los buenos días y dejó en mi ventana
tres rosas de su huerto, fragantes, deliciosas,
húmedas de rocío. Desde un cristal, las rosas,
cual tres imaginarias, ideales
cabezas fraternales,
sobre mi mesa asisten a mi trabajo. Siento
el solitario apoyo de su aliento
común en que la idea se perfuma
de bondad, y, al surgir, besa la pluma.

¡Oh, clara, fresca suave compañía
que me hizo bueno en todos los
[actos de este día:
pues fué mi corazón como una fuente,
pródigo, musical y transparente;

fluyó en mis palabras recóndita dulzura;
ni la violencia ni la crispatura
mancharon el espíritu o la mano
llenos del oro del cariño humano,
y ¡oh noche! en esta hora bella y santa
del ensueño, mi amor se aviva y canta.

Vecinos: si los hombres supieran obsequiarse
con rosas de su huerto al saludarse,
si al pasar como Ud. esta mañana,
nos dejáramos todos la flor en la ventana!
¡Cordialidad sencilla, propósito clemente,
comunidad viril en la belleza!
¡Armonía del músculo, la frente
y la delicadeza!

Rafael Alberto Arrieta es uno de los valores más netos, no sólo de la lírica argentina, sino también de la lírica castellana.

ALFONSINA STORNI

Nuestro novecientos, particularmente en las dos últimas decenas transcurridas, ha tenido la suerte de aportar los nombres de mujer más eminentes en la poesía de América. Entre ellos, el de Alfonsina Storni, temperamento inflamado y potente de hembra atormentada y de poeta bravío, audaz, con

el instinto lanzado a campo razo, y que sólo aplaca sus ímpetus en el regazo del amor soberano.

Soy suave y triste si idolatro, puedo
bajar el cielo hasta mi mano cuando
el alma de otro al alma mía enredo;
Plumón alguno no hallarás más blando

Ninguna como yo las manos besa,
ni se acurruca tanto en un ensueño,
ni cupo en otro cuerpo, así pequeño,
un alma humana de mayor terneza.

Muero sobre los ojos, si los siento
como pájaros vivos, un momento
aletear bajo mis dedos blancos.

Sé la frase que encanta y que comprende
y sé callar cuando la luna asciende
enorme y roja sobre los barrancos.

Afonsina Storni permanece encandilada frente al amor, y quien siga las pulsaciones de su obra poética, tendrá que pasmarse ante esa llama perenne, infundida en sus entrañas. Estupenda estructura de mujer tan enhiesta en sus ansias y tan mujer en su infatigable estremecimiento emocional. Su poesía es una expresión desnuda de su alma: belleza natural, innata; la belleza de Eva antes de la hoja de parra. No le alarma entregar su sinceri-

dad, y no le alarma porque su conciencia estética está sobre su conciencia moral, y sobre todo eso están el torrente del dolor, el aguijón del deseo, el tormento de la propia vida,

Yo danzaré como la tierra, pura
como la tierra, yo seré un tesoro,
Y en darme pura no hallaré desdoro,
que darse es una forma de la Altura

Su corazón ha sido leña propicia y fragante en los holocaustos del amor; leña sacra que no ha podido consumirse, que no se consumirá jamás, porque su resina fluye inagotable, y, aunque Alfonsina Storni piense que ha vivido siete veces toda su vida, imperiosamente tendrá que exclamar apenas florezcan las rosas de una nueva estación:

¿Con quién me has confundido, oh precoz pri-
/mavera
de mi año treinta y uno? ¿Con un tronco rosado?
¿Porque has visto mi cuerpo en el campo parado,
creiste que era un árbol o alguna enredadera?

¿Confundiste mis ojos con dos flores de
/cardo?
¿Mis cabellos con alguna dorada pelusilla?
¿Con un fruto ligero mi apagada mejilla,
y mi Coty con una emanación de nardo?

Pues como si raíces fueran mis talones,
tu savia de setiembre me sube a borbotones
y me inunda las venas de lenguajes diversos.

Y planta humana al cabo, por el abierto poro
de la piel sonrosada, en guirnaldas de oro,
se escapan y me cubren los alocados versos

Lo que principalmente seduce y encanta en Alfonsina Storni es esa «savia de setiembre que le sube a borbotones» y que revienta en tantas flores capitosas y bellas, flores de lujurioso prado abierto al viento y al sol. Hay que aplaudir la sinceridad emotiva de esta mujer que destaca radiante su cuerpo lírico sobre la mole verbalista que ha ido creciendo con tanto afán literario que resulta vácuo.

¿Quién eres tú, el que tiene en los ojos lejanos
el brillo verdinegro de los muertos pantanos,
en la boca un gran arco de cansancio altanero,

y a mi pesar arrastras, colgante de tu espalda,
como un manto purpúreo o una roja guirnalda,
por la ciudad del Plata mi corazón de acero?

HECTOR PEDRO BLOMBERG

En la poesía de Hector Pedro Blomberg triunfan la línea descriptiva y el evocativo color. Cada boceto lírico aparece tan bien entonado, tan vivo, tan

lleno de sugerencias, que las figuras toman relieve y distancia, y, como en los paisajes de buenos maestros, el cuadro adquiere atmósfera y las cosas aportan su calidad propia.

Vieja marcha de circo, a cuyos sones
danzan sobre la arena los caballos
y sonríe la frágil prestidigitadora;
y se animan los rostros atezados
de los encantadores de serpientes,
y apura la cerveza de su vaso
y se vuelve a sus fieras,
el rubio domador de los leopardos.
El viento está jugando con la lona,
y se disloca en imposibles saltos,
con su brisa inquietante,
el clown inglés que siempre está borracho.
Suena, marcha de circo. En el pasillo,
lleno de sombras y de olores vagos,
la esbelta italianilla que baila en el alambre
mira con ojos húmedos y trágicos
la silueta gentil de la amazona
que le robó el amor de su payaso.

¡Oh, vieja marcha, suena más ligero,
que mañana temprano
se va el circo a otro pueblo, con su canción
[errante
y la trágica risa del payaso!

La memoria imaginativa de Blomberg, cargada de visiones cosmopolitas, guarda particularmente los panoramas del mar que el poeta ha aprendido a comprender y a amar, ansioso de entregarse al viaje eterno y lontano de las olas.

Llévanos para siempre, viejo océano,
a nosotros también, como los restos
de los buques hundidos,
como el viento las hojas,
como el tiempo el Recuerdo. Ven y llévanos
con nuestras esperanzas inmutables
y con nuestros dolores infinitos.
¡Llévanos para siempre!
Somos también los buques vagabundos;
un día fuimos árboles
y sentimos pasar la primavera;
nuestro ramaje se cubrió de flores
y nuestro corazón retoñó en frutos.
Fuimos también como los buques. Fuimos
bajo la gloria y el cantar del viento,
en una fiebre extraña de avatares,
a los climas soleados y a los puertos,
tendidas nuestras velas
al viento de la Vida.
Somos como los buques. Por nosotros
pasaron cual fantásticos viajeros,
viajeros que no vuelven,
la ilusión, el amor y la esperanza.
Somos como los buques, buques viejos,

encallados aquí entre las rompientes,
y llora en nuestras almas la resaca.
Las borrascas, los vientos,
desmantelaron los errantes cascos;
la marea adormece
nuestras obscuras almas solitarias,
y las maderas carcomidas, gimen
en las noches de luna...

La belleza de estos versos de Héctor Pedro Blomberg, ideológica y formalmente considerados, es real y suprema belleza que nos comunica su intensidad meditativa y su emocionado temblor, mientras «llora en nuestras almas la resaca»... y las maderas carcomidas del viejo buque que somos «gimen en las noches de luna»...

JUAN PEDRO CALOU

En 1923 se desvaneció la vida humana de Juan Pedro Calou tan solitaria y silenciosamente como la había vivido, porque fué huraño a toda expectación y porque entregado a su actividad mental en forma intensa y constante, consiguió desprenderse de todas las vanidades del mundo. Su filosofía era amarga, como la del Eclesiastés, y como el rey Salomón pudo mirarse hasta lo más recóndito de su propia alma. De ahí su esquivez al ruido,

a la multitud, y el rictus desdeñoso que llevaba en su rostro pálido y fatigado.

Calou tuvo siempre una clara conciencia de su responsabilidad artística, y su obra, original y fuerte, acusa, en todo instante, una perfecta honradez. Si en su hora prístina padeció alguna desorientación, relámpago fué su fragilidad.

Yo también, traspasado por la literatura,
distraía en la rosa mi tarde de amargura,
cuando debí sentirme todo negro y amargo,
abrir los turbios ojos y pensar a lo largo...

«Conociendo su obra—dice Rafael de Diego—se llega a la convicción de que tenía siempre presente a la humanidad y que se dirigía al corazón de todos los hombres, pues su palabra tiene el eco de la voz que es de todos los tiempos».

.....

¡Yo soy el creador de aquella ráfaga
que ha encorvado un clavel! ¿Sabeis vosotros
que el perfume es el aire enamorado?
Lo primero que Dios creó fué el soplo!

Quiero danzar, hermano Zaratustra!
Cual insecto de luz cruza el aroma,
soy una exhalación de férvido oro,
temblando sobre el mundo de las formas!

La verdad, el amor, la muerte, dime:
¿cómo podrían vivir en este espíritu
que, a fuerza de desprecio por los otros,
ha llegado al desprecio de sí mismo?

. . . . . .

Rompí la aguja hueca de mi ciencia...
¡Ya no tengo razón! Danzad, hermanos,
que no os diré las leyes de la vida,
porque es decir las de la muerte, y callo.

El amor, el dolor, todo enmudece
al vértigo eficaz cuando se danza;
sobre el desmayo rítmico del músculo
excesivo de gloria, rueda el alma!

¡Sacadla, sí, sacadla de vosotros!
Sed una epifanía de la fuerza
sed, ya que no podeis ser otra cosa,
la exaltación celeste de las venas!

Cultivad las magníficas posturas,
sed un relieve trémulo, sed mármol
si en medio de la danza vuestro cuerpo
da en la línea apolónica del arco!

Porque también se espiraliza el alma
bajo el rigor geométrico del músculo,
eternizad los miembros en un círculo
y el alma se arqueará por sobre el mundo!

Quiero danzar, hermano Zaratustra;
hermano Zaratustra, ruega ahora
que me muera en la danza cuando el cuerpo
sea un bajo relieve de la gloria!

PEDRO MIGUEL OBLIGADO

Sin complicaciones, sin malabarismos, sin utilería escénica, Pedro Miguel Obligado es un poeta bizarro que ha encontrado vereda propia y que por ella camina con paso firme y tranquilo. Su verso es meduloso, elástico, cambiante. Obligado es primordialmente un emotivo y un sensitivo; pero con el buen sentido de no conceder vacaciones al pensamiento. Posee la ciencia de encontrar la urdimbre de las cosas y el secreto de los más finos tejidos psicológicos.

Mientras muere el día,
llueve.
Es una agonía breve.

La ciudad se queda abrumada
con la tristeza de la hora.
La lluvia no dice nada,
y llora.

Es una emoción bien nítida la que fluye de su bellísima oración «A un muerto desconocido»:

En la caja negra duermes sin recelo,
entre dos hachones
que lloran tu duelo
y que se dirían dos admiraciones...

Duermes sin recelo, como dormirías
siendo niño; es madre la muerte, también;
sentiste un descanso que no conocías,
y en un pecho helado dejaste tu sien.

Para siempre duermes en la eterna cuna;
tan blanca, tan blanca la rígida cara,
como si tu alma, que ha ido a la luna,
la luz de ese mundo en tí reflejara.

¡Qué humilde tu muerte! Algunas vecinas
te rezan; no tienes ni llanto ni galas;
que sólo hay en la puerta dos leves cortinas
que son como alas...

¿Dónde está tu madre que no está a tu lado?
¿No tuviste hermanos? ¿No hallaste un amigo?
Nadie te quería, nadie te ha llorado:
has muerto lo mismo que un viejo mendigo.

¡Tus manos te adornan! caídas cual rosas
encima del pecho;
y duele la idea de todas las cosas
sencillas y buenas, que ayer habrán hecho.

No sé tu pasado, no sé lo que has sido.
¿Buscaste la dicha, la gloria o el oro?
No importa: eres noble, puesto que has sufrido
y eso sí, tu inmensa soledad no ignoro,

No ignoro que viendo la muerte cercana,
buscaste la almohada caliente de un brazo;
llamabas ¿no es cierto? a un alma lejana
para que te diera la fe de su abrazo,

Y no vino nadie: y al dejar el suelo,
cuando un ángel vino para preguntarte
con qué ser querías estar en el cielo,
¡no halló tu recuerdo quien pudiera amarte!

Hermano: quisiera poner en tu mano,
lo mejor que tengo, que es mi corazón,
para que supieras de algún ser humano
que ha dejado triste tu separación.

Hermano, si puedes, sé bueno y espera
mi última hora, y llora por mí:
tal vez yo no encuentre nadie quien me quiera,
y tal vez me muera, como tú, así...

RAQUEL ADLER

Un largo soplo místico anima los primeros años líricos de Raquel Adler; un fervoroso acercamiento al Amado intangible y eterno. Acertada expre-

sión de este sentimiento son, principalmente, los versos de «Místicas» que, por su intención y por su acento, denotan un preclaro abolengo bíblico.

Dios en mí ha encendido la más agradable lla-
[ma;
Poder indestructible del tiempo que la inflama;
Dios en mí ha invertido tantos dotes humanos,
que a través de los siglos se tornan sabrehuma-
[nos.
El en mí ha infiltrado la más gran maravilla:
vibrar con toda vida, brillar con lo que brilla.

Pero, en este abolengo bíblico hay precisos resabios panteistas que extralimitan su acendrada creencia en Dios, en el Dios creador inconfundible con su obra creada. Su misticismo es más bien espiritualismo, y así «apasionada y lírica, sintiendo en lo íntimo la mordedura del misterio, ha dado en cantar cosas del espíritu, profundas cosas de la Divinidad».

No logra, sí, Raquel Adler mantenerse mucho tiempo en su vigilia mística, y su oído empieza a deleitarse con la canción de la Vida y sus pupilas se abrillantan con la coruscante primavera.

Tocad a fiesta!
Que ya mi corazón ha despertado
de aquel letargo en que se hundiera otrora.
Mi corazón que se esquivaba tanto

y dudaba, dudaba,
ríe y se expande todo alborozado.
Dice su suerte al que a su vera pasa,
y de su dicha ufano,
quisiera confundir cielos y tierras
en un común abrazo

De austero y solitario que fué entonces,
el corazón ya se me ha vuelto humano...
¡Llegaos en alegres caravanas;
llegaos todos ya que sois hermanos!
¡Que vuestros labios digan alabanzas!
¡Qué entonen vuestras almas aquel canto
con que vosotros celebrais el día
de vuestra dicha, goce soberano!
¡Tomaos de la mano, y una ronda
haced en torno mío como un lazo!
Ya que todo en la vida me sonríe,
ríndase ante el amor aprisionado
el corazón que vibra, canta, ríe,
el corazón que se me ha vuelto humano...

¡Tocad a fiesta,
que ya mi corazón ha despertado!

Este júbilo de Raquel Adler es santo júbilo humano, y hay que alabar ese despertar de su corazón, pues, así su canción ha cobrado verdadera fuerza emocional, acentuando su admirable fisonomía lírica.

BALDOMERO FERNANDEZ MORENO

De la poesía de Fernández Moreno brota caudal tan limpio de sinceridad, que fácilmente conquista nuestra emoción. Es un poeta uncioso, que con incontaminado amor se acerca a las cosas, y después de alargar y ahondar su mirada sobre ellas, les echa su lírica bendición. Es un airoso romántico siglo XX, con un rico patrimonio de ensueño, de dolor, y de esperanza, que reparte generosamente en sus versos, con suave y alegre resignación.

Soñaba con un palacio,
al palacio renuncié
Con una humilde casita,
a la casa renuncié...

Siquiera un cuartito mío,
misterioso, a media luz...
No te faltará, poeta;
tendrás un lindo ataud.

Eso es: Fernández Moreno podrá renunciar a todo, incluso a su profesión de médico, menos a soñar y a cantar, porque nació con el «regalo de Dios», que llamaba Darío, la Santa Lira heptacorde, y no ha podido soltarla de las manos.

Estoy solo en mi casa,
bien lo sabes, y triste como siempre.

Me canso de leer y de escribir;
necesito verte...

Ayer pasaste con tus hermanitas
por mi casa, con tu traje celeste.
Irías a comprar alguna cosa...
Ganas tenía yo de detenerte,
tomarte muy despacio de la mano
y decirte después, muy suavemente:
—Sube las escaleras de mi casa
de una vez para siempre...
Arriba hay fuego en el hogar;
adereza la cena, tiende,
sobre la vieja mesa abandonada,
el lino familiar de los manteles,
y cenemos...
La noche está muy fría, corre
[un viento inclemente
sube las escaleras de mi casa
y quédate conmigo para siempre.

Y quédate conmigo simplemente,
compañeros, desde hoy en la jornada.
Llegó la hora de formar el nido,
voy a buscar las plumas y las pajas...

Tendremos un hogar, dulce y sereno,
con flores en el patio y las ventanas;
bien cerrado a los ruídos de la calle
para que no interrupan nuestras almas...

Tendrás un cuarto para tus labores,
¡oh, la tijera y el dedal de plata!
Tendré un cuartito para mi costumbre,
inofensiva, de hilvanar palabras...

Y así, al atardecer, cuando te encuentre,
sobre un bordado la cabeza baja,
me llegaré hasta tí sin hacer ruído,
me sentaré a tus plantas,
te leeré mis versos, bien seguro
de arrancarte una lágrima,
y tal vez jueguen con mi cabellera
tus bondadosas manecitas blancas.

En tanto pone el sol sus luces últimas
en tu tijera y tu dedal de plata.

Cedamos la palabra a Roberto F. Giusti,—comprensivo y agudo talento crítico: «El poeta no desdeña ningún asunto, para él no hay prosa que valga. El arte transfigura los objetos más viles, y Fernández Moreno es artista. Rarísimos son en él los rasgos de mal gusto. Siendo un romántico, es conjuntamente, acaso por eso mismo, un humorista: comienza a veces por mirar las cosas con sonriente solicitud, y concluye por llorar con ellas, sacando de todo motivos de emoción y con frecuencia desconsolados lamentos sobre la propia suerte».

ALVARO MELIAN LAFINUR

Mas vasta que su obra poética, es la sesuda labor crítica de Alvaro Melián Lafinur; pero la corteedad de aquella se compensa con su excelente calidad lírica, reveladora del amplio, y vivo, y rico temperamento del poeta, y se compensa con la belleza arquitectónica de sus poemas. Tiene el arte de saber enfocar y posee el secreto de sugerir. Fruto es esto de una gran fineza persceptiva que desentraña la esencia de las cosas.

Para escapar al canto falaz de las sirenas,
Ulises, a la antena del navío amarrado,
salva el sitio engañoso donde el mar sosegado,
deja oir el hechizo de las voces serenas.

Inutilmente en torno las dulces cantilenas
dicen la audaz promesa de un deleite ignorado.
El héroe sonríe por su astucia salvado.
Todo funesto impulso detienen sus cadenas.

Ah! quién sujeto al mástil del ideal, pudiera
bogar hacia una Itaca de ensueño y de quimera,
alzado en la cubierta de la nao atrevida,

resistir al reclamo tenaz de las pasiones
y entre el capcioso encanto de sus vagas cancio-
[nes,
atravesar indemne las ondas de la vida.

La forma correcta y diáfana de estos versos, denota el sentido clásico que orienta siempre la intención poética de Melián Lafinur; clasicismo que no significa apego a modalidades determinadas, ni corresponde a predisposición arcaica, pues entre las más características condiciones de este poeta, es preciso reconocer su independencia estética y su modernidad.

Además, Melián Lafinur es un poeta que sabe caldear sus palabras y que responde a la verdadera finalidad artística que no sólo consiste en experimentar emociones, sino en comunicarlas.

En «La Confesión», que tiene la trascendencia de un poema y la melodía de una orquestación, el poeta sabe decir tan bellas cosas como éstas:

Mi labio está en silencio, pero mi alma te nombra...
Eres la sola estrella que esclarece la sombra.
La mano que me guía propicia y bienhechora
y la única alondra que aún anuncia la aurora.
Pasas toda de blanco por mis sueños... Pasas
nimbada por dorado resplandor y me abrazas
con tu mirada, llama que funde el duro hielo
del hastío, y transforma mi inquieto desconsuelo
en una inenarrable serenidad. Tu ignoras
todo el bien que derrama tu presencia en mis
[horas.

Es un amor que está sobre toda su humana voluntad; que lo domina, lo estremece y lo vence.

Yo he querido borrarte de mi ser. He querido tender sobre tu imagen la niebla del olvido. Abolir el ensalmo que a tu vida me aduna, romper el sortilegio y hacer que fueras una extranjera a mi alma. Pero fué en vano, en vano: el amor es divino y mi esfuerzo era humano.

ROSA GARCÍA COSTA

Entre los méritos que Rosa García Costa puede aportar como poeta, que son muchos y excelentes, está el de su pureza emotiva. En sus versos no hay ansiedades vampirezcas, ni estertores patológicos. Pero esto, claro está, no impide que el amor inflame su corazón y se esparza en sus cantos. Ella ama, se apasiona, se estremece; pero, como si en el mismo instante le brotasen alas, su espíritu se eleva sobre la tierra.

Consagración de amor, ofrenda plena,
dulzura de ser tuya de ser buena
¡santa fe de quererte hasta en la muerte!
Seguridad de que estás en mi suerte
el principio y el fin, la luz, el Todo:
(¡Y nunca podré verte de otro modo!)
Amor de amarte con tal ceguera:
cierro los ojos y ya vivo en Tí.
¡Hondo anhelo sin fin de quien espera
la Eternidad para adorarte allí!

Considerado este solo aspecto de su obra, Rosa García Costa presenta una fisonomía casi exclusiva; pero a su tendencia espiritualizante, hay que sumar su acendrado lirismo, su nobleza verbal y el grano de filosofía que siempre diluye en su expresión poética.

Yo quisiera pasar ante la Vida
con la pupila impávida y serena
y en el semblante una sonrisa buena

Pero, a veces, me siento cohibida
y mis ojos se bajan dulcemente,
como cansados de mirar de frente.

Ardiente y pura voz del espíritu dilecto de Rosa García Costa son las estrofas tan hondas y tan férvidas de su «Profecía»:

I.—Con mis labios humanos, trémulos del divino
fuego que mata y crea, digo la profecía:
¡al amparo del signo supremo del Destino
he de hallarte algún día!

Lo mismo que dos símbolos errantes, nuestros seres
se buscan. Han de hallarse. Lo dice mi impoluta
boca. Tú eres un mundo cuya ruta es mi ruta,
como yo soy un verso cuya rima tú eres.

¡Qué voces inefables no sentiré cantar
en el fondo más hondo y obscuro de mi vida,
el instante en que a tí se abandone, rendida
y en la tuya se infunda, como un río en el mar!

II.—Cuando la noche divina
de plata las cosas vela,
las palomas de mi ensueño
tienden sus alas de seda.

Tienden sus alas, y el ritmo
de su vuelo va en las huellas
invisibles de la Luna,
de los astros en la senda.

Y los lejanos azules
surcan, raudas y serenas,
dorada el ala de nieve
con polvo de las estrellas.

Vuelan mis palomas albas.
¡Sí supieran, si supieran
en qué lagos de la nube
tu cisne blanco navega!

ERNESTO MORALES

La vocación poética de Ernesto Morales (talentoso ensayista a quien más de una vez hemos recurrido en esta obra) aparece clara e imperativa desde su primer libro, prologado por José Enrique

Rodó, y que Morales, con excesivo rigor auto-crítico, ha desencasillado de su repertorio literario.

La entraña lírica de Ernesto Morales es jugosa entraña vital que alimenta una sangre generosa y fresca que el poeta, en su jubiloso despertar, siente ansias de repartir en las venas de toda la humanidad.

Tumbado muellemente sobre el heno,
hundida la mirada en la llanura,
y aspirando un aroma de frescura,
me he sentido vivir: soy sano y bueno.

Hubiera derramado de amor lleno
mi salud sobre toda criatura,
y toda la bondad y la ternura
de que mi corazón se halla pleno.

Y comprendí la poesía toda
que en los rubios panales de una oda
de Fray Luis—¡tan humilde!—se halla presa,

recién, cuando tumbado muellemente,
púseme muy humilde, humildemente
a dialogar con la Naturaleza.

¡Qué bella y natural manera de dar su emoción, esa intensa y sencilla emoción que le comunica la Vida!

Pues bien, esta divina sencillez, matiz dominante de su gama lírica, es una de las fuerzas más cautivantes en el verso de Ernesto Morales.

Cae la lluvia y, haciéndosamente,
limpia la blanca faz de las casitas.
Cae la lluvia, y lustra y dora el riente
campo de tréboles y margaritas.
Cae la lluvia, y sobre los cristales
ensaya ritornelos musicales.
Cae la lluvia, y el pueblito a modo
de un niño en sus follajes tiembla todo.
Cae la lluvia, y yo también tirito:
¡si no soy más que un árbol del pueblito!

Ahí, de cuerpo entero, está el poeta, ilusionado, estremecido, esponjado de gracia seráfica.

JOSE LUIS BORGES

Está todavía en sus años mozos, porque no cumple aún la treintena, y ya José Luis Borges puede señalarse indiscutiblemente como uno de los ases de la nueva lírica argentina. Mentalidad vigorosa, disciplinada con una cultura vasta y maciza que ha orientado, con supremo acierto, su sentido estético, Borges es la realización más consciente del espíritu renovador que anima a la generación de la hora presente. Su renovación intrínsica y formal nada tiene, sí, que ver con los pujos de novedad del pelele intelectual, presuntuoso y vácuo, tan abundante en las vanguardias. José Luis Borges es un encéfalo grávido, un esteta admirable, un poeta en

toda la línea, y ricas de sindéresis son estas palabras suyas: «Siempre fué perseverancia en mi pluma—no sé si venturosa o infausta—usar de los vocablos según su proverbial acepción, disciplina más ardua de lo que suponen quienes, sin lograr imágenes nuevas, fían su pensamiento a la inconstancia de un estilo inveteradamente metafórico y agradable con flojedad... Mi sensualidad verbal sólo abarca determinado número de palabras, lacra imputable a cuantos escritores conozo, y cuya excepción única fué don Francisco de Quevedo, que vivió en la cuantiosa plenitud y millonaria entereza de nuestra lengua castellana. Siempre fuí novelero de metáforas; pero solicitando fuese notorio en ellas antes lo eficaz que lo insólito».

Cualquier trivial asunto adquiere preponderancia ante la pupila milagrera de Borges,

Veamos:

Con la tarde
se cansaron los dos o tres colores del patio.
La gran franqueza de la luna llena
ya no entusiasma su habitual firmamento.
Hoy que está crespo el cielo
dirá la agorería que ha muerto un angelito.
Patio, cielo encauzado.
El patio es la ventana
por donde Dios mira las almas.

El patio es el declive
por el cual se derrama el cielo en la casa.
Serena
la eternidad espera en la encrucijada de es-
[trellas.
Lindo es vivir en la amistad oscura
de un zaguán, de un alero y de un aljibe.

En la poesía de José Luis Borges hay siempre un intento metafísico que logra realizarse con acierto, sustentando el aspecto propio que entona la comprensión y desarrollo del motivo lírico.

Ni la intimidad de tu frente clara como una fiesta,
ni la privanza de tu cuerpo, aún misterioso y tá-
[cito y de niña,
ni la sucesión de tu vida situándose en patabras
[o acallamiento
serán favor tan persuasivo de ideas
como el mirar tu sueño implicado
en la vigilia de mis ávidos brazos.
Virgen milagrosamente otra vez por la virtud
[absolutoria del sueño,
quieta y resplandeciente como una dicha en la
[selección del recuerdo
me darás esa orilla de tu vida que tu misma no
[tienes.
Arrojado a quietud,
divisaré esa playa últina de tu ser
como Dios ha de verte,
desbaratada la ficción del Tiempo
sin el amor, sin mí.

Borges ha fluctuado entre la visión criolla personalísima («Fervor de Buenos Aires») y el propósito de mayor auje psicológico («Luna de enfrente»), y ha concluído por afianzarse en este último, «no ignorando como comprensivamente observa Suárez Calimano, que la perduración del artista está alcanzada cuando logra penetrar en el espíritu de su raza y desentrañarlo»·

HORACIO REGA MOLINA

Condición primordial en la poesía de Horacio Rega Molina—otro fornido espíritu renovador—es el plasticismo derivado de la precisión del símil, de lo evocativo del tropo y de la turgencia del vocablo. Se ve que la imagen surge expontánea en cuanto el fenómeno impresiona la mente del poeta, sin el pesado trabajo de laboratorio de los fabricantes de metáforas al por mayor.

El chorro de la fuente surge, aislado,
y en el silencio de la luz que expira,
parece el eje en que la tarde gira
su enorme rueda de papel pintado.

¡Admirable! La sensación es comunicativa en grado sumo, y surgen nítidamente el eje de cristal y la rueda policroma, y luego el movimiento raudo de las horas.

Otro ejemplo:

Bañado en luz bosteza el toro
y con primor que el gesto amengua,
le tiembla el sol sobre la lengua
como una píldora de oro.

Rega Molina, que posteriormente ha quebrado las fórmulas métricas, tiene un elegante dominio del ritmo clásico que el poeta rejuvenece con su ideología y con su dicción.

Mi bien amada. ya no somos dueños
de imaginarnos lo que nunca vimos.
De tanto abrirla cuando no debimos,
se ha falseado la caja de los sueños.

Por tal motivo, sin piedad, la rompo.
Mas, para que la dicha no se pierda,
hago sonar, por medio de una cuerda,
la música de cámara de un trompo.

Automático pájaro que trina,
musiquita de ripio y de falsete,
así debió sonar como un juguete,
el clavicémbalo de Palestrina.

Y como en la niñez, acaso pienses.
que a medida que el trompo va girando.
en su interior se está representando
una opereta de liliputienses.

FRANCISCO LÓPEZ MERINO

La razón emocional del verbo lírico está en su correspondencia natural con el sentimiento, y la fuerza de éste depende exclusivamente de su sinceridad. Francisco López Merino logra el dón de saber entregar plenamente su emoción, como la vertiente entrega el agua. Su poesía transparenta un sentido diáfano y cordial de la naturaleza y de la vida. Tiene una bella alma de poeta, un alma de alas suavemente luminosas que vuela del alero al ramaje, y del ramaje a las estrellas. Sin petulancias verbales, sin complicaciones, su poesía es fresca y húmeda como un rosal al amanecer.

El alma se me llena de estrellas cuando pienso
que moriré. Imagino espirales de incienso
decorando la caja mortuoria, luego el canto
triste de las campanas. (Igual que en Viernes
[santo
llorarán las campanas porque yo fuí creyente,
porque yo hablé de Cristo (melancólicamente),
Después, ese silencio divino que buscaba
día a día en la vida, pero que no encontraba.
Después la paz profunda.
Y al poco tiempo acaso,
se esfumarán mis ojos en el pálido ocaso
del recuerdo... Y entonces el compañero amado
dirá que fuí una llama de luz que se ha apagado.

Y la amiga lejana de los días adversos
abrirá el cofrecillo lírico de los versos
y volcará las hojas pálidas de las rosas
que yo gusté ofrendarle en las tardes hermosas.
Mientras tanto la muerte no llegã...
Pienso en ella
y en mi alma florece de emoción una estrella.

¿Quién, leyendo tales versos, puede negar que López Merino es un poeta admirable?

Veamos la sencillez cautivadora con que traza un boceto provinciano:

Mis primas, los domingos vienen a cortar rosas
y a pedirme algún libro de versos en fra[redacted]s.
Caminan sobre el césped del jardín, cortan flores
y se van de la mano de Musset o Samain.

Aman las flores bellas y las mañanas claras.
Una estatua impasible las puede conmover.
Esperan la llegada de las tardes de otoño
porque, tras los cristales, todo de oro se ve.

Y vienen, los domingos, a cortar rosas... Saben
que el eco de sus voces para mi grato es.
Entre las rosas quedan sus risas armoniosas;
ellas seguramente se ríen sin saber.

Mis primas, cuando llueve, no vienen. Dulce-
[mente

aparto los capullos que el viento hará caer,
hago un ramo con ellos y pongo bajo el ramo
un volumen de versos de Musset o Samain,

MARGARITA ABELLA CAPRILE

Preclara estirpe intelectual es la de Margarita Abelle Caprile, biznieta del magno general Mitre, y evidente estructura lírica es la suya, mayormente valorizada por haber sido discutida con amplitud. Su labor es sobria, honrada, reveladora de una mentalidad firme y de una afinada sensibilidad. Sin ostentación erótica, sin morbosidades, Margarita Abella indaga en los planos más altos del sentimiento, y sabe traducirse con acierto.

Mientras el grito helado del invierno
su gélido pregón extiende afuera,
y en tanto que la noche
la luz del fuego con su sombra aumenta,
a veces de improviso
con misteriosa y tímida cautela,
sin que nadie la empuje,
se entreabre la puerta.
Uno dice: «Es el viento».
Otro replica: ¡Cierra!
Con onda espectativa
yo miro a ver quien entra.

Los recuerdos que ya no recordamos
tristes tal vez a reprocharnos llegan;
los recuerdos que un día
fueron dulzura en medio de la pena.
Quizá con su reclamo doloroso
vuelve a nosotros toda la dispersa
vibración que dejamos por la vida.
Acaso la emoción sencilla y buena
que no encontrara eco en otras almas
silenciosa regresa...
O bien, con indecible dulcedumbre,
vienen de nuevo a visitar la senda
los que se fueron más allá del límite
de la existencia.
Tal vez aquel que un día de Septiembre
se fué a buscar la primavera eterna...
Uno dice: «Es el viento».
Otro replica: ¡Cierra!
Con honda expectativa
mis ojos escudriñan el vano de la puerta...

La voz de Margarita Abella no desconcierta; está afinada a un diapasón medio, y a él se ajusta; pero ese equilibrio melódico no logra desvirtuar las inquietudes que se traslucen en su bella alma de mujer.

III

POESIA LIRICA del PERU

III

Poesía lírica del Perú

En nuestra memoria va aparejado el nombre del Perú con la visión fantástica del Imperio de los Incas, de esos poderosos hijos del Sol que, durante más de tres siglos, fueron amos y señores de una tierra fabulosa, hinchada de tesoros; y con sus dalmáticas recamadas y montados en sus literas de oro, se nos antoja divisar tadavía las siluetas imperiales de Huaina Capac y de Atahualpa, conduciendo sus caravanas a través de los ubérrimos valles del Cuzco,

Evocativo período legendario es el largo período incaico, y tal vez, tradicionalmente, más interesante de lo que aún puede apreciarse, pues no aparece muy nutrida la investigación sobre su literatura, testimoniada por Garcilaso de la Vega, nieto de los propios Incas, y por algunos españoles que llegaron con Pizarro.

Lo que se conoce, lo que ha circulado en el folklore como légitimo producto incaico, son cantares

eñ que tan presto asoma el acento nostálgico y triste, como la intención socarrona y el simple, pero agudo, humorismo del indio.

Realizada la dominación española, se inicia el período colonial que abarca todo el Virreinato, y la influencia ibérica, neta y exclusiva, llena ese ciclo y se prolonga sobre la constitución de la República, imponiendo su ideario y su técnicá en toda la literatura peruana que, hasta fines del ochocientos, no aparece sino como eco retardado del retoricismo español de que no logra evadirse ni el propio Lunarejo que apesar de su sangre india, responde al cultenarismo de Góngora, antes que a su sentido auctóctono.

Tanto como su sangre, los españoles habían infundido su espíritu, y así, entre toda la América, el Perú es el pueblo de más vasta y profunda huella colonial.

Ciclo Romántico

(1865-1900)

RICARDO PALMA

Estamos de acuerdo con Ventura García Calderón para no conceder genealogía romántica a las «Tradiciones peruanas» de Ricardo Palma que, en realidad, constituyen lo más trascendental y vasto de su obra. Pero muy diferente resulta el aspecto

de su personalidad lírica que acredita clara raigambre en el romanticismo español, y algo también en el francés.

Ricardo Palma nació poeta, y lo ha sido en grado máximo, no sólo exaltando la tradición colonial con su rica y donairosa imaginación, en una prosa ágil e intencionada, sino también desparramando sus propias emociones en versos de efectivo lirismo. En ambas expresiones, prosa y verso, hay que reconocer el sello propio de Palma: sentido filosófico, espíritu socarrón y graciosa manera de decir cualidades que acusan cierto parentezco con aquel estupendo *filósofo de cido* que fué don Ramón de Campoamor y Campoosorio.

¿Qué somos? Aristas
que arrebata la brisa fugaz.
Pasamos, pasamos,
como pasan las olas del mar.

Así se evapora
en el aire una voz de placer.
Así ¡oh Dios! se borra
en la arena la huella del pie.

Pues somos esencias
que se pierden en vaga espiral;
pues somos iguales
a las nubes que vienen y van.

Haganos, hagamos
menos triste la vída infeliz.
¡Escánciame vino!
Y la muerte suspenda el festín.

El mayor acierto de Ricardo Palma poeta, está, sí, en el verso festivo que, en cuanto a intención y gracia, suele calzar los mismos puntos de sus «Tradiciones», no siendo, a veces, sino esa misma «novela homeopática» (que llama el mismo Palma) vaciada en forma métrica.

Háname contado, Belén,
que ganaste el jubileo.
Dios te haga una santa, amén,
y te acuerde todo el bien
que yo para tí deseo.
.....
Supe que en la procesión
pasaron cosas no vistas.
y que ibas tú, corazón,
realizando más conquistas
que César y Napoleón.
Ceñido al talle gentil
que cubre negro sayal
correa descomunal,
y rosario de marfil
con misterios de coral.
.....
¡Vestida de penitente!
¿Y no dejaste en casa

esa sonrisa elocuente
y esa mirada que abrasa?
No lo entiendo, francamente.
.....
Dirás que esto es una homilia
propia del púlpito mismo;
pero el cristiano ascetismo
muy poco o mal se concilia
con mundanal coquetismo.
.....
Por eso dijo un tronera
que, en este siglo liviano,
es moneda callejera
llevar a Dios en la mano
y al diablo en la faltriquera.

Estos son escarceos que denotan su agilidad en el manejo del verso festivo.

Pero la predilección por lo tradicional, es la nota predominante en la obra de Palma.

Pues que estoy con lo moderno en guerra
y mi pasión por antiguallas es
escuchad esto que pasó en mi tierra
allá en los tiempos del virrey inglés.

Refiriéndose a Zorrilla, alguien ha dicho: «En nadie veo tanta España como en el cantor de Granada». Pues bien, de Palma puede decirse: En nadie veo tanta alma limeña como en el creador de

las «Tradiciones peruanas». Desde sus primeros intentos literarios, Palma empieza a hurgar en en el antaño, con antiparras de notario, pero con aguda pupila de artista; y así se entrega a las evocaciones de la Colonia, «mira de frente y de soslayo la época de los Virreyes, guiña el ojo y sonrie; se ilusiona a sí mismo con las riquezas de su imaginación y crea una Lima que es un Versalles diminuto, donde cada balcón cerrado es un Trianón reducido; donde en vez de las fuentes irizadas, hay paseo de aguas y en donde bien podemos parangonar a la Perricholi con la señora de Pompadour».

Con razón, después de visitar la ciudad de los Virreyes, Rubén Darío llegó a exclamar: «Ciudad de Lima, ciudad de Santa Rosa y de Ricardo Palma!»

Pero, más que lo peruano, es lo limeño lo que se lleva el amor de Ricardo Palma, y asi dice con entusiasmo:

¡No! No mintió el que dijo que es la limeña
azúcar refinada, sal levantisca,
espuma gaditana, luz madrileña,
cual fué Lima en los siglos á éste anteriores,
ciudad medio cristiana, medio morisca,
ciudad de celosías y de pebetes,
y de góticas torres y minaretes.

Palma—a quien con mayor detenimiento estudiaremos como prosista—tiene el privilegio de la

expresión gráfica, recojida del lenguaje popular, o creada con acierto, como esa «azúcar refinada» que aplica a sus paisanas, y como muchas frases que dan tanto calor a su estilo. Asi para exajerar la sutileza de un alcalde, dice que «sería capaz de sentir el galope de un caballo de copas»; para ponderar el tamaño de una barba, dice que «es más crecida y larga que una deuda pública» y para pintar la pobreza de un legatario asegura que «no tenía más bienes raíces que los pelos de la cara».

Como todo el grupo literario de su tiempo—el grupo de las clásicas tertulias de don Manuel del Carpio—vivió Ricardo Palma su pintoresca mocedad bohemia, y de sus aventuras sacó, sin duda, mucho jugo para dar frescura y elasticidad a su obra.

CLEMENTE ALTHAUS

Para su época, Clemente Althaus fué un artífice, pues en tiempos de tan vasta desaprensión y ramplonería, él cuidó tanto la forma, como la idea. Era, más que todo, un profesional lírico, que reflejó en su obra la elegancia un tanto meticulosa que acusaba su persona. Su cultura, entroncada con los clásicos, no alcanzó a modificar su entonación romántica, pero enfrió la itención poética, alimentando su cerebralismo. Althaus mantuvo siempre incólumes sus ideales y vivió como descentrado de la

vida práctica. Se le consideraba un excéntrico. Acaso era algo más, pues sus días terminaron en un manicomio de París.

Preguntarme te plugo, amiga mía,
cuál es el que mi verso más alaba,
Demócrito, que todo lo reía,
o Heráclito, que todo lo lloraba.

.....

Quién siempre ríe es porque siente poco,
quien siempre llora demasiado siente;
si el risueño Demócrito era un loco,
era otro loco Heráclito doliente.

Y sólo aprobará mi poesía
a quien, siempre guardando el justo modo,
algunas veces llore y otras ría,
que hay lugar en la vida para todo.

Ni toda es farsa que a reir convida
nuestra vida, ni lúgubre tragedia;
si damos a la risa media vida,
demos también al llanto la otra media.

Para Althaus el ejercicio poético alcanza el prestigio de un sacerdocio.

No mayor dignidad le cabe al hombre
que el alto sacerdocio del poeta,

ni hay grandeza que al mundo más asombre
ni a quien más gloria el porvenir prometa,

Mas, no merece tan augusto nombre
quien sólo a rima y número sujeta
vanas frases que halaguen el oído,
más desnudas de espíritu y sentido.

Esta preocupación de robustecer medularmente el verbo lírico, es constante:

Y el alto nombre de poeta miente
quien no enriquece corazón y mente.

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY

La poesía de Carlos Augusto Salaverry es particularmente subgetiva y amatoria, porque la cuerda erótica resulta la más afinada a su temperamento y porque la emoción es la vértebra de su lirismo, emoción que el poeta desea perdurable...

Y aunque me cubra de cabellos canos
dejadme siempre el corazón de un niño.

Y parece que una buena hada madrina escuchó esta súplica del poeta y le concedió esa gracia, pues toda la obra de Salaverry aparece impregna-

da de un encanto ingenuo, de una fresca ilusión, que revelan la perenne juventud de su espíritu, cuya sensibilidad respondía siempre con presteza. Uníase esta cualidad a una imaginación viva y radiante que le hacía exclamar:

Tengo, como Colón, un nuevo mundo
de seres que mi espíritu ha soñado;
un bosque virgen que ninguno ha hollado,
en el seno de América fecundo:

Es la gruta escondida en lo profundo
de un piélago de flores ignorado;
con toda mí existencia la he creado,
y para darla a luz basta un segundo.

Hombre de talento y de corazón, Salaverry traduce amablemente su pensar y su sentir en verbo que podrá resentirse de algún descuído, pero al cual nunca faltan jugo, tersura y vida, porque en Salaverry el romanticismo es fervor íntimo y sincero.

¡Parece ayer! De nuestros labios mudos
el suspiro de ¡adiós! volaba al cielo,
y escondías la faz en tu pañuelo,
para mejor llorar

Hoy... nos apartan los profundos senos
de dos inmensidades que has querido...

¡Y es más hondo y más triste el de tu olaido
que el abismo del mar!

Además, el verso de Salaverry es siempre flexible, armonioso y propicio a la sugestión espiritual.

Dios dijo al ave de los bosques: ¡canta!
Al tierno cáliz de la flor: ¡perfuma!
A la estrella: ¡las nubes abrillanta!
Al sol: ¡irradia en la azulada bruma!
Al ambiente: ¡suspira! Al río: ¡canta
con tu belleza de argentada espuma!
Y a tí, mujer, para el amor nacida,
¿te ha dicho acaso Dios: ama y olvida?

PEDRO PAZ SOLDÁN

En cuanto lírico, hay que considerar el sentido reflexivo que constituye la característica en la poesía de Pedro Paz Soldán; sentido que de continuo endereza su pensamiento hacia temas sombríos y hasta trágicos. Así en «El desenlace de la tragedia» en que traza el cuadro de la muerte, aludiendo al esfuerzo del cuerpo por retener el alma, dice;

El espíritu activo,
ese soplo, esa chispa,

han retornado al foco primitivo.
¡Dones perdidos! ¡Juventud inútil!
Resortes malogrados
antes de haber servido, antes que fueran
por el trabajo y por la edad gastados,
robustísimos, vírgenes latidos
del corazón, tan pronto suspendidos!

El atlético, artístico conjunto
vuelto inmóvil e inútil en un punto
vélo tirado al borde de la huesa,
míralo y tiembla, que tu suerte es ésa!

Sin duda que estos versos, con aire de meditación cuaresmal, no son para levantar los ánimos. El poeta que, según se cuenta, pasó su tranquila y regalona adolescencia, en uno de los valles más pintorescos y alegres del Perú—el valle de Cañete —aparece con un pesimismo desentonado. Pero, no hay que alarmarse. El mismo explica que tiene sus días turbios...

Hay unos días desesperantes
en que me carga la humanidad,
en que los siglos y los instantes
son largos siglos de obscuridad...

En que fermentan, en que se agitan
diablos y brujas dentro de mí,
y con impulso feroz me incitan
a la barbarie y al frenesí.

Mi alma achicada se ensancharia
si viera entonces en derredor
sangre, matanza, carnicería,
luto, estermínio, ruinas y horror.

En esos dias turbios, Paz Soldán es cruel hasta madrigalizando, y para hacer un cumplido a los ojos de una dama empieza por enumerar las terribles huellas que en el rostro de esa dama habrá de dejar la vejez, para concluir diciéndole:

Cuando llegue la edad de los enojos;
cuando rastro ninguno yà se distinga
de tu bellezas de hoy hecha despojos,
sólo un encanto habrá que no se extinga...
¡Sólo con vida quedarán tus ojos!
Sobreviviendo victoriosos ellos
a cuanto con el tiempo se amortigua,
derramarán entonces sus destellos,
como entre ruinas dos luceros bellos,
como un fanal en una estancia antigua...
De males por venir no te amendrentes,
los años que aún te faltan no los cuentes,
pues cuando todo se hunda en tus abismos,
espirituales siempre y refulgentes,
¡siempre tus ojos han de ser los mismos!

En este sentido trágico, se advierte la intención sarcastica que alimenta su poesía festiva, porque, aunque después de lo comentado parezca cosa ex-

traña, Paz Sóldan es un excelente poeta humorístico, como también un excelente prosista de cultura bien nutrida y de vasta realización, que logró prestigiar brillantemente su seudónimo de Juan de Arona. Su labor de lírico, aporta además acertadas traducciones de las *Géórgicas* de Virgilio, transportadas en versos sobrios y elegantes.

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

El tradicionismo y el tradicionalismo de Ricardo Palma, hallan su más violenta y categórica antítesis en el espíritu iconoclasta y renovador de Manuel González Prada, cuya palabra encendida cae en chorros de lava calcinante sobre la tierra peruana, revelando la potencia de la hoguera que eran su cerebro y su corazón. Extraños acentos para un pueblo en donde, según Ventura García Calderón "todo es medido: los odios, los entusiasmos, los amores".

En la tribuna del Ateneo de Lima, es donde González Prada empieza su labor dinámica, caldeado de ira contra Chile, exacerbado con la resignación indolente que supone en sus compatriotas. Su palabra hiere, parte, fulmina entonces; arde en deseos de cambiar la faz del universo. Es una fiera contra el país vencedor; pero es una fiera honrada, porque su exaltación le nace del corazón, de lo más profundo del alma.

En todo orden de cosas, su afán es ser original, ser nuevo, ser creador. "Los hombres de genio-dice-son cordilleras nevadas; los imitadores no pasan de riachuelos alimentados por el deshielo de la cumbre" Y más adelante agrega: "arcaismo implica retroceso; a escritor arcaico, pensador retrógrado."

Tiene un talento macizo, una imaginación fulgurante, un entusiasmo inextinguible, y explora, y descubre, y construye. Es un filósofo, un apóstol y un artista. Un maravilloso artista verbal. Un poeta en verso y mayormente en prosa. La ideología nueva, las formas nuevas se le revelan nítidas, y acomete contra todo molde y formulismo, particularmente contra los patrones españoles a que se conformaba unánimente la lírica de su época.- "Los representantes oficiales de la literatura española se parecen a las antiguas estatuas que servían para guiar a los viajeros, y hoy mismo, desde hace miles de años, continúan señalando con el dedo inmóvil caminos que ya no existen."

González Prada ha usado todos los metros y todas las combinaciones, lo mismo los clásicos que los modernos, y los que ha formado él mismo con un admirable buen sentido rítimico.

En metro clásico está su hermoso soneto al Amor:

Si eres un bien arrebatado al cielo,
¿por qué las dudas, el gemido, el llanto,
la desconfianza, el torcedor quebranto,
las turbias noches de febril desvelo?,

Si eres un mal en el terrestre suelo
¿por que los goces, la sonrisa, el canto
las esperanzas, el glorioso encanto,
las visiones de paz y de consuelo?

Si eres nieve ¿por qué tus vivas llamas?
Si ere llama ¿por qué tu hielo inerte?
Si eres sombra ¿por qué la luz derramas?

¿Por qué la sombra si eres luz querida?
Si eres vida ¿por qué me das la muerte?
Si eres muerte ¿por qué me das la vida?

Entre sus formas nuevas, no sólo métricas, sino poemáticas, abundan los triolets, laa balatas, los estornelos, el rispetto italiano, el rondel.

(Triolet) *Suspira, oh corazón, tan silencioso,*
que nadie sienta el eco del suspiro.
Por no turbar los sueños del dichoso,
suspira, oh corazón, tan silencioso...
Fingiendo la alegría y el reposo,
en la quietud y sombra de un retiro,
suspira, oh corazón, tan silencioso,
que nadie sienta el eco del suspiro.

(Rispetto) *Era la noche: en lóbrega laguna*
agonizaba el resplandor de Sirio
mientras rayaba en el cenit la Luna,
con la enfermiza palidez de un cirio.

Pensé mirar de lejos tu belleza,
y suspiré de de amor y de tristeza.
¿Por qué no respondiste a mi llamada
en esa noche triste y desolada?
¿Por qué a brindarme amparo no [viniste]
en esa noche desolada y triste?.

La evolución de González Prada, considerada desde el 70, en que escribía casi con unción mística:

Adormecido el Universo gime
y ábrense a Dios el corazón y el alma,

hasta sus *Paginas libres* en que ataca fuertemente al catolicismo, es una evolución esencial, absoluta. Surge entonces abiertamente el racionalista, el cientificista; pero, como acertadamente lo observa José Carlos Mariátegui, no obstante esa filiación "González Prada no cae casi nunca en un intelectualismo exagerado. Lo preservan de este peligro su sentimiento artístico y su exaltado anhelo de justicia. En el fondo de este parnasiano, hay un romántico que no desespera nunca del poder del espíritu."

CICLO MODERNO

(1895-1915)

JOSÉ SANTOS CHOCANO

La obra poética de José Santos Chocano aparece encasillada en los anaqueles épicos. Sin duda que ese verso amplio, rotundo, tonante con que Chocano despierta a los incas y a los virreyes y cañta a los conquistadores, y loa a Carlos V. y a Alfonso XIII, y perora, en seguida, altanero y olímpico, en nombre de América que, a golpes de alejandrinos, se divide con el gran nórdico-*(Walt Whitman tiene el Norte; pero yo tengo el Sur);* sin duda que ese verso paladinesco y soberbio, tiene intención y proporciones epopéyicas. Pero la médula que llena esa épica columna vertebral, es principalmente medula lírica, y de ahí su exaltación, su subgetivismo, su primera persona, que va siempre a la vangudia.. No importa que él mismo nos diga:

Soy épico dos veces; y estoy enamorado
del Sol que hay en mi fina coraza de soldado
y del León rampante que ilustra mi broquel...

Es un épico por el asunto, por la entonación, por la arquitectura del poema; pero el lirismo se trasfunde a toda su obra, y asi llena los más bellos

trozos de su magno "Canto a Bolívar," luminosamente concebido y trazado con indiscutible acierto, "cumpliendo reconocor (así lo afirma con sobrada autoridad Díez Canedo) que de ser hoy posible una epopeya, el asunto elegido por Chocano es de los que reunen mayores timbres a su favor, pues hay en primer lugar. un héroe: un héroe de tan puro metal humano, dé personalidad tan íntegra y tajante como Bolívar, el Libertador; héroe que, por encíma de su propia humanidad, es cifra y símbolo de una aspiración colectiva, y no sólo de hombres sino de pueblos: la aspiración de la América de nuestra raza, no ya a ser independiente, sino más sencilla y ampliamente todavía, a ser." Además, el escenario en que el héroe ha de moverse es de grandiosidad sin igual: es todo un continente.

En 1906, Chocano pone en "Alma - América" estas categóricas acotaciones: *O encuentro camino o me lo abro - Ténganse por no escritos cuantos libros de poesías parecieron antes con mi nombre - Mi poesía es objetiva, y en tal sentido, sólo quiero ser el poeta de América - En el Arte caben todas las escuelas como en un rayo de Sol todos los colores.*

El poeta no ha encontrado a tono con su palabra actual el verbo primigéneo, y lo repudia. No quiere nada que lo distancie de la ambición suprema de ser el Poeta de América, el amo y señor de los

Andes, el dueño del Magdalena, el emperador de la Pampa, el conquistador de los valles ubérrimos; dominador de pumas y de cóndores y de águilas, caballero sobre el lomo de indómitos potros, con inaudito séquito de indios, porque "congénita es en él la aspiración a lo grande, a lo ingente y sonoro, y asi parece declararlo su propia armazón física: anchos hombros, recio tórax, busto de héroe o de tribuno, rematado por una cabeza apoplética, entre señorial y demagógica, en que la cara que antes se ornaba con airón de largos bigotes castelarinos, recortados ahora, oronda y ancha bajo la guirnalda que suple juveniles rizos perdidos, parece tallada en un mármol histórico."

Mis versos cubren siglos, como si fueran [moles
recortan nuevas cumbres y apagan viejos soles,
porque así son los incas y así los españoles.

El Ande, el Amazonas, la Pampa, abimos, [sierras,
pamperos y temblores. catástrofes y guerras;
así han de ser mis versos, porque así son mís [tierras.

Pienso en España siempre que el canto rom- [pe el vuelo
como espiral sonora que envuelve todo el cielo:
el cóndor es mi padre, pero el león es mi abuelo.

Tal es como, por entre mis bárbaras canciones,
pasan veinte Repúblicas con veinte pabellones;
se imponen cien tiranos y hay cien revoluciones.

Tiene Chocano el dominio maestro del verso, y ¡qué largo y estupendo aliento lírico el suyo! Diestro facedor de metáforas, también lo es, y parentezco indubitable acusa con Byron y con Hugo y con Quintana, progenitores de la exuberancia verbal de América, según Henríquez Ureña.

En el «Salmo de las Cumbres» dice:

.....El monte de agrias puntas
que en afilar la cúspide se afana,
es un titán con las dos manos juntas,
en la actitud de una oración cristiana.
Las curvas de sinuosas inflexiones,
como oleajes de horrendos cataclismos,
parecen formidables corazones
enterrados de punta en los abismos.
El alto monte que hasta el cielo crece
de orgullo fieros y ambiciones sumas,
vertiendo agua en los cóncavos, parece
Hércules que se humilla, hilando espumas...

A la manera de un pulcro y soberbio artista del Renacimiento, Chocano sabe también cincelar primorosos joyeles.

En el bosque de aromas y de músicas lleno,
la magnolia florece delicada y ligera,

cual vellón que en las zarzas enredado es-
[tuviera,
o cual copo de espuma sobre lago sereno.

Es un ánfora digna de un artífice heleno,
un marmóreo prodigio de la Clásica Era;
y destaca su fina redondez a manera
de una dama que luce descotado su seno.

No se sabe si es perla, ni se sabe si es llanto.
Hay entre ella y la Luna cierta historia de
[encanto,
en la que una paloma pierde acaso la vida;

porque es pura y es blanca y es graciosa y es
[leve,
como un rayo de luna que se cuaja en la nieve
o como una paloma que se queda dormida...

En la primavera de 1922, el Gobierno del Perú ciñó la frente de Chocano con el áureo laurel simbólico, en una apoteósis ufana y ferviente. Los poetas de América enviaron incienso y mirra, y uno díjole: *Tu verso es río y monte, es selva y lumbrarada—como una cruz consuela, hiere como una espada —y aquieta y ennoblece como un sabio dolor.*

Chocano peregrina hoy en tierra chilena—en la tierra que fulminó en los aciagos días del Rencor—y al contemplarlo nos parece que Luis Alberto Sánchez acertó cuando dijo: «Este poeta que ahora

veis por las calles, paseando aburrido su grandeza, no vive ya en el presente. Tiene algo de resucitado y algo del *que vendrá*. Es una síntesis compleja de siglos idos y de años venideros. Es su pretérito y su futuro. Tres edades en una, tres etapas en una, tres reencarnaciones en una misma alma insaciable e inagotable que viene distendiéndose y contrayéndose, absorta o ávida, desde que, por primera vez, la naturaleza oyó atónita el primer canto de un hombre».

LUIS FERNAN CISNEROS

Es gallarda, sobria y ágil la expresión lírica de Luis Fernán Cisneros; expresión justa y cuidada, reveladora de la comprensión y de la conciencia del poeta: comprensión y conciencia de artista que otorga su valor real a la interpretación estética. No quiere esto decir que la poesía de Cisneros, que logra tan bellos aciertos en la delineación y cromatización del paisaje, carezca de fortaleza emotiva. Muy al contrario, Cisneros es sugerente en grado sumo, y junto con impresionar vivamente la sensibilidad, enciende el sentimiento.

Desflórase la tarde, cual desfloro
melancólicos sueños... Una oveja,
tornasolado su vellón, se aleja
con el vibrar del esquilón sonoro.

Gualda y púrpura, fúnebre decoro,
muriendo el Sol, sobre las cumbres deja,
y un lucero en el río se refleja
como una gota temblorosa de oro.

Báñase en sombra el pueblo solitario,
píntanse los linderos del camino,
se arrebola la cruz del campanario,

y un rayo que se va temblando, dora
los cabellos del viejo campesino
que, lentamente, se descubre y ora.

En la divina sencillez con que está trazado, ¡cuanta gracia lírica alcanza ese cuadro vesperal!

Y así mismo este otro:

Baja la lluvia... Baja... Se reviste
la montaña de niebla; se diría
que en la oscura y brumosa lejanía
se está muriendo todo lo que existe.

Llueve... Llueve... En los ámbitos persiste
lento són de letal melancolía
que acompasa la ingenua melodía
del dolor de vivir, que es el más triste.

Brillan, una tras otra, en mi vidriera
lágrimas cristalinas...¡Quién supiera
por quién lloran las ánimas!... Su llanto

inunda sin piedad este desierto
que semeja un inmóvil camposanto
donde también mi corazón se ha muerto.

Cisneros sabe descubrir el secreto de la belleza, tanto en la senda abierta del paisaje, como en el recodo escondido del corazón; y esto es ser un poeta de verdad.

JOSE GALVEZ

El alma de José Gálvez es el alma de un romántico que no ha podido curarse del mal divino de amar y de soñar; divino mal porque demuestra que todavía restan idealistas en el mundo. Pero el romanticismo de este poeta, sentimiento genuino, idiosincrático tal vez, ahondado en seguida por la vida, no es el quejido desmazalado de los soñadores profesionales, ni la hinchada deprecación estudiada en los maestros de la Desolación. El tono menor, tono confidencial, de la poesía de José Gálvez, es tono propio, y testimonia la excelente estirpe espiritual del poeta.

Un castillo encantado
tengo en paraje donde nadie llega:
en él se ha desenvuelto mi pasado
tranquilamente, sin temor mi brega,
se desliza el presente

y se incuba el futuro;
es luminoso y a la vez doliente,
y en él confiadamente me aventuro.
Todos lo ignoran, nadie ha penetrado
en su interioridad ¡es tan profundo!
Y, mientras alrededor se agita el mundo,
su torre de marfil yergue callado.
Princesa enamorada
visita mis almenas:
el temblor rumoroso de su traje,
su sonrisa extasiada,
alegran la morada,
su vuelo emprende el ave de mis penas
y se baña de luz todo el paisaje!

En ese su heráldico castillo, Gálvez aprisiona su mundo: amores, esperanzas, desencantos, torturas; y, con aristocrático talante, pasea por sus jardines lunados, aguardando a la enamorada castellana a quien habrá de decirle:

Háblame, mi bien, y dime
tu amor y tu dulcedumbre.
mientras yo entorno los ojos
para que tu voz me arrulle,

Pero, José Gálvez no es sólo el poeta esquivo de ese «Reino interior». Ha tenido sus arrestos democráticos, bizarros y cordiales, y ha sido el poeta de la juventud, el lírico abanderado de las huestes

universitarias de Lima; y ha sido vencedor cantando la épica gesta de España y la gloria de sus capitanes, de sus poetas y de sus santos.

Yo canto la hidalguía de mi raza grandiosa.
¡Qué importa que hoy no pueda como antaño
[acrecer!
Yo recib el legado de su sangre gloriosa
y entre mi sangre nueva tendrá que florecer.

El tiempo nada puede con lo que grande ha
[sido,
que grande en la memoria, pese el tiempo, será:
don Quijote arremete con su lanza al olvido,
y su voz, sobre el tiempo, siempre resonará.

Ha triunfado el poeta; pero su voz es más seductora en el canto a la sordina, en la estrofa suave y tersa de sus «Palabras líricas», o de sus «Tardes floridas»

Tarde cálida y dorada,
sendero de oro y de flores
y soledad consagrada..

Yo, pensando en tus amores
sin hablarte; tú, sonriente,
llena la faz de rubores.

Una mirada ferviente,
una sonrisa radiosa,
y en esa tarde muriente

una blanca mariposa
que rondaba alegremente
a tu carita de rosa...

ALBERTO URETA

¡Qué admirables y comunicativos acentos los de este asceta lírico, impregnados de melancolía tan vasta y tan resignada! Un enorme, pero inmenso aliento místico pasa sobre toda la poesía de Alberto Ureta, infundiéndole cierto espíritu doliente—la amarga filosofía del Rey Sabio—*omnia vanitas;* pero tocada de un sentido más cordial y menos desconcertante que el del versículo bíblico.

Es el más vano de tus sueños,
poeta, tu afán de eternidad.
También tus formas son de arcilla,
y el polvo al polvo volverá.

Deja tu barro y habla al viento.
El eco, acaso, llevará,
sobre el azul, tu pensamiento,
sobre la noche, tu verdad.

Tal vez de toda tu faena,
manana sólo ha de quedar
lo que construyas en la arena,

o lo que grabes en el mar
o lo que digas a la onda
o lo que sueñes sin hablar.

Esta pura y sedeña manera de decir, tan sobria y tan honda, traduce el alma clara, sencilla, pero de cauce profundo, de este magno poeta. Su palabra es la cuotidiana palabra de lá vida, la que florece por virtud propia de la tierra, y que el poeta suelta al mundo con su cautivadora gracia natural, desdeñando todo artificioso atavío.

No importa que en la vida deje el dolor su huella,
que en toda pena el germen de una sonrisa existe;
el lago más oscuro acaricia una estrella
y la estrella más dulce es la estrella mas triste.

Deja tu peso en tierra, y aprovecha la calma
que viene entre la sombra del dolor escondida,
para sentarte al borde del río de tu alma
a ver pasar los sueños que corren con la vida.

Será tal vez la tarde, casi la noche, la hora
del misterio en que el alma se torna evocadora.
Y entonces, cuando todo pase ante tu mirada,

besa el agua en que flota tu dulce desvarío,
si acaso ves la imagen familiar de la amada
cruzar sobre las ondas fugitivas del río.

Así tranquila, pero grávida de sugestiones, la poesía de Alberto Ureta es una de las expresiones más valiosas de la lírica peruana.

LEONIDAS YEROVI

No es obra medular, ni de trascendencia psicológica, la obra de Leonidas Yerovi, poeta que, en años tempranos, partió de la vida. Tiene más bien un aire de cancionero; un elegante cancionero apadrinado por Darío. Es frívolo; pero su frivolidad resulta tan donosa y tan simpática que conquista sin tardanza, y a esto débese, sin duda, la popularidad que tuvo en sus buenos días. Además, hay que reconocer en Yerovi la destreza rítmica y, particularmente, la bizarría de su octosílabo, que le fué tan predilecto.

Titina, tina, tontina,
la de la voz argentina
y el aliento de jazmín,
surge en tu ventana, ingrata,
y oye la mandolinata
que te doy en el jardín.
.....
Tu cabello es blonda seda,
tu pura frente remeda
blanca faja de marfil,

luminarias son tus ojos,
cerezas tus labios rojos,
de medallón tu perfil.
Tu seno es tibia almohada,
tu cintura una monada,
tu cutis es de surah,
tu cuerpo un jarrón de Sèvres,
modelado por orfebres
amigos de tu papá...
Dos almendras son tus manos,
no hay pie, entre los pies enanos,
más menudo que tu pie;
y eres, en fin, por belleza,
por frescura y gentileza,
un botón de rosa-té.

.....

Titina, tina, tontina,
siendo, como eres, divina,
siendo, como eres, así,
¿por qué no asomas, ingrata,
y no oyes mi serenata
y no te fijas en mí?
¿Será cierto que hay un viejo
que, por paternal consejo,
tu viejo esposo será?
¿Es posible que te vendas?
¿Qué no aceptes más ofrendas
que las que el viejo te hará?
Titina, tina, eso es feo,
no es decente, y no lo creo...

¡Venderte al mejor postor!
Una señorita honrada
no debe acatar por nada
más ley que la del amor.
A tí lo que te hace falta,
según a la vista salta,
no es un viejo rico, nó...
Es un trovador amante,
es un poeta que cante
como un mirlo... como yo...
.....
Más, si no oyes mi consejo
y crees hallar en el viejo,
por su dinero, tu bien,
¡anda, y que Luzbel te tiente
y que el viejo te reviente
y te dure un siglo! Amén.

ADAN ESPINOSA SALDAÑA

Más de veinte años hace que Espinosa Saldaña, embozado en el seudónimo de Juan del Carpio, echó al público su primer libro de versos; un libro amable y bellamente trazado, revelador de un temperamento firme y, sobre todo, de una mentalidad bien cultivada que robustecía un buen gusto genuino. En seguida ha sido avaro de su verbo poético; pero esa avaricia la ha suplido con los buenos

quilates de su producción. Se ve la importancia que Espinosa Saldaña otorga a su empresa, y, por eso, sólo deja oir su palabra cuando está seguro de asumir una plena responsabilidad artística.

Sobre su pedestal, el cuerpo claro
resplandece inmortal.
De marfil raro,
de oro y de luz, tus manos prodigiosas,
oh Pigmalión, la hicieron, y de rosas
y de anhelar febril de tu locura,
por forjar, como un dios, tu criatura,
de la sangre y del sueño.....
Tú la miras,
la miras, y la abrazas, y deliras.

De la misma, manera y de «marfil raro, de oro y de luz», el poeta pretende levantar cada uno de sus bloques líricos, y no es difícil descubrir el acierto con que ha logrado sus propósitos.

Señor, aquí está mi alma y está mi cuerpo
[triste
y está aquella infinita sed de amar que me diste:
Señor, aquí está mi alma y está mi cuerpo triste.

Señor aquí está un pobre corazón que ha
[sangrado,
vejado y desgarrado por todo cuanto existe:
Señor, aquí está un pobre corazón que ha san-
[grado.

Señor, Señor, gimiendo y ardiendo de ansia
[loca,
aquí tienes mis ojos, mis manos y mi boca,
Señor, Señor, gimiendo y ardiendo de ansia loca.

Yo soy de los que sufren el enemigo acecho
de su alma y de su sangre, que tú, Señor, has
[hecho:
yo soy de los que sufren el enemigo acecho.

Yo fuí de los soberbios, yo fuí de los injustos,
ciegos por la congoja que les incendia el pecho:
yo fuí de los soberbios yo fuí de los injustos.

Yo, Señor, me he sentido contra tí, grande y
[fuerte,
indiferente al premio, y al castigo y la muerte.
¡Yo, Señor, me he sentido contra tí, grande y
(fuerte:

Mas, como el hijo pródigo que rehace el ca-
[mino
y viendo su miseria, Señor, tu gracia invoca,
yo, como el hijo pródigo, rehago mi camino...

La paz entrará en mi alma si tu mano me toca.

JOSÉ E. LORA

Alguna vez con elegancia medio versallesca; pero casi siempre con sobria elegancia José E. Lora traduce su íntimo sentir, y quien escucha su palabra habrá de reconocerla sincera. Es una voz francamente humana, rica en inflexiones emotivas, múltiple como la vida, y así un día clama con entonación evangélica:

Piedad, Señor, piedad para la pena
que hizo vibrar el hierro al asesino;
para el vino maldito, para el vino
cuyo sorbo final está en el Sena.

Y otro día dispara esta saeta que se hunde en carne viva:

Me hacen daño, adorada,
el frío compromiso de tu beso
y el cansado sopor de tu mirada.

Me hacen falta, malvada,
la fruta ponzoñosa de tu beso
y la fulminación de tu mirada.

En el bello soneto que compuso en loor de Stechetti queda mejor expresada que en cualquier comentario, la esencia ideológica y sentimental de José Lora.

Sueño con una copa de oro la que pudiera
Benvenuto Cellini dignamente beber,
y en la que un Hidelbrando o un León convirtiera
el vino en sangre, a mérito de su sacro poder.

Lágrimas tenebrosas de dolores precitos
(Lejos de las retóricas »Flores» de Baudelaire)
y ponzoñosos jugos de viñedos malditos
en ese aurino cáliz yo quisiera verter.

Y tal como se arroja, de vitriolo empapada,
una blanca gardenia sobre una faz rosada,
así sobre tu rostro lanzara mi licor...

¡Oh el más humano artífice del himno más
[humano,
no hay corazón sangriento, no hay destrozada
[mano
que no se haya sentido tu hermano en el Dolor!

FELIPE SASSONE

Es vigorosa, pasional, proteica, la personalidad de Felipe Sassone que ha construído novelas firmes, dramas fuertes, crónicas ágiles y versos airosos, con apreciable dosis de sensualidad, de desengaño y de sarcasmo. En toda su obra circula sangre cálida, porque es obra reciamente vivida, y vivi-

da con doble fervor: de hombre y de artista. Sapiente dómine en mundología, Sassone se conforma a corolarios de filosofía propia, con extractos de Platón y de Epicuro, de Nietzchey de Bergson. Es un filósofo. Pero, sobre todo es un artista excelente que lleva en la cabeza un inagotable tesoro lírico, y en el corazón una caudalosa vena de amor., que esponja sus ansias, ansias que, a pesar del resabio satiresco. (*Fué en un jardín en tálomo de flores-bajo la media luz de media luna-entre estutuas desnudas, al són de una-música de agua de los surtidores*) extrañan agudo un sentimentalismo que, después de todo, es la esencia más legítima de este poeta, que, en plena juventud, hace veinte años, decía románticamente:

I. *Formando marco a mi arrugada frente,*
mustia a despecho de mi pocos años,
se encrespa el pelo que los desengaños
encanecieron prematuramente.

La lente de un monóculo indiscreta
bajo la ceja llevo colocada,
única nota chic en mi afeitada
cara de tenorino de opereta.

De mi corta nariz las anchas fosas
se dilatan y encogen voluptuosas
ante la Venus de sin par belleza,

Y malas hembras y escritores sabios
dejaron en el borde de mis labios
un desdeñoso rictus de tristeza.

II. *Me asomé a las ventanas del misterio;*
un mal amor llenóme de amargura,
y disfrazo con risa y con locura
la ridícula pena de ser serio.

En lucha abierta con mi mala suerte,
supertícioso y con la fe perdida,
vivo con gran desprecio de la vida
y un espantoso miedo de la muerte.

Y al pensar en mi infancia y mi inocencia
quiero nacer de nuevo, y mi existencia
detener por un raro sortilegio,

en medio del camino, en la pradera,
en un día de plena primavera,
con pájaros, con sol y sin colegio.

———

Ciclo Contemporaneo

(1915-1930)

ABRAHAM VALDELOMAR

Un propósito reaccionario contra el academicismo, contra la estantigua, contra los restos del romanticismo hepático, significó la actitud efímera, pero de consecuencia real, representada por el grupo de los «colónidos», cuya testa dirigente era Abraham Valdelomar, y cuyo nombre se derivó de la revista «Colónida», frágil galera que piloteaba el poeta.

Pero el «colonidismo» era un intento amorfo, sin determinación, sin ideario, y para definirlo no surge mayor punto característico que su tendencia selectiva, aristocratizante y huraña.

Valdelomar fue un espíritu pletórico de inquietudes renovadoras, y a no haber muerto tan joven —treinta años—habría alcanzado una realización fulgente y plenaria.

«Uno de los elementos esenciales del arte de Valdelomar—dice Mariátegui—es su humorismo. Su egolatría era en gran parte humorística. Valdelomar decía en broma casi todas las cosas que el público tomaba en serio. Las decía «pour epater les bourgeois». Si los burgueses se hubiesen reído con él de sus *poses* megalomaniacas, Valdelomar no hubiese insistido tanto en su uso. Valdelomar im-

pregnó su obra de un humorismo elegante, alado, ático, nuevo hasta entonces entre nosotros.»

En realidad, ese humorismo, que es aguada sutileza de intelecto, predomina en la obra de Valdelomar, sin restarle, a veces, cierta melancólica parsimonia, particularmente cuando siente el estímulo evocativo de su infancia costera, y piensa en el mar que hizo los primeros llamados a su emoción...

Y lo que él me dijera aún en mi alma persiste,
mi padre era callado y mi madre era triste
y la alegría nadie me la supo enseñar...

La alegría se la supo enseñar el amor, y Valdelomar lo reza jocundamente en su «Confiteor».

¿Qué haré el día en que sus ojos
tengan para mí una mirada de amor?
Mi alma llenará el mundo de alegría,
la naturaleza vibrará con el temblor de mi cora-
[zón,
todos serán felices:
el cielo, el mar, los árboles, el paisaje. Mi pasión
pondrá en el universo, ahora triste,
las alegres notas de una divina coloración,
cantarán las aves, las copas de los árboles
entonarán una balada; hasta el panteón
llegará la alegría de mi alma
y los muertos sentirán el soplo fresco de mi amor

ENRIQUE BUSTAMANTE BALLIVIAN

En la gesta renovadora, Bustamante Ballivián ha sido hombre de vanguardia., implicado en la insurrección de Valdelomar, en el intento de los independientes, y en toda nueva escaramuza lírica, hasta la consumación de sus «Antipoemas» que datan de 1926. Espíritu ansioso, dinámico, ferviente, no se ha detenido jamás. Fué de los primeros en cosmopolizar su cultura y en sentir los latidos del arte nuevo, acreciendo cada día su vocación artística.

Es interesantísima la trayectoria de este poeta que, al comenzar el novecientos, tenía ya sus rasgos propios, acreditados en su primer libro:

Eres como una hermana de aquella dulce Clara
de Ellebeuse a quien hiciera Francis Jammes he-
[roína
de una historia de ensueño. Siempre te imaginara
viviendo la existencia anormal y divina

de una vida eternal. En la clara piscina
del llanto se ahondaron tus ojos, y tu cara
la tristeza llevó de esa luz marfilina
que en los misales góticos la Edad Media dejara.

En toda tu silueta vive el encanto triste
de las amadas ideas cuyo recuerdo viste
de lilas y tristeza nuestras vidas saudosas

de poeta; parece que fueras una de ellas
resucitada bajo de las dolientes rosas
de un túmulo en que ardía la luz de las estrellas.

En seguida, parnasiano, simbolista, futurista, Bustamante Ballivián ha hecho siempre labor de interés máximo. Su retina se ha ido afinando, y, a la vez, sutilizándose su interpretación estética, que se torna novísima, pero sin perder su concatenación lógica, y esto lo atestiguan sus últimos poemas, muy bien juzgados por Armando Bazán al decir que «como si fuera una máquina fotográfica de último y perfecto modelo, así saca Bustamante y Ballivián su arte de uno de sus bolsillos. Y enfoca una iglesia, un poste, o una tarde de hipódromo. Y sus fotografías resultan impregnadas de una vida que nos asombra».

Brillan las fuertes ancas
de los potros
y las sedas
en los flancos estilizados
de las mujeres...

Mientras los «asientos blancos», en ese ambiente de intranquilidad y frenesí:

ansiosos de la carrera
se han bajado hasta los pies.
Y todos los ojos
están listas para partir.

Se rasgan las cintas.
Hocicos, lomos, cascos,
colores, rayas, círculos,
ruídos de galopa
música de galope.
Espolear de ansiedades,
ulular de fuetazos
y 10,000 voluntades ginetas.

JOSE MARIA EGUREN

No sólo el oído burgués, sino el propio óído fraterno de los poetas, permaneció tapiado largo tiempo a la voz peregrina, ilusionada y pura de José María Eguren que es, acaso, la voz de mayor magnificencia espiritual de la poesía peruana. Bustamante y Ballivián fué de los pocos que abrieron, sin resquemores, su comprensión a la palabra del poeta, que algunos suponían ingenua y otros caótica. ¿Por qué? Porque Eguren aparecía fuera de las normas ideológicas y formales imperantes. Porque Eguren empezaba a caminar con silenciosos, pero firmes, pasos de sonámbulo. Porque el arte de Eguren es arte milagroso, taumatúrgico y de melodías propias, sobre todo de melodías interiores; arte de soñador, de iluminado, de fabuloso peregrino aladinesco, alumbrado por «la niña de la lámpara azul».

Allí van sobre el hielo las figurantas
sepultando en la bruma su paranieve
y el automóvil rueda con finas llantas,
y los ojos se exponen al viento aleve.

Allí están con la risa multicolora
cascabeles felices de la locura,
y al poniente fluctúa luz incolora,
y los méganos ciñe la nieve obscura.

Así pasan los bellos, claros semblantes
a la luna del alma, la luna muerta;
las que vimos festivas formas galantes
se pierden en las luces del alba incierta

La amarilla corneja llora en la nieve
y en un sueño fenece su grito alado,
hoy seguir la comparsa nadie se atreve;
porque aquella alegría no ha regresado.

Eguren es un sutil creador de maravillas que dibuja y colora con sabiduría, y a las cuales basta un soplo tenue para cobrar vida, y una vida concreta que, sin ser de función orgánica, es de ágil actividad real en el dominio imaginativo.

Hoy se casa el duque Nuez;
viene el chantre, viene el juez
y con pendones escarlata
florida cabalgata;
a la una, a las dos, a las diez;

que se casa el Duque Primor
con la hija de Clavo de Olor.
Allí están, con pieles de bisonte,
los caballos de Lobo del Monte,
y con sello triunfante,
Galo cetrino, Rodolfo Montante.
Y en la capilla está la bella,
mas no ha venido el Duque tras ella;
los magnates postradores,
aduladores
al suelo el penacho inclinan,
los corvados, los bisiestos,
dan sus gestos, sus gestos, sus gestos;
y la turba melenuda
estornuda, estornuda, estornuda.
Y a los pórticos y a los espacios
mira la novia con ardor...
son sus ojos dos topacios
de brillor
Y hacen fieros ademanes,
nobles rojos como alacranes;
concentrando sus resuellos,
grita el más hercúleo de ellos:
¿Quién al gran Duque entretiene?
¡ya el gran cortejo se irrita!...
Pero el Duque no viene,...
se lo ha comido Paquita.

Esto nos parece de una belleza categórica; ese «Duque», que se ha comido Paquita, tiene sobra-

damente ganada la inmortalidad; y aquí advertimos que no falta razón a Jorge Basadre para señalar algún parentesco entre el alma risueñamente triste de José María Eguren y el alma inefable de Charlot Chaplín; parentesco que Enrique Carrillo hace coincidir no sólo «en el humorismo, en el encanto indecible de la risa entre lágrimas, «sino en la similitud de la silueta, «silueta, indecisa y exigua, el mismo mirar febril de unos grandes ojos tristes, el mismo hongo en equilibrio sobre la melena desbordante, el mismo andar sonambúlico».

Eguren es uno de los poetas de más amplia y fina sensibilidad en nuestra América, y de originalidad más consciente en su intento simbolista.

CESAR VALLEJO

Alguien ha afirmado que César Vallejo es un romántico, y alguien ha protestado del aserto. En nuestra opinión, ningún emotivo, y César Vallejo lo es grandemente, deja de ser romántico en alguna forma. Eso sí que el romanticismo de este enorme poeta no tiene afinidad con la modalidad empalagosa de los románticos de otrora. Es un romanticismo suyo, y nada más que suyo, lo que no obsta para que esté nutrido del jugo de toda una raza, de la raza indígena, que Vallejo siente, traduce y representa en la queja melancólica, en la resignación y en el fatalismo de su actitud lírica, que se ve genuina, expontánea.

Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo los sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé!

Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos
[quema.

Y el hombre... Pobre... Pobre! Vuelve los ojos
[como
cuando por sobre el hombro nos llama una pal-
[mada,
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como un charco de culpa' en la mirada.

Hay golpes en la vida tan fuertes ... Yo no sé!

En una honrada y tenaz inquisición por la verdad, Vallejo acrecienta su amargura con el desasosiego de los más sutiles temores que elevan su piedad humana hasta el afán de convertir su cuerpo en propia dádiva para compensar el egoismo de haber nacido...

Todos mis huesos son ajenos:
yo tal vez los robé!
Yo vine a darme lo que acaso estuvo
asignado para otro;
y pienso que si no hubiera nacido,
otro pobre tomara este café!
Yo soy un mal ladrón... A donde iré!

Y en esta hora fria, que la tierra
transciende a polvo humano y es tan triste,
quisiera yo tocar todas las puertas,
y suplicar a no sé quién perdón
y hacerte pedacitos de pan fresco
aquí, en el horno de mi corazón...

«Vallejo-dice un crítico-es siempre un alma ávida de infinito, sedienta de verdad. La creación en él es, al mismo tiempo, inefablemente dolorosa y exultante. Este artista no aspira sino a exprcsarse pura e inocentemente. Se despoja, por eso, de todo ornamento retórico, se desviste de toda vanidad literaria. Llega a la más austera, a la más orgullosa sencillez en la forma. Es un místico de pobreza que se descalza para que sus pies conozcan desnudos la dureza y la crueldad de su camino.»

Y es también un suntoso evocador:

¿Qué estará haciendo esta hora mi andina
[y dulce Rita
de junco capulí;

ahora que me asfixia Bizancio y que dormita
la sangre como flojo coñac dentro de mí?

ALBERTO HIDALGO

En síntesis muy precisa, Alberto Higaldo ha dado la interpretación del «poema de varios lados» que el poeta ha proclamado como signo de su retórica personal, y así dice: «Llamo yo lado del poema a cada uno de los versos que lo forman y alguna vez a los distintos asuntos que contribuyen a darle unidad. En una figura geométrica cualquiera, un lado es una parte del todo, pero un lado es un lado en sí, es decir, es una figura él también, tiene una personalidad, una individualidad exclusiva y aislada. Y es justamente eso lo que afirma, lo que sostiene la figura.» Y en seguida agrega: «El poema, por lo que toca a su exterior, está formado de versos Un verso en sí es una obra de arte. Y es obra de arte tanto más valiosa cuanto menos deja de serlo en el desierto de una página. Hay multitud de versos que no lo son sino por la vida que les prestan sus compañeros. Yo pregunto si todo renglón de once sílabas es un verso, por el simple suceso de estar provisto de los «acentos tónicos» de que habla la retórica antigua. Se me dirá seguramente que nó. Veámoslo.

La huerta con rosales y repollos.

No parece ¿verdad? que eso es verso. Sin embargo lo es, cuando recibe la ayuda de otros.

Sombra en el corredor y el campo ardiendo.
La huerta con rosales y repollos.
Una gallina pasa, precediendo
los puntos suspensivos de sus pollos.

Esto es un poema. Inmediatamente decimos que es un poema de cuatro versos. O sea que le damos calidad de tal al segundo renglón de once sílabas. He ahí una demostración de que el verso habitual no tiene personalidad propia. El verso es el vehículo de la expresión poética, y no obstante los poetas le conceden en su obra un lugar secundario, y, lo que es peor, contigente. Para subsanar eso, es que yo he inventado el poema de varios lados, poema que puede leerse de arriba a abajo y vice-versa, o comenzando del centro, o de donde uno se antoje; poema en el que cada uno de sus versos constituye un ser libre, a pesar de hallarse al servicio de una idea o una emoción centrales.»

Hemos trascripto lo esencial. Y no entraremos a discutir la razón del «poema de varios lados,» pues si estamos de acuerdo con Hidalgo en la importancia poemática que debe acordarse a cada verso, no concidimos en la necesidad de hacerlo autónomo, que sería tarea de pura índole cerebral, en detrimento de la intensión emotiva y de la consistencia que constituye el engarce del período lírico.

Pero, no es esta innovación, transcendente, o no,

lo que representa la fisonomía poética de Alberto Hidalgo que es hombre de gran fortaleza encefálica y de vasta conciencia sentimental. En el horno siempre encendido de su cabeza se han tostado ideas revolucionarias, en que «su lirismo vigilante lo salva de caer en un arte exclusivamente cerebral, subjetivo y nihilista;» y como prueba está su «Dibujo del niño:»

Infancia pueblo de los recuerdos
tomo el tranvía para irme a él.

La evasión de las cosas se inicia con terquedad
[de aceite que se esparce

El suelo no está aquí
Pasa una nube y borra el cielo
Desaparecen aire y luz y esto queda vacío.

Entonces sales de un brinco del fondo inabor-
[ble de mi olvido

Fué en el recodo de una tarde señala de luz
[por tu silueta
Una emoción sin nombre tenía encadenadas
[nuestras manos

Tus miradas convocaban mi beso
Pero tu risa río entre los dos corría separándo-
[nos niña
Y yo desde mi orilla te postergué hasta el sueño.

Ahora tengo treinta años menos de los que me
[entregaron para darte
Si tú has muerto yo guardo este paisaje de mi
[corazón pintado en ti.

PERCY GIBSON

El poeta de las «Pastorales», Percy Gibson, no ha necesitado innovaciones métricas para realizar novedosamente, o mejor dicho, originalmente, su obra poética que aparece entre la más considerada de su generación. ¿Qué misterioso aliento insufla Gibson al soneto clásico para darle tanta frescura y agilidad, para remozarlo y exaltarlo? El secreto está en la capacidad lírica del poeta y en su personalísima comprensión de las cosas que hablan a su entendimiento con extraordinaria y peregrina elocuencia. Así la mentalidad de Gibson descubre líneas, matices y sugerencias que se escoden a la comprensión general, y de este previlegio se deriva su originalidad.

En romana basílica de pinos
resplandece solar custodia de oro:
muge el Tedéum sacerdote toro,
y seglares corderos de albos linos

balan latines trémulos. El coro
eleva el aleluya de los trinos,
y caen los raudales cristalinos
con inflexiones de órgano sonoro.

Colma el intercolumnio de la nave
el rito gregoriano. La divina
música pastoral fluye del clave

pleno de fé católica cristiana:
motivos del Stabat y del Ave
que vierte un invisible Palestrina.

En Percy Gibson, si se avienen los términos, hay un misticismo-pagano, o un paganismo-místico, que ondea sobre el Jordán y el Sacro Huerto, que se mete por la manga de San Francisco y pasa ululante por las naves eclesiásticas, depertando a los evangelistas y a los apóstoles, y sorprendiendo la gracia del lego que sueña en el jardín.

¡Oh! violetas hermanas franciscanas,
monjas de los herbales, ¡Oh! violetas
de rayo conventual, flores cristianas
que en el jardín os recluís secretas,

que en la clausura perfumais lozanas,
que inspirais a los líricos poetas
los versos de retóricas profanas
y las místicas rimas recoletas.

Las ilusiones del amor de un día
con vosotras revive casto lego
suspirante de santa poesía...

Y entre humos de pavesas y de espliego,
vuelve los dulces ojos a María
con ingenua mirada de borrego.

Pero, este humorismo místico, no resta fervor a la fe cristiana de Gibson que, que atormentado por un dolor máximo, la muerte de su hija, dice con lacerada sencillez:

Mistica oveja del celeste predio
con el alba tornaste... Dios te quiso
para el rebaño de Jesús...En medio

de este valle de lágrimas, remiso
suspirando por tí no hallo remedio
Un día te veré en el Paraíso

ALBERTO GUILLÉN

Es un espíritu altivo, voluntarioso y pujante el que Alberto Guillén lleva metido en el cuerpo, y es ese espíritu el que entona toda su obra que resulta siempre recia, siempre viva, siempre esponjada y fresca. Es un talento preclaro y fuerte el de Guillén, y, en cuanto poeta, tiene una gran potencia visual y unas alas firmes y sonoras. Su propia voz es la que esto dice:

A mitad del camino
pregunté, como Dante
¿sabes tú mi destino,
mi ruta, caminante?

Como un eco, un pollino
me respondió hilarante,
pero el buen peregrino
me señaló adelante.

Luego se alzó en mí mismo
una voz de heroísmo
que me dijo: ¡Marchad!

Y yo arrojé mi duda
y en mi mano, desnuda,
llevo mi voluntad.

Esta voluntad de que se ufana Guillén, es la que le ha hecho ir franca y decididamente a cumplir su vocación, abriendo el oído a la voz de la naturaleza, para interpretarla bella y jugosamente, sumando al sentido real, el sentido de transformación artística.

Un huerto humilde, donde los árboles frutales
se enredan como góticas de beatos misales
y los sauces ancianos se entornan armoniosos
de trinos, en las tardes de tapices fastuosos.

(Los álamos se yerguen detrás de los tapiales
como una teoría de monjes fraternales.)

Un huerto con perfumes de melocotoneros
que, agobiados de fruta, se alzan en los oteros,
un huerto en donde se oye el paso del amor
el chascor de la honda y el silbo del pastor;
y se miran las olas de la mies en sazón.
(La mies que es un mar de oro reluciente y
[sonoro,
que se inclina ante el viento con siseo de oro.)

Un huerto en que tu mano tala la hierba ociosa
y tu sangre empurpura el seno de la rosa,
y los sarmientos secos, salpicados de limo,
noble, amorosamente, florecen en racimo...

En tu huerto la charla parlera de la brisa
nos da motivos hondos de verso y de sonrisa
y da un aroma dulce de flor al corazón,
y se oye el paso rítmico del alma de Platón.

Pero, mayores solicitaciones que las de la égloga, ha sentido el espíritu del poeta, y así lo acreditan «Prometeo», «Deucalión», poema de médula filosófica, y su gallarda «Oda a Bolívar», realizada con sincera devoción lírica.

Mírale, mira: brilla su mirada, y su testa
parece que irradiara de sí toda una puesta
de sol; con las dos manos ha abierto el horizonte
y alzado la cabeza tan alta como un monte.

Mírale, mira; dicen que ha bebido el acíbar
que otro bebió en el Huerto santo de los Olivos...
¿Gloria? Toda la gloria que conceden los vivos
él la tuvo. Los hombres lo llamaban Bolívar.

VENTURA GARCIA CALDERON

Pertenece Ventura García Calderón a la más selecta estirpe de forjadores de belleza artística, y ésta su condición genuina se ha robustecido y afi-

nado en el crisol de una cultura vasta y dilecta que, primordialmente, ha prestigiado su labor de crítico. Pero es del poeta, del ilusionado y lírico autor de «Cantilenas» de quien nos toca hablar ahora, repitiendo con Gonzalo Zaldumbide, el genial ecuatoriano, que «Ventura García Calderón, mallarmeano de tiempo atrás, ha admitido desde luego las más temerarias innovaciones, las más audaces rebuscas, los hallazgos más desconcertantes». Pero al mismo tiempo que «se ha abstenido siempre en su obra tan inteligentemente moderna por todos sus aspectos, de todo procedimiento de escuelas, de toda obscuridad propicia a hacer creer y a hacerle valer, como también de toda extravagancia encaminada a asombrar».

García Calderón es un poeta sentimental; pero un sentimental novísimo, encendido de sensualidad, de una sensualidad culminante que, a pesar de todo, suele desvanecerse en puro aliento espíritual. Porque este poeta ha vivido, y por tanto, ha sufrido, y esto basta para que su acento resulte humano.

Aparta tus vivaces primaveras
de mi destino solitario y vano.
No me quieras, mujer, si no quisieras
sólo querer a un pensativo hermano.

Mi historia es larga, mi ventura es breve:
dilapidé mi juventud, mi vida.
Por eso crispo una sonrisa aleve
como los que respiran por la herida.

Con amores de tránsito y de viaje
colmé mal mi apetito de ilusión;
nadie me agradecía el hospedaje
y una posada fue mi corazón.

¿Amé? Tal vez, cuando apuntaba el bozo.
¿Viví? Quizás, cuando cantar solía.
Iba curvado desde el tiempo mozo,
por la fatiga de mi melodía.

De amores idos y de mis quimeras
vivo forjando este delirio estulto;
me equivoqué al pensar qu tú pudieras
apaciguar el interior tumulto.

Y sin embargo las gaviotas solas
nunca vinieron sin hallar amparo;
un faro blanco elevo antes las olas,
cándido soy como guardián de faro.

¡En cuántas noches evité quebrantos!
Ningún navío se arriesgó hasta aquí;
y en la alborada de mis desencantos
dije tal vez: ¿quién me consuela a mí?

Consolarme de estar en este mundo,
consolarme si lloran los demás,
penas inconsolables y el inmundo
pudridero para siempre jamás.

Me han quitado mi lámpara festiva;
mírame bien las sienes a la luz;

tengo en las manos una llaga viva
y en la frente la sombra de una cruz.

En este desahogo confidencial se transparenta la generosa estructura moral de Ventura García Calderón que en toda su vasta y ponderada obra literaria, es, por sobre todas las cosas, un hombre y un poeta. Un hombre que, al requerirlo, no habría escatimado su mano al puño de la tizona. Un poeta que ha puesto a su lira cordaje propio, y que ha sabido afinarla con acierto.

MAGDA PORTAL

Han comentado ampliamente los críticos la peculiaridad que ofrece hoy la poesía femenina, que es su propiedad, la condición lógica de representar mentalidad y sensibilidad de mujer, pues, hasta hace veinte años, la poetisa no era más que un eco debilitado del poeta.

Magda Portal es una prueba más de esta nueva fisonomía de la lírica femenina, y una prueba excelente por la calidad de su expresión. Su poesía aporta sinceramente su sensibilidad de hembra, su espíritu, su sangre, y trasciende humanidad. Lleva en su esencia un aliento superviviente. Es sobria de vestimenta; excesivamente sobria, desnuda, a veces, y, por lo mismo, verdadera y recia.

Ven, bésame!...
que importa que algo oscuro

me esté royendo el alma
con sus dientes?

Yo soy tuya y tú eres mío... bésame!...
No lloro hoy... Me ahoga la alegría,
una extraña alegría,
que yo no sé de donde viene.

Tú eres mío... ¿Tú eres mío?
Una puerta de hielo
hay entre tú y yo:
tu pensamiento!

Eso que te golpea en el cerebro
y cuyo martillar
me escapa...

Ven, bésame... ¿Qué importa?...
Te llamó el corazón toda la noche,
y ahora que estás tú, tu carne y tu alma,
qué he de fijarme en lo qve has hecho ayer?...
¡Qué importa!

Ven, bésame... tus labios,
tus ojos y tus manos...
Luego... nada...
Y tu alma? ¡Y tu alma!

Hay, por tanto, razón para decir que Magda Portal «es un valor signo en el proceso de la literatura peruana, y que con su advenimiento le ha nacido al Perú la primera poetisa».

INDICE

CHILE

Pájinas

Acevedo, Olga 119
Acuña, Carlos 100

Barberis, Víctor 148
Barella, Carlos 146
Barra, Eduardo de la 25
Barrios Victoria 134
Blest Gana, Guillermo 28
Bórquez Solar, Antonio 45

Casassus, Carlos 136
Contardo, Luis Felipe 81
Contreras, Francisco 42
Cruchaga, Angel 105

Dublé Urrutia, Diego 55

Fernández Montalva, Ricardo 36
Flores, Alejandro 124

González, Jorge 71
González, María Rosa 126
González, Pedro Antonio 38
Guzmán, Ernesto 70
Guzmán Cruchaga, Juan 114

Hübner, Jorge 103
Huidobro, Vicente 95
Hurtado López, Luis 76

Iglesias, Augusto 153

Jara, Max 65

Lagos Lisboa, Jerónimo 72
Lillo, Eusebio 21
Lillo, Samuel A. 57

Magallanes Moure, Manuel 60
Matta, Guillermo 17
Mauret Caamaño, Alberto 78
Meza Fuentes, Roberto 114
Mistral, Gabriela 84
Mondaca, Carlos 82
Monvel, María 110
Moreno Lagos, Aída 122
Munizaga Ossandón, Julio 94

Neruda, Pablo 129

Orrego Barros, Antonio 56

Pezoa Véliz, Carlos 53
Prado, Pedro 67
Préndez, Pedro Nolasco 41
Préndez Saldías, Carlos 108

Reyes, Salvador 132
Rodríguez Velasco, Luis 20

Sienna, Pedro 115
Silva, Víctor Domingo 73
Silva Humeres, Andrés 149

Tondreau, Narciso 33
Torres, Cleophas 142
Torres Rioseco, Arturo..... 120

Vega, Daniel de la 90
Verdugo Cavada, Ignacio..... 79
Vicuña Cifuentes, Julio 48

ARGENTINA

Abella Caprile, Margarita 262
Adler, Raquel 243
Amador, Fernán Félix de 218
Andrade, Olegario 182
Arrieta, Rafael Alberto 229
Ascasubi, Hilario..... 164

Banchs, Enrique 216
Barreda, Ernesto Mario 208
Blomberg, Héctor Pedro 235
Borges, José Luis 255

Calou, Juan Pedro 238
Capdevila, Arturo..... 225
Carriego, Evaristo..... 190

Díaz, Leopoldo 106

Echeverría, Esteban..... 162

Fernández Espiro, Diego..... 194
Fernández Moreno, Baldomero 256

Gálvez, Manuel..... 209
García Costa, Rosa 251
Ghiraldo, Alberto..... 203
Guido Spano, Carlos..... 174
Gutiérrez, Ricardo 189

Hernández, José 165
López Merino, Francisco 260
Lugones Leopoldo 191

Mármol, José..... 167
Melián Lafinur, Alvaro 249
Mitre, Bartolomé 173
Morales, Ernesto..... 253

Obligado, Pedro Miguel 241
Obligado, Rafael 178
Ortíz, Carlos 206

Palacios, Pedro (Alma fuerte)..... 186

Rega Molina, Horacio 258
Rojas, Ricardo 221

Storni, Alfonsina 232

Ugarte, Manuel..... 201

PERÚ

Althaus, Clemente 273

Bustamante Ballivián, E..... 307

Cisneros, Luis Fernán 289

Chocano, José Santos 284

Eguren, José María 309
Espinosa Saldaña, Adán 298

Gálvez, José 241
García Calderón, Ventura 322
Gibson, Percy 318
González Prada, Manuel 280
Guillén Alberto 320

Hidalgo, Alberto 315

Lora, José 301

Palma, Ricardo 268
Paz Soldán, Pedro 277
Portal, Magda 325

Salaverry, Carlos A 275
Sassone, Felipe 302

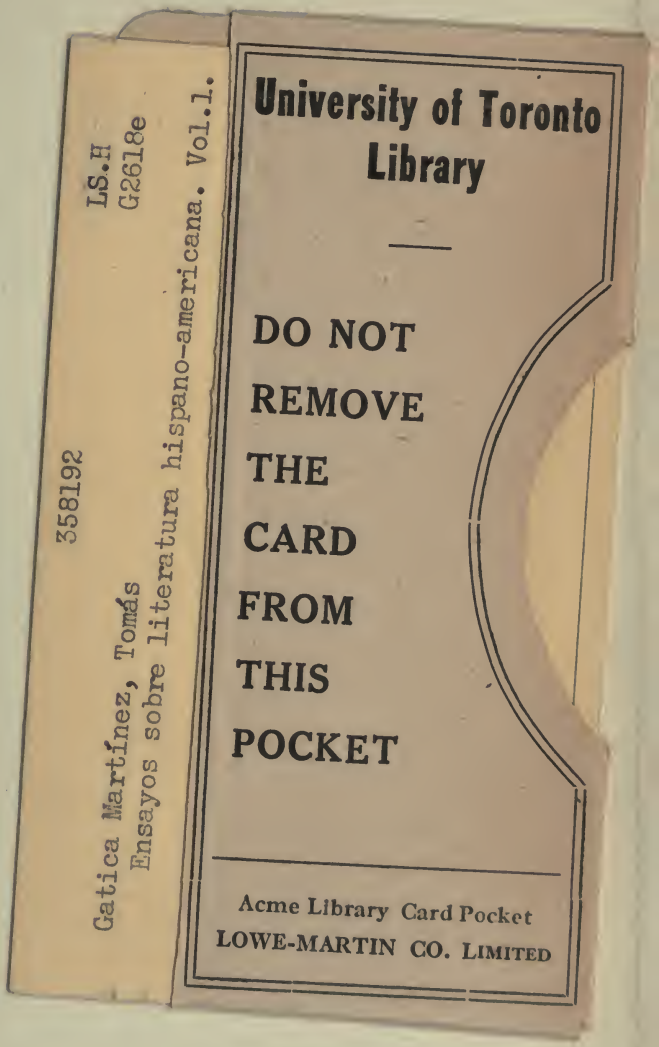
Ureta, Alberto 294

Valdelomar, Abraham 305
Vallejo, César 312

Yerovi, Leonidas 299

CASILLA 880
SANTIAGO (CHILE)

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE
O. DE MAC IVER Y CIA.
EN SANTIAGO DE CHILE,
EL DÍA 19 DE MAYO
DEL AÑO DE
1930


LS.H
G2618e
358192
Gatica Martínez, Tomás
Ensayos sobre literatura hispano-americana. Vol.1.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

FRANZ C. FEGER
70 FIFTH AVENUE
NEW YORK